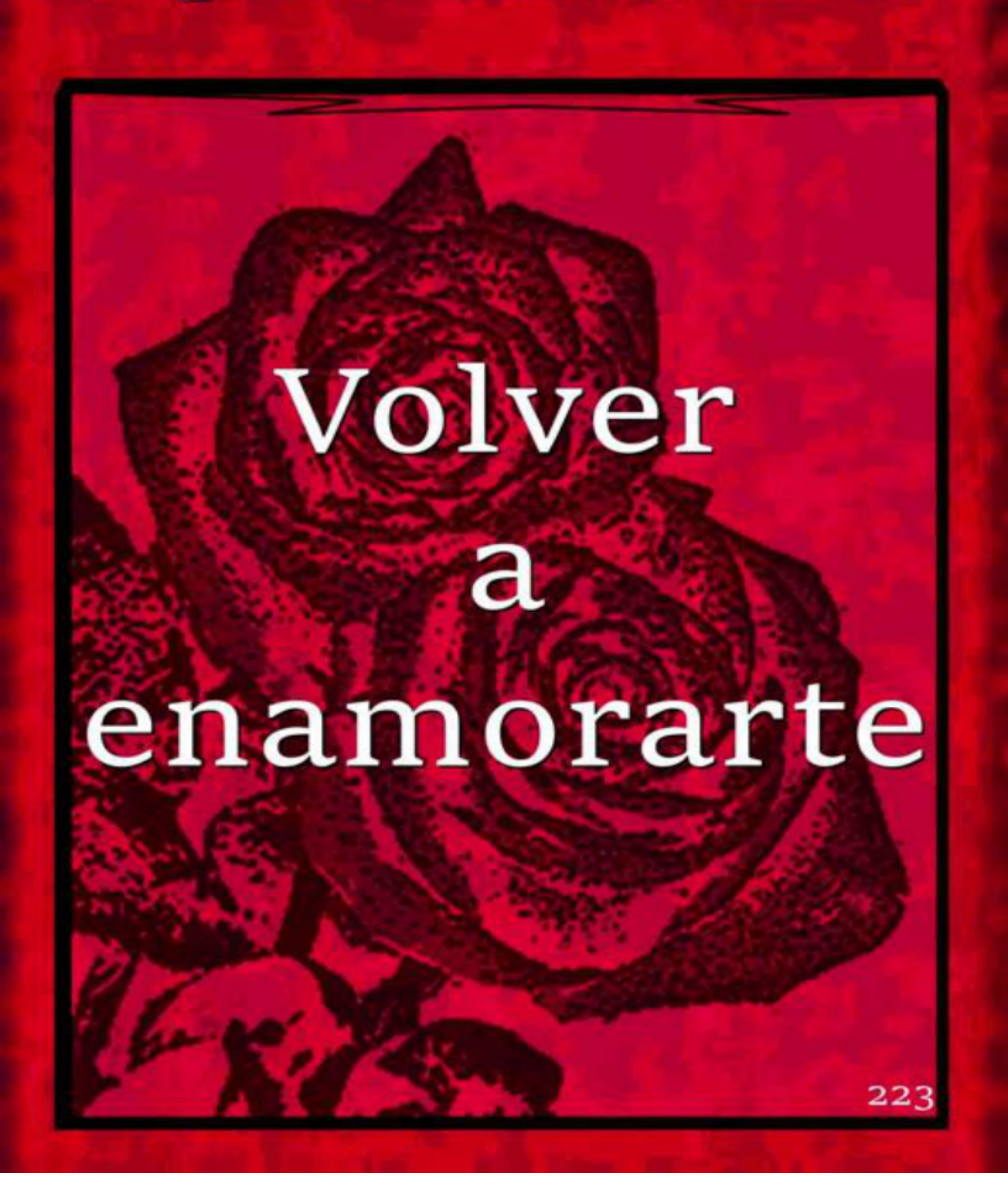

Sophie Saint Rose
Volver
a
enamorarte
223

Volver a enamorarte

Sophie Saint Rose

Índice

Capítulo 1

Uff, qué agobio. Se estiró el cuello del jersey revisando la receta del pavo y miró a aquel pedazo de carne con rabia. —No vas a poder conmigo. —Agarró el libro con una mano y distraída se metió un pedazo de zanahoria en la boca. —Las mujeres lo llevan haciendo siglos en Nochebuena, no puede ser tan difícil. A la quinta va la vencida. —Leyó con detenimiento. —Muy bien, ya estás descongelado y tengo que rellenarte. Carne y castañas. Doscientos gramos de castañas. Cocerlas… Mierda, había que pelarlas. —Miró el pavo anterior que estaba seco y tan dorado que parecía que había tenido unas malas vacaciones en Florida. —Deandra, con la pinta que tiene nadie hubiera llegado a las castañas. —Frustrada siguió leyendo. —No lo entiendo, ¿cómo se me pasó eso de que había que pelarlas? —Parpadeó apartando un rizo castaño que se le había salido de la coleta. —¿Vino para la carne? —Miró a su alrededor. —Vino tinto… Vino tinto… —Se agachó para buscar en los estantes de la isla. Sonó su móvil y distraída estiró el brazo para cogerlo de la encimera deslizando el botón por inercia antes de ponérselo al oído. —¿Diga?

—¿Deandra?

—¡Jonathan! —Se enderezó loca de contenta. —¿Listo para las

vacaciones? Ya lo tengo todo preparado y el pavo me va a salir riquísimo. Ya casi soy una experta.

—No vamos a ir.

Perdió la sonrisa poco a poco. —¿Cómo?

—Es que los padres de Jacqueline nos han regalado un crucero y nos apetece ir en navidades.

Se quedó de piedra. Su hermano, la única familia que le quedaba, prefería irse de crucero que pasar las vacaciones con ella. No pudo evitar que el dolor que sentía en ese momento la dejara muda.

—Lo entiendes, ¿verdad?

Tragó saliva intentando deshacer el nudo que tenía en la garganta. —Sí, claro. —Carraspeó. —Es una oportunidad única.

—Sabía que lo entenderías. Además, así no tienes que preocuparte por preparar la cena y eso. Podrás salir con tus amigas.

¿Amigas? Seguro que se iban a pasar las fiestas con sus familias. —Sí, claro.

—Oye, ¿has comprado los regalos de los niños?

Sus bonitos ojos verdes se llenaron de lágrimas mirando el árbol de navidad que había tardado seis horas en dejar absolutamente perfecto. Los regalos estaban en el suelo sobre una capa de nieve artificial que se lo estaba poniendo todo perdido. —Sí, ya los he comprado.

—No dejan de hablar de los regalos que siempre les hace su tía. Se morían por ir solo por los regalos, ¿te lo puedes creer? ¿Qué les has comprado?

—Una consola de realidad virtual con los accesorios.

—¿De veras? Te habrá costado una fortuna.

Intentando no llorar susurró —No ha sido para tanto.

—¿Se lo puedes enviar por correo? No quiero que se decepcionen y si lo recibieran antes de que nos vayamos no protestarán tanto durante el viaje.

—Sí, por supuesto.

—Espero que el que le regales a Jacqueline supere al del año pasado —dijo antes de reír—. Si le regalas el colgante que va a juego con los pendientes de brillantes de mamá no voy a protestar.

Se tocó el colgante que llevaba al cuello sin poder creerse lo que estaba escuchando. —Veré que puedo hacer.

—Te llamaré cuando vuelva, ¿vale?

Sin poder evitarlo dijo —Jonathan.

—¿Qué?

—¿Qué me has comprado tú?

—Oh, todavía nada. —Se echó a reír. —Es que tienes de todo y mi mujer no se decide. Algo encontrará —dijo como si no fuera importante—. Te llamo la semana que viene, ahora tengo una reunión.

Él colgó el teléfono sin despedirse siquiera mientras las lágrimas caían por sus mejillas. No se lo podía creer, no le importaba nada. En realidad, no les importaba a ninguno porque ni en su cumpleaños, que había sido hacía tres semanas, la habían felicitado. Sintiendo que le temblaba la mano dejó el móvil sobre la encimera y sus ojos recorrieron la cocina hecha un desastre con los dos pavos, los

ingredientes, la vajilla de su madre que había sacado para la ocasión y todo lo demás. Sollozó acercándose a la vajilla. La que ella siempre sacaba en Navidad y que llevaba dos años guardada. Desde su muerte. Eran las primeras navidades que se celebraban en familia desde que faltaba, porque el año anterior aún estaba tan destrozada que no había tenido fuerzas para organizarlo. Pero ese año se dijo que la vida continuaba y le había llamado a Minnesota. Por supuesto su hermano se había alegrado mucho de que ella se encargara porque con el trabajo y los niños estaba hasta arriba. Se había gastado muchísimo dinero en los regalos y en que todo estuviera perfecto, ya que era la primera vez que las organizaba. Se moría por pasar unos días en familia. Pero al parecer para su hermano no era tan importante. El dolor y la pena casi la ahogaron, y se cubrió la cara con las manos intentando reprimir sus sollozos. No les importaba, no le importaba a nadie. Con rabia arrastró todo lo que había en la encimera lanzándolo al suelo, antes de salir corriendo para tirarse sobre la cama y dejar salir el dolor que tenía dentro.

Su compañera de trabajo se acercó y mientras se servía una taza de café la miró de reojo. —¿Estás enferma?

Sentada en la sala de descanso mirando su taza de café sin tocar ni la escuchó.

—¿Deandra?

Levantó la vista sorprendida y sonrió. —Carol, ¿qué tal?

Se sentó ante ella. —¿Te ocurre algo? No tienes buena cara.

—Oh, estoy bien. —Se levantó para tirar el contenido de su taza en el fregadero. —¿Tengo mal aspecto?

—Un poquito.

Mierda. Dejó la taza en el fregadero y pasó las manos por su chaqueta del traje. —He dormido algo mal, este caso me tiene un poco preocupada.

—Vamos, no hay delincuente que se te resista.

Sonrió volviéndose. —Díselo a la juez Roberts, no es la primera vez que deja libre a un violador con antecedentes.

—¿Estás intentando cambiar de tema?

Hizo una mueca. —¿Tanto se nota?

—Después de casi dos años trabajando aquí puedo reconocer cuando alguien sufre y tú…

—Deja tu psicología para evaluar asesinos —dijo yendo hacia la puerta.

—Tengo la sensación de que tú me necesitas más.

Se detuvo y se volvió para mirarla. —Es una tontería.

—Pues como amiga me gustaría escucharte.

Sonrió. —¿Ahora somos amigas?

—Me gustaría serlo, aunque tú no has aceptado ninguna de mis invitaciones para tomar algo después del trabajo. Será porque casi siempre te quedas a trabajar hasta tarde.

—Ahora soy una adicta al trabajo. —Se sentó ante ella.

—Deandra, no se puede trabajar tanto. —Apoyó los codos sobre la mesa. —Aunque igual tienes una vida oculta que yo desconozco. Haces escalada los fines de semana con un grupo estupendo.

Se sonrojó. —Pues no.

—Te desmelenas con juergas hasta las seis de la mañana.

—No.

—Como me digas que haces punto de cruz, te pego un tiro.

—Hago puzles.

Parpadeó. —Puzles.

—Me ayudan a relajarme y a despejar del trabajo.

—Te ayudan a desconectar.

—Exacto.

Se la quedó mirando fijamente y la verdad es que esos ojos castaños la pusieron algo nerviosa. —Vale, no tengo una vida social muy activa.

—Mira, eres fiscal del distrito de Manhattan, por lo que eres inteligente. No estás del todo mal, aunque te pones esos trajes tan serios. Y eres empática y agradable por lo que podrías tener cientos de amigos. Y aun teniendo el perfil de una mujer triunfadora, has optado por encerrarte en tu casa y trabajar de sol a sol. Sé que sabes que no es lo correcto y me pregunto por qué sigues haciéndolo.

—¿Costumbre?

—Venga ya.

Suspiró apoyando la espalda en el respaldo de la silla. —No he

sabido llevar muy bien la muerte de mi madre.

Carol asintió. —Ya veo. ¿Vivía contigo?

—No.

—¿Y te culpas por ello?

Su rostro mostró su dolor. —Puede, si hubiera vivido conmigo habría sabido que se encontraba mal y que no se tomaba la medicación para el corazón.

—¿Crees que también se rindió?

La fulminó con la mirada. —Yo no me he rendido.

—Sí, los puzles son evidencia de eso.

—Que te den… —Se levantó y salió de la sala de descanso reprimiendo las lágrimas. Entró a toda prisa en su despacho y siseó con rabia —Que les den a todos.

La puerta se abrió sorprendiéndola y se volvió para verla entrar en su oficina. —Perdona, ¿se puede saber que estás haciendo?

Se cruzó de brazos. —¿Quieres montar el espectáculo en el trabajo? No, yo creo que no, así que vamos a terminar esta conversación.

Asombrada susurró —No quiero hablar más de esto, lárgate a evaluar a esos cabrones que se dedican a aumentar mi trabajo día a día.

—Chica, como necesitas un polvo.

—¿Cómo has dicho?

—Un polvo, ¿sabes lo que es? ¿Hace cuánto que no tienes una

cita?

—¿Te he dicho ya que te den?

—Para ser de la fiscalía no tienes mucha facilidad de palabra.

—Oh, te aseguro que la tengo. Déjame en paz o informaré sobre ti a Harrison.

—Puedes hablar con el jefe, no te detendré. Pero si lo haces, le diré que no eres apta para el trabajo y sugeriré que te dé vacaciones una buena temporada.

Palideció. —No puedes hacer eso.

—Claro que sí. Puede que seas la mejor fiscal de la ciudad, pero reconozco cuando alguien está al borde del precipicio.

—¡No seas exagerada!

—¿Ahora me gritas? ¿Te has quedado sin argumentos?

—Todo el mundo pasa malas rachas.

—Sobre todo en navidades, ¿no? —Deandra palideció aún más. —Ya veo. ¿Con quién vas a pasar estas fiestas, Deandra? Es una fecha para estar en familia, ¿tienes familia?

—Un hermano.

—¿Y? Vamos, no tengo todo el día.

—¡No va a venir! ¡Ayer me llamó para decirme que se iba de crucero!

Carol apretó los labios. —Entiendo.

—Habíamos quedado que pasarían las vacaciones conmigo, pero prefiere hacer otra cosa —dijo sin darse cuenta de que sus ojos se

llenaban de lágrimas—. Pero da igual. ¡Da igual los cuatro pavos que había rellenado para hacer la mejor cena del país! ¡Da igual las horas que busqué los regalos perfectos para cada uno de ellos! ¡Da igual que comprara una mesa de salón donde pudiéramos estar lo suficientemente cómodos y da igual toda esta mierda porque no le importa nada! ¡Jamás le he importado! ¿Por qué iba a cambiar algo después de la muerte de mi madre? —Se echó a reír sin ganas. —Que le envíe los regalos por correo.

—Joder, qué cabrón.

Se dejó caer en la silla que tenía ante el escritorio con la mirada perdida. —¿Qué he hecho con mi vida? —Asombrada la miró. —En la universidad tenía amigos, ¿sabes? Era popular, siempre tenía algo que hacer o con quien hacerlo.

—Eso no lo dudo.

—Pero fue empezar a trabajar aquí y todo se fue esfumando poco a poco. Si tenía algo de tiempo libre lo pasaba con mi madre para que no se sintiera sola después de que su marido muriera.

Se sentó a su lado. —Continúa, por favor.

—No hay mucho más. Cuantos más éxitos, más casos importantes y el trabajo aumentaba. Llegó un punto en el que me di cuenta de lo que ocurría y fue cuando murió mi madre.

—Te sentiste culpable.

Sollozó tapándose el rostro. —Sí.

—Eh… No tienes que pensar así. Le podría haber pasado en cualquier momento por mucho tiempo que hubieras estado a su lado.

Ni aunque viviera contigo, podrías garantizar que algo así no ocurriera.

—¿Eso crees?

—Estoy convencida. Estoy absolutamente convencida de que el destino tiene mucho que ver en estas cosas. —Alargó la mano y abrió un expediente sacando la foto de una víctima de violación. —Mírala. —Levantó la vista hacia la foto de Teresa Gilbert. —La cogió en el pasillo de un supermercado y la llevó a la zona de empleados sin que les viera nadie. ¿Crees que provocó algo, que hizo algo incorrecto para que le ocurriera lo que le ocurrió?

—No.

—Pues ella se echa la culpa diciéndose si hubiera tirado algo de las estanterías al pasar, si hubiera mordido su mano, si le hubiera golpeado… Y fue el destino. Ella pasó por allí en el peor momento. No había nadie en la zona de empleados, no había nadie a su alrededor y él aprovechó justo ese instante. Fue mala suerte. No fue culpa suya, como no es culpa tuya la muerte de tu madre. —Dejó la foto en su sitio y cogió su mano. Deandra se dio cuenta de que tenía razón y la miró a los ojos. —Te has sumergido tanto en el trabajo que has dejado a un lado todo lo demás y con la muerte de tu madre te has dado cuenta de todo lo que has perdido por el camino. Pero aún puedes hacer algo. ¿Cuántos años tienes? ¿Veintiocho? Leche, tienes toda la vida por delante.

Sorbió por la nariz. —Tienes razón.

—Así que es hora de empezar a soltarte un poco. Hay que empezar a divertirse, no todo es trabajar. Como sé que al principio te

costará un poco, te voy a ayudar. Te vendrás conmigo estas navidades.

—Perdón, ¿qué has dicho?

Carol sonrió de oreja a oreja. —Ya verás como te diviertes, mi familia es la monda.

—No, no…

—No admito un no por respuesta si no quieres que me chive al jefe —dijo yendo hacia la puerta y abriéndola—. Por cierto, déjate los trajes en casa.

Ante la puerta cerrada parpadeó. ¿Cómo había llegado a eso? ¿Pasar las fiestas con la psicóloga del departamento? Vale que era maja, pero no la conocía de nada. ¿Acaso tienes un plan mejor? Ese pensamiento eclipsó todos los demás. Entrecerró los ojos. Pues sí que pensaba pasárselo bien. Iban a ser las mejores vacaciones de su vida.

Se bajó del taxi y el chófer sacó su gran maleta. —Gracias.

—¡Yuju!

Deandra se volvió de golpe para ver que se acercaba con un hombre rubio que no dejaba de mirar el móvil. —Hola, veo que vienes bien equipada —dijo mirando su plumas hasta las rodillas.

—Hace un frío que pela.

—Sí, va a nevar. Él es Stephen, mi prometido.

—¿Te vas a casar?

El tipo la miró con el ceño fruncido. —¿No lo sabías?

Carol se echó a reír. —Claro que lo sabía. —La advirtió con la mirada. —Si es una de mis mejores amigas del trabajo, ¿cómo no lo va a saber? —Stephen levantó una ceja. —Se está haciendo la tonta, ¿verdad que sí, Deandra?

—Sí, claro. Era una broma —dijo sonriendo como una loca.

Su nueva amiga se echó a reír a carcajadas. —Si es mi dama de honor, ¿cómo no se lo iba a decir? Es que eres la bomba, Deandra.

—Ya me conoces, siempre liándola.

—Voy a por un carrito, no quiero tirar de las maletas por todo el aeropuerto —dijo él dando por zanjada la conversación.

Cuando se volvió alejándose Deandra suspiró del alivio. —¿Por qué no me lo dijiste?

—Se me olvidó.

Abrió los ojos como platos. —¿Hemos hablado horas en estos últimos dos días y se te olvidó? ¡Si me has hablado hasta de la peca que tiene en el culo tu primo Tony!

—Es que es una peca muy interesante. Tiene forma de pera.

—¿Y tu novio no es interesante? ¿Y qué es eso de que soy tu dama de honor?

—¿Encima te quejas cuando te doy ese puesto privilegiado?

Jadeó. —¿Puesto privilegiado? Ser dama de honor es un coñazo.

—Pues ahora no hay vuelta atrás, así que te fastidias.

—Oye, que… —Al ver que su novio volvía sonrió de oreja a oreja. —Gracias por traerlo, Stephen.

—No, si este es para mí. Si quieres tráete uno. —Al ver su cara de confusión por su bordería él se echó a reír. —La cara que has puesto. Anda trae.

Su amiga se acercó y susurró —Sus chistes son muy malos.

—¿No me digas? —dijo por lo bajo.

—Joder, cómo pesa esto, ¿qué traes, un muerto?

—Regalos.

—¡No! —protestó Carol—. ¡Te dije que no lo hicieras!

—No pensaba presentarme en la casa de tus padres sin regalos, eso no se hace.

—Siempre tan correcta, leche. —Se acercó y le gritó a la cara —. ¡Desmelénate un poco!

—Llevo el pelo suelto.

—¿De qué habláis? —preguntó el borde como si le importara un pito. —Vamos o perderemos el avión.

Poniéndose la correa del bolso en el hombro susurró a su amiga —¿Seguro que este es tu novio?

—Ya hablaremos luego.

Uy, uy… Eso olía a ruptura inminente. Y ella en medio, aquello empezaba estupendamente.

Casi tuvieron que correr para no perderle y más con toda la gente que había en el aeropuerto. Menos mal que llevaba las zapatillas de deporte. Llegaron a la zona de facturación casi sin aliento y él dejó el carrito en la fila. —Voy a mear. Que no se os cuele nadie.

—Claro que no, cariñito.

Él se alejó y Carol gimió volviéndose hacia ella que tenía el ceño fruncido. —¿Tiene un mal día?

—Todos sus días son malos desde que nos comprometimos.

—No fastidies. ¿No te zurrará porque ya te cree segura? Porque llamo a un policía y lo solucionamos en un plis, plas.

—Hala, ya ha sacado a la fiscal que tiene dentro.

Se sonrojó. —¿No van por ahí los tiros?

—No, solo es un capullo con malos modales. Este no es de los que te sorprenden cuando ya estás casada y con hijos.

—¿Y por qué te has comprometido con él?

—Ni idea, me debió dar un aire cuando me lo pidió y de repente tenía el anillo en el dedo.

Asombrada le cogió la mano. —Menudo pedrusco. ¿Por qué no lo llevas al trabajo?

—Como tratamos con gente de fiar…

—Tienes razón. —La miró a los ojos. —¿Y qué piensas hacer?

—¡Tienes que ayudarme a librarme de él! —dijo como si entrara en pánico.

—Pues dile…

—Eso no sirve. Ya lo he intentado y no me entiende.

—Sí, no se le ve con muchas luces.

—Pues es cirujano, maja.

—Lo siento por sus pacientes.

—Lo sé. Tienes que ayudarme, no puede subir a ese avión.

—¿Y por qué lo has invitado?

—Se ha invitado él. Como cree que estamos comprometidos…

—¡Porque estáis comprometidos!

—Pues a David le va a sentar fatal.

—¿Quién es David? —preguntó sin salir de su asombro.

—Mi prometido.

—¿Tú qué? —Espantada dio un paso atrás.

Gimió. —Nos comprometimos hace tres años.

—Leche, en menuda movida estás metida. —Fue hasta el carrito e intentó coger su maleta. —Esto huele a que termina en drama. Yo me largo.

—¡No, no! —Agarró su maleta para impedir que la moviera. —Vamos, eres mi amiga.

—Como para problemas estoy yo. ¡Dijiste que lo pasaríamos bien!

—Y lo pasaremos genial, te lo prometo. En cuanto nos libremos de este nubarrón que tengo encima.

Soltó la maleta. —Dale el anillo y puerta.

—¿Aquí en medio? Se pondrá como loco.

Se quedaron mirándose pensando en ello. —¡Ya lo tengo! Eres fiscal, si le dices a una de esas auxiliares de tierra que ves algo sospechoso en él, le detendrán en el control.

—Sí, para que mañana, después de que haya pasado todo, se

presente en casa de tus padres. No me parece un tipo que se detenga cuando quiere algo.

Gimió. —Tienes razón.

—¿Con él? ¿En serio? Menuda psicóloga estás hecha. Me he dado cuenta de que es un cabrito nada más verlo.

—Chica, pues a mí me engañó completamente hasta que me puso el pedrolo en el dedo. —Abrió los ojos como platos. —Menudo cambio de personalidad. Debería hacer un estudio.

—Déjate de estudios.

—Bien, ¿ideas?

Miró a su alrededor. Aquello estaba a reventar de gente. Piensa, piensa…Vio una chica y de repente sonrió. —Creo que es tu día de suerte.

—¿De veras?

Se acercó a ella y se cruzó de brazos. —Hola Matilda. —Esta apartó la mirada del móvil y al verla se tensó. —Qué casualidad encontrarte aquí.

—Oiga, no he hecho nada.

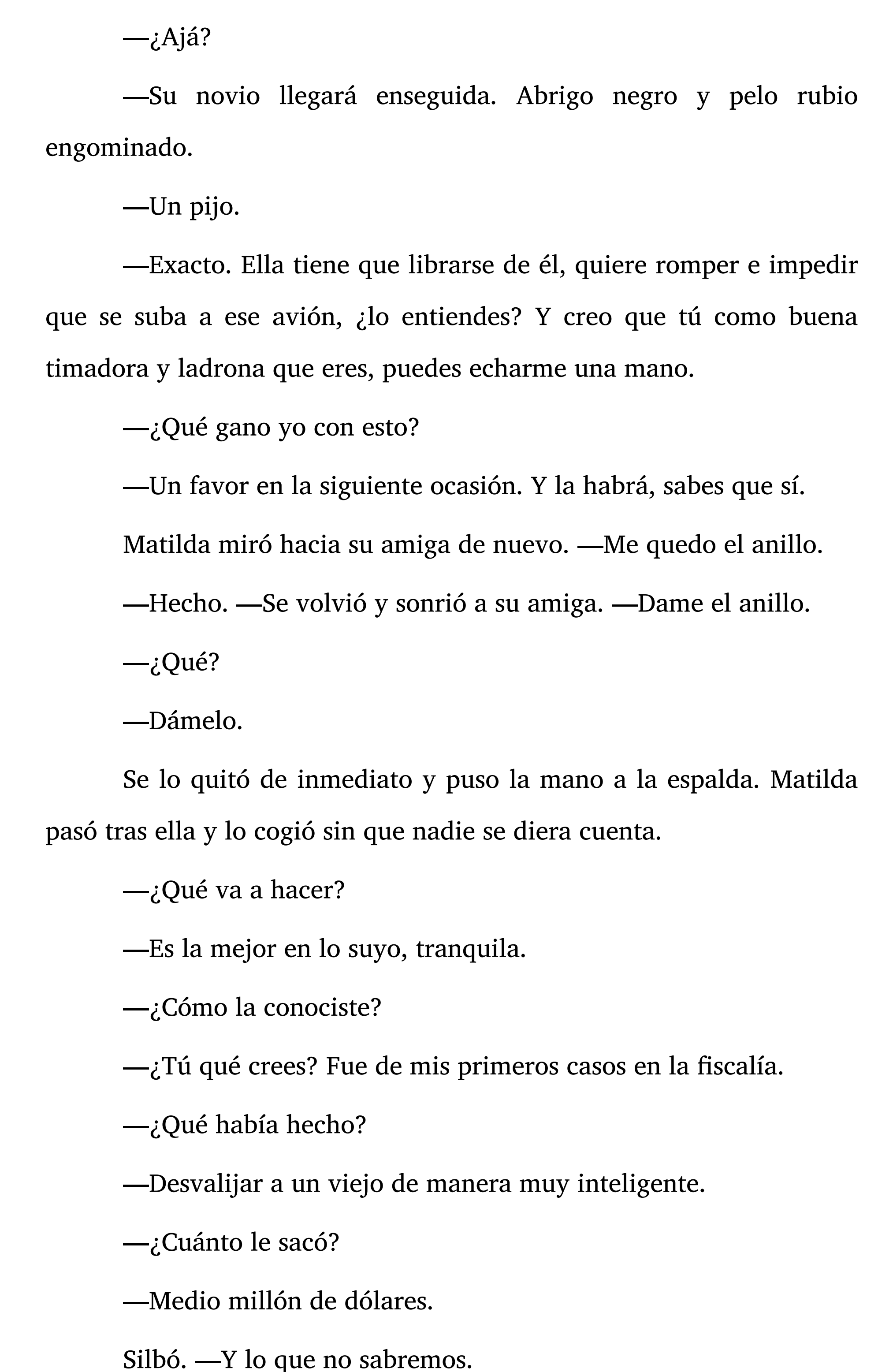
—Pero lo vas a hacer.

—¿Perdón?

—Mira detrás de mí.

Matilda hizo lo que le dijo.

—¿Ves a la rubia con el abrigo marrón y con un diamante enorme en el dedo?



—¿Ajá?

—Su novio llegará enseguida. Abrigo negro y pelo rubio engominado.

—Un pijo.

—Exacto. Ella tiene que librarse de él, quiere romper e impedir que se suba a ese avión, ¿lo entiendes? Y creo que tú como buena timadora y ladrona que eres, puedes echarme una mano.

—¿Qué gano yo con esto?

—Un favor en la siguiente ocasión. Y la habrá, sabes que sí.

Matilda miró hacia su amiga de nuevo. —Me quedo el anillo.

—Hecho. —Se volvió y sonrió a su amiga. —Dame el anillo.

—¿Qué?

—Dámelo.

Se lo quitó de inmediato y puso la mano a la espalda. Matilda pasó tras ella y lo cogió sin que nadie se diera cuenta.

—¿Qué va a hacer?

—Es la mejor en lo suyo, tranquila.

—¿Cómo la conociste?

—¿Tú qué crees? Fue de mis primeros casos en la fiscalía.

—¿Qué había hecho?

—Desvalijar a un viejo de manera muy inteligente.

—¿Cuánto le sacó?

—Medio millón de dólares.

Silbó. —Y lo que no sabremos.

—Eso seguro.

—¿Cuánto le cayó?

—Un mes.

—¿Solo?

Se echó a reír. —Consiguió que el viejo declarara en su favor. Al final la pillé por las multas de aparcamiento. Pero gracias a eso sabe que hablo en serio.

—¿De qué habláis?

Se volvieron hacia Stephen. —De nada interesante, uno de nuestros casos.

—Qué pesadas sois con esos rollos.

¿Esos rollos? Cada segundo que pasaba le caía mejor, pensó con ironía. —Uy, ya se mueve la cola.

—Que no se os cuele nadie.

Qué pesado era ese tío. Sin querer miró a su amiga que estaba pulsando la pantalla de su móvil como si nada, pero cuando la miró de reojo supo que solo disimulaba.

—¿Y tu anillo? —preguntó Stephen.

A Carol se le cortó el aliento. —¿Qué?

—Coño, ¿te han robado el anillo?

—¿Stephen?

Este se volvió y allí estaba Matilda. —¡Cielo, eres tú! —Se tiró sobre él abrazándole.

—¿Qué?

—Y yo que pensaba darte una sorpresa en casa de tus padres. —Se apartó y le besó en los labios. —Qué alegría que no te hayas ido todavía.

—Oiga. —La agarró por los brazos. —¿Qué cojones está haciendo?

—¿Stephen? —preguntó Carol haciéndose la tonta.

—Preciosa, no tengo ni idea de quien es esta mujer.

—¿Pero de qué hablas? —Matilda miró a uno y después al otro. —¿Estás con esta tía?

—¿Está loca? No la conozco de nada.

—¿Cómo que no me conoces de nada? —preguntó Matilda levantando la voz.

—¿Le conoces? —preguntó Deandra.

—¡Claro que le conozco, es mi jefe de quirófano y mi novio! ¡Trabajamos en el mismo hospital y llevamos juntos dos años!

—Carol, te juro que es mentira.

—¿Mentira? ¿Cómo te atreves? —Matilda abrió su bolso y sacó su reloj. —Y cómo tengo esto, ¿eh? Se lo dejó en mi casa ayer por la tarde.

Le dio un codazo a Carol para que reaccionara y esta gritó —¡Es tu reloj!

—Pero si lo llevaba puesto. ¡Esta mujer me lo ha robado!

—¿Cómo te atreves? —dijo Deandra indignada—. Te han pillado, tío, lo menos que puedes hacer es disculparte.

—¡Cómo has podido! —gritó Carol indignada—. ¡No quiero volver a verte!

—¡Lo mismo digo! —gritó Matilda arreándole un tortazo que le volvió la cara antes de que Carol le arreara volviéndosela hacia el otro lado.

Matilda desapareció como por arte de magia y él dijo asombrado —¡Se lleva mi reloj! ¡Vale cincuenta mil dólares! ¡Eh! —Corrió tras ella.

—¿Crees que será suficiente? —preguntó Carol.

—Mierda, creo que Matilda se ha quedado corta.

—¡Detengan a ese hombre! —gritó su cómplice a lo lejos—. ¡Le ha robado el reloj a ese anciano!

Las amigas sonrieron de oreja a oreja. —¿Cogemos ese avión?

—Será un placer conocer a tu otro novio.

Capítulo 2

Aterrizaron en el aeropuerto Friedman Memorial en Idaho. —¿Tus padres viven en Hailey?

—No, cerca de Sun Valley.

—¿Sun Valley?

—Es una especie de centro turístico de invierno. Mucha gente tiene casa allí, van a esquiar y eso. Mis padres nacieron allí y dirigen un hotel que construyó mi abuelo. Un éxito. ¿Esquías?

—¿Tengo pinta de esquiar?

Su amiga rio por lo bajo. —Lo imaginaba. Vamos, seguro que mi padre ha venido a buscarnos.

Después de recoger las maletas salieron del aeropuerto, había empezado a nevar. —Mierda —dijo Deandra por lo bajo.

—¿No te gusta la nieve?

Se puso la capucha de su plumas. —Me gusta la nieve, lo que no me gusta es el frío. —Miró a su alrededor. Había mucha gente reencontrándose con sus familiares, eso le hizo recordar a su hermano y su mirada se entristeció.

—¿Dónde estará mi padre? —Sacó su móvil del bolso y en ese

momento un cuatro por cuatro se detuvo ante ellas. Su amiga se ponía el teléfono al oído y de repente chilló sobresaltándola. La puerta del pasajero se abrió y un moreno guapísimo salió sonriendo. —Preciosa, dos meses sin verte es demasiado.

Carol se tiró a él y se besaron como locos. ¿Quién diría que hace unas horas estaba comprometida con otro? Escuchó un portazo y vio a otro moreno que rodeaba la parte de delante del coche. Madre mía, qué guapo, pensó mientras su corazón se aceleraba. Y se estaba acercando a ella… ¡La miraba directamente! Que ojos verdes más sexis. Pero todo en él era sexi. Qué alto, le sacaba la cabeza.

—¿Esa es su maleta?

Vio que señalaba algo y miró la maleta. —Oh, no, no es la mía —dijo rápidamente.

—Bien. —La agarró y la llevó al portaequipajes. —Tío, déjalo ya, ¿quieres? Tengo prisa, joder.

El moreno uno se apartó de su prometida. —Hace mucho que no la veo.

Carol soltó una risita. —¿Esa es tu manera de saludar, primo?

¿Primo? ¿Era su primo? ¡No le había hablado de él! ¿O sí? Había habido un par de veces en sus conversaciones que se había dispersado un poco con un caso mientras Carol daba la lengua. Era evidente que tenía que estar más atenta. Bueno, daba igual. Qué maravilla, igual tenía la oportunidad de… ¿De qué? ¿De acostarse con él? Ese hombre las tenía a puñados, como para fijarse en ella.

—Carol no me fastidies, el hotel está a reventar y ya he perdido

una hora para venir. ¿Sabes cómo están las carreteras?

Su amiga chasqueó la lengua. —Siempre igual, Kiefer.

—Ya sabes cómo es —dijo su prometido antes de reparar en ella—. Preciosa, una mujer nos está mirando.

Se sonrojó y Carol se echó a reír. —Es Deandra.

Era evidente que no sabían de lo que hablaba. —Mi amiga del trabajo. —Se acercó a ella y la cogió por el brazo. —La he invitado a pasar las fiestas con nosotros. Nos quedaremos hasta el año nuevo.

—Ah, ¿sí? —preguntó sorprendida.

—Sí —dijo entre dientes—. Ya lo hablaremos.

La apartó para susurrar —¿Pero el billete no es para dentro de cuatro días? Cuando dijiste que los sacarías tú, dijiste…

—Ya, pero he cambiado de opinión porque he decidido casarme. —Forzó una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué?

—¿Para qué voy a seguir buscando si es él?

No lo había dicho con mucho convencimiento. —¿Hablas de ese?

—Ya te he dicho que se llama David. Sí, ya es hora de que nos casemos después de doce años.

—¿Doce años de novios? —Se acercó aún más. —¿Qué pasa, que lo de Stephen fue un resbalón por el aburrimiento de una relación que creías muerta?

—La última vez que estuve aquí, tuve dudas. Muchas dudas.

—Ah…

—Pero ya no las tengo. —Apartó la mirada. —Como mi David ninguno.

Allí había algo que olía muy mal. Era evidente que Carol ya no le quería si estaba con otro en Nueva York. ¿Y ahora decidía casarse?

—Carol, ¿quieres darte prisa?

Se sobresaltaron y se giraron para ver que Kiefer estaba tras ellas. —¿Esa es tu maleta?

—Sí, gracias.

La cogió de malas maneras y la llevó como si no pesara nada hasta el maletero tirándola dentro con mala leche antes de cerrar el maletero. —¿Nos vamos de una maldita vez?

—Como puedes ver mi primo no tiene muy buen carácter. —Carol abrió la puerta de atrás subiéndose a toda prisa y su novio entró con ella haciéndola reír.

Genial, tenía que ir delante. Kiefer abrió la puerta del pasajero y dijo exasperado —¿Subes?

Entró en el coche y apartó un extremo del abrigo para que cerrara la puerta. Sintiendo el corazón a mil le observó mientras rodeaba el coche por delante. —Es soltero —susurró su amiga provocando que la fulminara con la mirada.

Kiefer se sentó a su lado y ella disimuló como pudo forzando una sonrisa.

—El cinturón.

—Oh sí, claro. —Se giró para agarrarlo y tiró de él. —Así que

trabajas en el hotel.

La miró de reojo. —Sí, ¿por qué?

Se sonrojó. —No, por nada. Por hablar de algo, supongo.

—Por Dios, Kiefer —dijo Carol—. No es un interrogatorio, es una conversación mundana.

Le escuchó gruñir por lo bajo antes de responder —Tengo un hotel.

—Oh, es tuyo.

—El hotel de mi primo es el mejor de la ciudad, el de mis padres es una pensión a su lado. También lleva la estación de esquí y varios negocios más.

—Debes estar muy ocupado.

—Pues sí —dijo cortante.

—¿Por qué has venido tú en lugar de papá?

—Se ha torcido el tobillo al salir de casa.

—¿Está bien? —preguntó Carol preocupada.

—No es nada, preciosa —contestó su novio—. Pero tenían que vendárselo, así que vinimos nosotros. Mi coche no arrancaba y ya sabes cómo es tu primo con el suyo, no deja que lo toque nadie.

—Gracias por recogernos. —Deandra no podía dejar de mirar su perfil, era tan masculino que le alteraba cada célula. Qué maravilla de hombre.

Él gruñó de nuevo. —Así que trabajáis juntas. ¿Eres psicóloga?

—No, soy fiscal.

—Es la mejor fiscal de Nueva York. Sale en las noticias día sí y día también porque siempre enchirona a los malos. —Carol rio. —En cuanto los abogados se enteran de que les toca ella, se ponen a llorar. Y no es una exageración que yo ya lo he visto.

Él apretó los labios como si lo que escuchara no le gustara nada. —Un puesto de responsabilidad.

—No es para tanto.

—Anda que no —dijo Carol—. La llaman el hueso, no os digo más. Pero se lo ha ganado a pulso, trabaja como una cabrona. No hay fiscal en la oficina al que no le gustaría ser como ella.

—Carol, exageras —dijo entre dientes.

—Ni una gota.

—¿Y tú a qué te dedicas? —le preguntó a su novio para cambiar de tema.

La miró confundido. —¿No te ha hablado de mí?

Carol la advirtió con la mirada. —Oh, sí. Pero es que hay cierta información que no llego a retenerla, ¿sabes? Un defectillo que tengo. Eras…

—Abogado. Me encargo de los temas legales, administrativos y fiscales de la familia, entre otras cosas.

—Oh, es cierto. —Mejor cambiar de tema de nuevo. —¿Cómo es vivir en un pueblo?

—Hay carencias. —Cogió la mano de su novia provocando que Carol forzara una sonrisa.

—La echarás mucho de menos.

Él hizo una mueca. —La experiencia que está adquiriendo en su trabajo, le será muy útil cuando ponga aquí la consulta.

Echó un vistazo a Carol que estaba de lo más incómoda. —Claro que sí. Toda experiencia es poca.

De repente las ruedas traseras del cuatro por cuatro se deslizaron sobre una placa de hielo y la parte de atrás del coche entró en el carril de al lado haciéndoles gritar. Kiefer enderezó el vehículo justo antes de que un camión les llevara por delante, y tuvo que frenar en seco porque casi se estrellan con un coche que estaba detenido en caravana. Deandra vio pasar la vida ante sus ojos mientras se acercaban como a cámara lenta, pero afortunadamente se quedaron a un pelo del coche. Kiefer jurando por lo bajo giró el volante llevando el cuatro por cuatro hacia el arcén y paró el motor. —¿Estáis bien? —Miró hacia atrás. —¿Estáis bien?

—Joder, qué susto —dijo David—. ¿Preciosa?

—Sí, estoy bien.

Kiefer volvió la vista hacia ella. —¿Deandra?

—No ha sido nada. Afortunadamente.

—Tío vete por el bosque, las carreteras están fatal, hoy no han echado la sal.

—No pienso hacer eso —dijo muy serio antes de mirarla a los ojos—. ¿Seguro que estás bien? Estás algo pálida.

Forzó una sonrisa. —No es nada.

Carol tocó su brazo para que la mirara. —¿Deandra?

—Estoy bien, de verdad. Vamos Kiefer, tienes prisa.

—Pues si tienes tanta prisa, vete por el bosque —insistió David —. Mira la caravana que se ha formado con los que van a pasar las navidades al pueblo, tardaremos tres horas en llegar mientras eso se despeja. Es una caravana de treinta kilómetros, joder.

—No voy a entrar en el bosque, está nevando. Ni sé si han pasado la quitanieves.

—Claro que las han pasado. Las utilizan los de la estación de esquí, lo sabes de sobra porque lo has ordenado tú.

Apretó los labios y miró hacia el cielo. —Está plomizo, pero aún tardará en descargar. ¿Llevas la radio?

—Claro que llevo la radio. Venga, joder, me muero por estar a solas con mi chica.

Esta soltó una risita. —Antes tengo que ver a mis padres, pillín.

—Pero la noche es nuestra.

Kiefer la miró de reojo arrancando el coche. —Iremos por el camino que hay entre las montañas.

—De acuerdo. —Miró a su alrededor. —Esto es precioso.

—¿Esquías? —preguntó David.

—No, la verdad es que no. Pero cuando era niña usábamos un trineo en Central Park. —Recordó aquel trineo. —Era rojo y me encantaba porque tenía los patines dorados como el trineo de Santa Claus. —Sonrió con tristeza porque era de los mejores momentos que había pasado en familia.

—Hay varios trineos en el hotel. Pásate a recoger uno cuando quieras —dijo él cortándole el aliento.

—Gracias.

—¿Eso es lo que le ofreces teniendo el mejor hotel de la ciudad? Invítala al spa, a un masaje… A una cena.

Se volvió para advertirla con la mirada. —No tiene por qué hacerlo.

Carol se echó a reír. —Pero si a él no le cuesta nada.

—Prima, ya daba por hecho que utilizaríais esos servicios, si los usas siempre. ¿Ahora tengo que darte permiso?

—Pues no.

Kiefer gruñó. —No hay quien te entienda. —La miró de reojo. —Siéntete libre de usar cualquier instalación del hotel.

—Gracias, eres muy amable. —Al mirar la carretera se dio cuenta de que pasaban entre árboles altísimos cubiertos de nieve. Elevó la vista a través del cristal, aunque unas nubes amenazantes inundaban el cielo, todavía algo de sol se filtraba entre las copas de los árboles. Era precioso. —Parece de cuento. —Una nube gris cubrió el sol y sintió un estremecimiento.

—¿Tienes frío?

—Deandra odia el frío.

Kiefer aumentó la temperatura de la calefacción.

—Gracias.

Él asintió sin quitarle ojo a la carretera, pero de repente ya no había asfalto solo nieve. —¡Joder! Cuando les pille… ¡Tienen que pasar el quitanieves todos los días para facilitar los traslados de emergencia!

—Da igual, es nieve blanda —dijo David.

Que estuviera tan tenso la preocupó un poco. —¿No lo ves seguro? Está empezando a nevar bastante.

—Claro que es seguro —dijo Carol—. David tiene radio. Si ocurriera algo como que nos quedáramos atrapados por la nieve, podríamos pedir ayuda.

—¿Por qué es tan importante la radio? Tenemos móviles.

—A este lado de las montañas no hay cobertura de red móvil —dijo Kiefer.

—Entiendo.

Él avanzó por la carretera y después de unos metros se relajó. —Los neumáticos agarran bien, no pasará nada.

Sonrió más aliviada. —¿Hace mucho que eres el dueño del hotel?

—Lo heredé de mis abuelos.

—Qué modesto. El hotel que heredó no se le parecía en nada —dijo su prima—. Invirtió en él toda la pasta que había ganado en Nueva York y lo ha convertido en el más importante del estado.

—¿Nueva York?

La miró de reojo. —Estudié derecho. Trabajé en un bufete un tiempo.

—Ganó una demanda a una empresa de energía eléctrica que le reportó veinte millones de dólares. Cuatro mil millones para las familias.

Se le cortó el aliento. —Dios mío, eres Kiefer Morris.

Demandaste porque la planta de la eléctrica puso dos torres de alta tensión al lado del pueblo en los años sesenta y hubo afectados. Tumores en recién nacidos, cánceres prematuros… —Impresionada susurró —Eras tú. Te estudiamos en la universidad. Acababas de entrar en un bufete buenísimo y te dieron el caso porque creían que no lo ganarías.

Él apretó los labios. —Se equivocaron.

—¿Qué pasó? Tendrías que estar en Nueva York viviendo de tu éxito.

—El éxito es efímero.

—Le vetaron —dijo Carol dejándola de piedra—. El bufete le echó porque recibió amenazas de ciertas multinacionales. Tenían clientes muy importantes que no querían perder, no sé si me entiendes.

—Lo siento mucho.

—No lo dejé solo por eso —dijo tenso—. Podría haber puesto mi propio bufete con mi comisión, pero con ese caso me di cuenta de que la vida tiene ciertas prioridades.

—¿Como cuáles?

—Hay cosas mucho más importantes que pasarse catorce horas al día trabajando.

—Lo dice el que se muere por llegar al hotel para trabajar —dijo David burlón.

—No es así durante todo el año y lo sabes. Tengo que aprovechar el tirón, tengo empleados que mantener.

—Lo comprendo —dijo Deandra—. Ahora es temporada alta.

—Exacto.

Mirándole de reojo pensó en ello. Había sido un tipo de tal éxito que todos sus colegas le admiraban. Había conseguido un hito y cuando podría haber puesto su propio bufete, cuando estaba en lo más alto de su carrera, decidió dejarlo todo y reinventarse. Miró al frente dándole vueltas. Ella trabajaba catorce horas al día, a veces más porque hasta se iba con el portátil a la cama. ¿Sería capaz de hacer algo así? Siempre había querido ser abogada, fiscal para ser exactos. Pero después de cuatro años en la fiscalía ya no sentía ninguna satisfacción por el trabajo. Si seguía luchando era por subir en el escalafón, por ganar a nuevos adversarios, pero en realidad su trabajo había perdido mucho atractivo porque los retos y los triunfos cada vez le provocaban menos estímulos. Había llegado a un punto en el que preparaba los casos de manera mecánica porque es lo que debía hacer, pero ya no disfrutaba del proceso de buscar la mejor estrategia para meter al tipo en chirona sin género de dudas de que era culpable. Se miró las manos, había pensado mil veces en si debía dejarlo, si debía poner su propio bufete para llevar casos que realmente le interesaran, pero jamás había pensado en abandonar. Amaba el derecho y no se veía haciendo ninguna otra cosa. —¿No lo echas de menos?

Apretó los labios. —A veces. —La miró de reojo. —Pero cuando me ocurre solo tengo que salir a la terraza de mi habitación, ver las montañas, se me quitan todas las dudas.

Miró por la ventanilla. Los copos que caían sobre el coche eran enormes. —La verdad es que es precioso.

—Y aburrido —dijo Carol.

—Venga ya, tampoco es tan aburrido —le replicó David.

—¿Comparado con Nueva York? Esto es como enterrarse en vida. Jamás he entendido por qué regresó mi primo.

—¿Estás queriendo decirme algo? —preguntó David algo más tenso.

—No, claro que no.

Kiefer la miró de reojo mientras su amigo decía —¡Vamos, dilo! ¡No quieres volver!

Ahora entendía las dudas de Carol y que probara a tener una relación en la ciudad. Ella sí que estaba metida en un buen problema. ¿Qué debía elegir, el amor de su vida y quedarse en una ciudad que la aburría mortalmente o vivir en el centro del mundo? Dura decisión.

—Sí que quiero volver —dijo como si le estuvieran sacando una muela.

—¿Queda mucho para llegar? —preguntó intentando relajar el ambiente.

Kiefer la miró de reojo. —Unos veinte minutos.

—¿Qué vas a querer volver? ¡Si no haces más que poner excusas! ¡He tenido que ir a verte yo porque tú no te dignas a pasar por aquí!

—Cielo, no es así.

—¡Claro que es así!

—¿Por aquí es un trayecto más largo? —dijo empezando a ponerse nerviosa porque él se estaba alterando.

—Así es. —Kiefer miró por el espejo retrovisor. —Pero teniendo en cuenta el hielo y la caravana de coches esto será más rápido.

—Sí, claro.

—¡No me vengas con cuentos! —gritó David—. ¿Sabes? ¡Estoy harto! ¡O vuelves a casa o esto se va a acabar!¡Del todo!

—¿Me estás dando un ultimátum? Cielo, acabo de llegar.

—¡Llevamos doce años saliendo y no haces más que dar excusas para retrasar la boda!

Asombrada preguntó a Kiefer en voz baja —Es increíble que lleven doce años juntos.

—Aquí se conoce todo el mundo y en el instituto no hay muchas opciones. Él era mayor y ya sabes —susurró.

—Entiendo.

—Fue su primer novio.

—¿Y aguantaron el instituto, la universidad de él, la de ella y ahora las prácticas de Carol? Menudos campeones.

—¡Porque nos queríamos! —gritó David furioso—. Al menos yo la quiero porque ella cada vez me quiere menos.

Los ojos de Carol se llenaron de lágrimas. —No digas eso.

—¿Cómo no voy a decirlo si casi ni me llamas?

—Estoy muy ocupada y…

—Eso es evidente —dijo con ironía—. Tú estás muy ocupada y yo cada vez te importo menos.

—No es cierto. ¡Y para que lo sepas, pensaba darte una sorpresa

y casarnos durante las fiestas!

David no salía de su asombro. —¿Estás de broma? ¡Faltaría la mitad de la familia!

—¡A ti no te vale nada!

—¡No voy a casarme en una boda relámpago sin mis hermanos mayores que sabes que pasan la Navidad con sus suegros! ¡Organizarás la boda para primavera como siempre hemos hablado!

Carol se echó a llorar y Deandra se mordió el labio inferior. Preocupada porque era evidente que su amiga también estaba pasando una crisis personal, echó un vistazo a Kiefer que la estaba observando. Puso cara de póker como si no pasara nada, pero él entrecerró los ojos como si supiera que ocultaba algo. —¿Qué?

—Nada.

Ambos miraron la carretera y de pronto algo oscuro pasó ante el coche. Él dio un volantazo esquivándolo y Deandra gritó intentando agarrarse. Kiefer quiso frenar, pero de repente el árbol estaba ante ellos y saltaron los airbags dándole el suyo en plena cara. Y llegó el silencio.

Capítulo 3

¿Qué había pasado? Algo atontada intentó apartar lo que tapaba su cara, cuando escuchó que algo caía sobre ellos golpeando fuertemente el techo del coche. Gritó del susto intentando apartar aquella cosa. —¡El árbol, se nos cae el árbol encima!

—Tranquila, ha sido nieve. —Alguien la ayudó y apartó el airbag. —Joder, ¿estás bien? —Kiefer la cogió por la barbilla y levantó su rostro. —Tranquila, sangras un poco pero no está rota.

—¿Rota? —preguntó confundida.

—La nariz, solo te sangra un poco.

—¿Qué ha pasado?

—Joder, se nos ha cruzado un ciervo.

—¿Un qué?

No le hizo ni caso mirando hacia atrás. —¿Estáis bien?

—Sí, no ha sido nada —contestó David aún enfurruñado—. ¿Preciosa?

—¡Déjame en paz!

Para su asombro Carol intentó salir por su lado, pero la puerta estaba bloqueada por la nieve, así que pasó sobre su novio y salió del

coche dando un portazo antes de que él pudiera evitarlo. —¡Estupendo, Carol! ¿A dónde vas? —Salió tras ella y dio otro portazo.

—Esto no puede estar pasando —dijo Kiefer por lo bajo antes de fulminarla con la mirada—. ¿Ha dejado ya a ese tipo?

—¿Qué? —preguntó haciéndose la tonta.

—Joder, qué mal disimulas —dijo incrédulo—. ¿De veras eres fiscal o es otra de las mentiras de mi prima?

Jadeó. —Oye majo, que yo no tengo la culpa de que su vida amorosa sea un desastre. ¡Y es mi amiga! Así que no me preguntes nada. —Se acercó. —¿Cómo sabes lo del otro?

—Porque hace un mes estuve en Nueva York y les pillé en su casa. Él no llevaba camisa.

—Ah… Una buena evidencia.

—Y tanto. —Miró al frente y juró por lo bajo porque había destrozado el coche. Todo el capó era un acordeón.

—Ya lo han dejado.

—Pues menos mal. David es un buen tío. —Intentó arrancar el coche.

—¿Pero qué haces? ¡A ver si explota o algo!

Kiefer apretó los labios viendo cómo se llevaba la mano bajo la nariz y al mirarse los dedos tenía algo de sangre. —Te saldrá un buen morado.

Agarró su bolso y lo revolvió para coger un paquete de pañuelos. Se pasó uno bajo la nariz.

—¿Te duele?

—Un poco. —Miró a su alrededor y no les vio. —¿Dónde están?

—Reconciliándose por ahí. No te preocupes, no pueden vivir el uno sin el otro.

—Cuando se entere de lo que ha hecho…

—Mi prima no lo reconocería ni muerta —dijo molesto.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —Pero tiene que decírselo.

—Es cosa de ellos. Sal de coche, tengo que coger la radio para pedir ayuda.

Abrió la puerta y sintió un estremecimiento por el frío que azotó su cara. Se bajó apoyándose en el coche y se alejó para que él saliera. A Kiefer le costó un poco pasar al asiento del copiloto porque era un hombre alto, pero cuando salió, abrió de inmediato la puerta de atrás metiendo medio cuerpo. Mientras buscaba la radio, ella se pasó el pañuelo de nuevo bajo la nariz y suspiró del alivio porque al menos ya no sangraba. Se tocó el tabique nasal, dolía, pero nada que no fuera soportable. Esperaba que no fuera a más.

—Mierda —le escuchó decir. Kiefer salió del coche y miró a su alrededor—. ¡David, dame la radio! ¡Tenemos que pedir ayuda!

Empezó a nevar de veras y Deandra miró hacia el cielo. —¿Soy yo o cada vez nieva más?

—En diez minutos ni veremos lo que tenemos delante.

—¿Qué?

—Tranquila.

—¿Cómo que tranquila? ¿Si no ven cómo van a venir a

buscarnos?

—¡David!

Les vieron salir de detrás de un árbol y sus caras no les gustaron nada. Parecían arrepentidos de algo.

—¡Dame la radio!

—No la tengo.

Kiefer se tensó con fuerza. —¿Qué has dicho?

—¡Sabía que si no te decía que la había cogido, te empeñarías en ir por el atasco y quería estar a solas con Carol cuanto antes! Tenemos problemas, ¿sabes?

—¡Eso es evidente! —gritó Kiefer—. ¿Y ahora qué hacemos?

—¿Cómo que qué hacemos? —preguntó Deandra empezando a entrar en pánico.

—Caminar —dijo su amiga como si nada.

—¿Caminar veinte kilómetros a través de las montañas con lo que nieva? ¿Es que estás loca? —gritó su primo empezando a perder los nervios—. ¡Y de noche! ¡Porque oscurecerá en una hora!

—Ay madre, ay madre —dijo Deandra empezando a marearse.

Carol suspiró. —Tranquila…

—¿Tranquila? ¿Tranquila?

—Necesitabas pasarlo bien, ¿no? Pues una aventura te vendrá de perlas.

—¿Me has visto la nariz? —preguntó alterada.

—¡Oye, que yo no tengo la culpa de que mi primo sea un

desastre conduciendo!

Entonces Deandra vio como los tres se ponían a discutir echándose la culpa los unos a los otros. Qué panorama, aquello cada vez pintaba peor. —¡Callaos! —gritó haciendo que todos cerraran el pico de inmediato—. ¡Vamos a buscar una solución práctica antes de que se nos hiele el culo o un animal nos desmiembre! ¡Y quiero esa solución cuanto antes, porque me está entrando una mala leche que estoy a punto de estrangularos a los tres!

Carol sonrió. —¿Ves? Ya te estás soltando, dentro de nada serás como otra de la familia.

—¡Soluciones!

—Caminar está totalmente descartado —dijo Kiefer—. Podemos perdernos o alguien puede herirse.

—¿Y qué sugieres, que nos quedemos aquí? —preguntó David incrédulo.

—¡Al menos en el coche tendremos refugio hasta que pase la tormenta! En una hora o así mis tíos se darán cuenta de que no llegamos y nos buscarán.

—Ni se imaginarán que hemos venido por aquí.

—No les quedará otra que imaginarlo cuando vean que no hemos tenido ningún accidente por la estatal, joder. Si hay suerte vendrán con el oruga y nos sacarán de aquí.

—Voto por eso —dijo Deandra metiéndose en el coche y pasando al lado del conductor—. ¡Entrad de una vez, el coche se está helando!

Kiefer se sentó a su lado y la parejita detrás. Cerraron las puertas y Carol dijo —Enciende la calefacción.

—El motor no funciona —dijo Deandra entre dientes.

—Mierda. —Se quedó unos segundos en silencio. —¿Jugamos a las películas?

Deandra incrédula volvió la cabeza. —¿Qué has dicho?

—Ignórala. Siempre dice estupideces cuando mete la pata. Es así como intenta desviar la atención —dijo Kiefer tan cabreado como ella.

—¡Oye, que yo no he metido la pata!

—Eso, ella no ha hecho nada —la defendió su novio—. ¿Y ahora vas de psicólogo?

—No, para psicóloga ya tenemos una en la familia y está claro que domina la naturaleza humana hasta tal punto que su vida es totalmente perfecta. Tan perfecta como ella. —La miró por el retrovisor. —¿No, prima?

—¡Qué te den!

—¡Callaos de una vez! —gritó Deandra—. ¡Parecéis críos! ¡Ha pasado esto y ya está!

—Y eso que ella vive de buscar al culpable.

Fulminó a David con la mirada. —Eso ha sido muy maduro.

—Oye, ahora no vayas de madura por la vida que nos conocemos —dijo Carol cortándole el aliento.

Kiefer se tensó. —Carol no te pases.

—¿Ahora la defiendes?

—¡Hostia, ella no ha hecho nada, claro que la defiendo!

—El abogado defensor —dijo con burla.

Deandra y Kiefer se miraron sin entender nada. —Déjalo, no merece la pena —dijo él.

—¿Pero de qué vais? —dijo David como si no se lo creyera—. ¿Quiénes sois vosotros para recriminarnos nada de nuestra vida?

No salía de su asombro. —¿Cuándo he mencionado yo tu vida si no te conozco de nada? ¡Y lo poco que conozco es para dar de comer aparte, porque eres capaz de poner en riesgo la vida de cuatro personas con tal de echar un polvo cuanto antes!

David se sonrojó y su novia le dio un codazo. —¿No te quedó claro que es una fiscal de primera? Así sentencia los juicios, el juez no tiene que hacer casi nada.

Señaló a su amiga con el dedo. —Y a ti… ¡Menudas vacaciones de mierda!

Hizo una mueca. —Todavía no han terminado.

—¡Deja de meterme en tus líos!

—¿Qué líos? —preguntó David.

—No tengo ni idea de lo que habla.

Y se quedó tan pancha. Deandra gruñó volviéndose y dijo por lo bajo —Menudos huevos tiene.

Kiefer sonrió. —Bienvenida a mi vida.

—¿Tienes muchos familiares así?

—Te dije que éramos la monda —dijo Carol desde atrás.

Él la miró a los ojos. —Tengo una familia peculiar.

—¿Cuando dices peculiar, significa rara?

Rio por lo bajo. —Algo así.

—¡Eh, que no me parezco tanto a ellos!

—Preciosa, un poco sí que te pareces.

Jadeó. —¿En serio? Pero a la tía Lucinda no, ¿verdad?

—Nooo… —dijo él exageradamente.

Deandra se acercó a Kiefer. —¿La tía Lucinda?

—Vive en su mundo. Un mundo algo especial.

Ay madre, ¿quién le mandaría a ella irse de vacaciones con una casi desconocida? Forzó una sonrisa. —Qué bien, ¿no?

—No es lo que piensas, escribe historias.

—Y se las cree —dijo David reteniendo la risa.

Iba a decir algo por compromiso cuando se le secó la boca. —¿No estaréis hablando de Lucinda C. Morris? —Chilló volviéndose para mirar a Carol. —¡No puede ser!

Sonrió. —¿Te gustan sus historias?

—¿Que si me gustan? ¡Es un genio!

—¿Qué límite hay entre la genialidad y la locura? —preguntó David divertido.

—Ha creado seis mundos fantásticos que yo conozca, puede hacer o decir lo que le venga en gana, se lo ha ganado. ¡Con tal de que siga escribiendo, como si se comunica en morse y dice que ve

unicornios volantes!

Carol chasqueó la lengua. —Uy, esta se muere por leer su última trilogía.

Separó los labios de la impresión. —¿Trilogía? ¿Qué trilogía?

—La terminó hace cuatro meses.

Se llevó la mano al pecho. —Dios mío, ¿cuándo la pública?

—No la va a publicar, dice que es tan buena que luego le van a pedir que escriba a ese nivel y no quiere presiones.

Asombrada miró a Kiefer que se encogió de hombros. —No es la primera vez que lo hace.

—¿Cuántas novelas tiene sin publicar?

—¿Cien? No sé, siempre está con un block en la mano.

—Dios mío, ¿y no le decís nada?

—¿Qué podemos decirle? Es su trabajo para hacer con él lo que quiera.

—Además, el tío Marc no dejaría a nadie que abriera la boca al respecto. Defiende a su gemela con uñas y dientes. Ni su marido le rechista.

—¿Está casada?

—¿Lo dices porque no lleva su apellido? —preguntó David. Deandra asintió—. Se casaron después de que ella empezara a publicar y no podía cambiar el nombre, ya la conocía todo el mundo. De todas maneras, jamás se lo cambiaría, dice que es Morris y que lo será hasta la muerte. —Cogió la mano de su novia. —¿Tú te lo cambiarás, preciosa?

Le miró espantada. —Ni de coña.

David rio por lo bajo. —Lo suponía.

—De todas maneras, si de algo puedo presumir es de apellido.

—Tú también eres un genio en lo tuyo.

Deandra no salía de su asombro. —¿Genio?

Kiefer carraspeó como si estuviera algo incómodo. —Te dije que eran algo raros.

David se adelantó. —Son cuatro varones y dos mujeres, todos han sobresalido en su campo.

—No fastidies.

—La tía Esmeralda es una química de renombre, el tío Rod es compositor, Lucinda ya lo sabes, el tío Marc ganó dos medallas de oro de esquí en las olimpiadas, Kiefer fue presidente del tribunal supremo y mi suegro es pintor.

Se quedó de piedra y lentamente volvió la vista hacia Kiefer que se hacía el loco. —¡Y tú lo dejas!

—Es mi vida para hacer con ella lo que me dé la gana.

—¡Provienes de una familia de genios, consigues ganar el caso que cualquier abogado soñaría y lo dejas! ¿Pero a ti qué te pasa? ¿Sabes a toda la gente que puedes ayudar?

—Los abogados no estudian la carrera para ayudar a nadie, lo hacen para hacerse ricos.

—¿Pero qué tonterías dices? —Se volvió hacia los de atrás. —¿Y tú qué coño haces en la fiscalía?

—Yo soy normal.

—No sé por qué, pero lo dudo mucho. ¿Por qué aceptaste ese trabajo en Nueva York? —Entonces recordó lo que dijo de hacer un estudio sobre Stephen. —Estás haciendo un estudio de criminalidad, ¿no es cierto?

Soltó una risita. —Qué mejor ciudad que Nueva York.

—Iba para un año y ya van dos —dijo su novio fastidiado.

—¿En serio empiezas de nuevo con esa cantinela?

Empezaron a discutir y exasperada miró a Kiefer. —¿Y bien?

—¿Y bien qué? —preguntó molesto.

—¿Me lo vas a contar?

—Ni nos lo ha contado a nosotros, así que ponte a la cola —dijo David—. Un día simplemente llegó con las maletas y dijo que lo había dejado, punto. Y a aguantar turistas.

—He logrado que muchos de nuestros vecinos tengan trabajo, con eso me conformo.

—¡Venga ya! —protestó Deandra haciendo que la fulminara con la mirada—. A mí no me eches esas miraditas que no me intimidas. Me enfrento con asesinos todos los días, ¿sabes?

—Y se cagan de miedo con ella. En mi estudio tengo un capítulo especial solo para Deandra.

Abrió los ojos como platos. —¡Será coña!

—Pues no, eres un objeto de estudio muy interesante. Tan segura en la sala del tribunal, tan temible y sin embargo en tu vida privada…

Se metió entre los asientos alargando los brazos para estrangularla y Carol se apartó por un pelo. —Te voy a…

Kiefer la agarró para sentarla a su lado. —Piensa en la cantidad de años que te caen por homicidio.

—Merecerá la pena.

—Tendré que incluir estos impulsos que te dan —dijo reteniendo la risa.

—La madre que la parió. —Se volvió furiosa. —Me has traído para seguir investigando, ¿no es cierto?

—Tus reacciones son muy interesantes.

Sintió un nudo en la garganta por la decepción que la invadió. —¡Solo soy una rata de laboratorio!

Carol perdió la sonrisa poco a poco. —No, te equivocas.

—¡No me equivoco en nada!

—Joder Carol, esta vez te has pasado —dijo Kiefer molesto.

—¡Si está aquí es porque me cae bien! Tengo límites, ¿sabes?

—Eso díselo a tu novio —dijo Deandra furiosa—. Déjame pasar, Kiefer.

—Tú no te vas a ningún sitio. Cálmate y…

—¡Déjame salir del coche!

—¿Qué ha querido decir con eso de los límites? —preguntó David.

—Joder Deandra —dijo Kiefer.

—¿Qué? ¡Está comprobando mis reacciones! ¡Pues toma

reacción! —dijo con los ojos cuajados en lágrimas.

—¿Qué límites te has saltado?

—David cariño, déjame resolver esto primero.

—¿Resolver? —preguntó Deandra alterada—. ¿Cómo una comecocos? ¡Oh, en eso eres toda una experta, así que no te costará resolverlo! Con otra mentira seguramente, ¿pero quién soy yo para juzgar? ¡Solo soy un conejillo de indias!

Carol se adelantó. —Estás sacando las cosas de quicio.

—¿Es tu dictamen psicológico? ¡Vete a la mierda! —Se volvió hacia Kiefer. —¡Déjame salir, joder! —gritó demostrando en su voz lo dolida que estaba.

Kiefer siseó —¡No pienso dejar que salgas para que te congeles ahí fuera, así que déjalo estar!

Furiosa intentó abrir su puerta y la golpeó varias veces contra la nieve. Un montón de nieve cayó sobre el coche abollando el techo y gritó de miedo agachándose. Se hizo el silencio y cuando Deandra levantó la vista vio que la nieve había hundido el parabrisas, pero este afortunadamente no había estallado.

—Estupendo —dijo David exasperado—. Ahora sí que tendremos frío.

—¡Cállate! —ordenó Kiefer antes de mirarla—. ¿Estás bien?

Avergonzada se volvió dándole la espalda y se cubrió el rostro con las manos intentando no llorar, pero no podía evitarlo, las lágrimas no dejaban de fluir. Se sintió humillada, utilizada… Creía que quería ayudarla y lo único que había hecho era manipularla para

su maldito estudio.

—¿Deandra? —preguntó tras ella.

—¡Déjala, joder! ¿No ves cómo está? —Kiefer alargó la mano para tocar su hombro, pero Deandra se encogió como un animal herido. Apretó los labios viendo como intentaba contener sus lágrimas.

—Pues no es para tanto —dijo David—. A mí también me estudia.

—Continuamente, cielo —dijo Carol a toda prisa.

—Oye, sobre eso de los límites…

—Ahora no, David.

Se mantuvieron en silencio y solo se la escuchaba a ella. Dios mío, no podía haber nada más humillante. Intentó calmarse pensando que no merecían la pena, que se largaría de allí en cuanto pudiera y que no volvería a verlos nunca más, pero sentía un dolor tan intenso en su pecho como cuando había recibido esa llamada de su hermano. No merecía la pena, ninguno la merecía.

Respiró hondo y se limpió las últimas lágrimas enderezándose para mirar al frente.

—¿Cuándo podemos hablar de nuevo? —escuchó que susurraba David.

—¿Me dejas salir, por favor? Tengo que hacer…

Kiefer apretó los labios antes de abrir la puerta. Salió agachando la cabeza por como nevaba y le gritó por encima del sonido del viento —¡No te alejes, está nevando muchísimo!

Salió del coche a toda prisa cogiendo el bolso de la que pasaba y empezó a caminar en dirección contraria al pueblo. —¡Deandra!

No le hizo caso y siguió caminando. Se puso el bolso en bandolera y se subió la capucha.

—¡Deandra, no hagas locuras! —La agarró del brazo volviéndola y la capucha salió despedida. —¿A dónde vas?

—Vuelvo a casa —dijo fríamente.

—¿En serio crees que llegarás a la carretera?

—No tengo que darte explicaciones.

—¿Deandra? —Carol llegó corriendo por la nieve. —¿Qué haces? Sube al coche.

Soltó su brazo de mala manera y siguió caminando. Carol corrió tras ella. —Vale, he metido la pata, tenía que haberte contado lo del estudio.

—Ahora entiendo que me invitaras tantas veces a tomar algo — dijo con ironía.

—¡Cuando te elegí ni te conocía! ¡Solo admiraba como eras! ¡Otros se sentirían halagados!

—¿Halagados? ¿Pretendes que me halague? Deberías hacer un estudio sobre ti misma, tendría más éxito.

—Ya lo he hecho. —Se detuvo para mirarla asombrada. —Me dieron matrícula de honor en el doctorado y por él me dieron la cátedra.

Se quedó de piedra. —¿Cátedra? ¿Tienes una cátedra?

—Bah, la pedagogía no es lo mío, pero me dan manga ancha

con los estudios.

—¡Encima te pagan por esto!

—Anda claro, ellos también presumen de mi éxito.

Chilló tirándose sobre ella y ambas cayeron al suelo. Carol gritó cuando la agarró del cuello. —¡Serás mamona! —Se sentó sobre ella y apretó, pero alguien la cogió por la cintura elevándola. —¡Suéltame, que se va a enterar la comecocos esta de lo que vale un peine!

Carol se apoyó en los codos. —¿Pero estás loca? —David llegó hasta ella y la ayudó a levantarse. —Esta actitud ha sido totalmente sorprendente, igual deberíamos tener una sesión para intentar enderezar las cosas.

Deandra gritó estirando los brazos intentando soltarse. —Te voy a…

Kiefer giró llevándosela con él y la apartó varios metros antes de soltarla. Ella se volvió para intentar tirarse de nuevo sobre Carol, pero su primo consiguió cogerla de los brazos pegándola a su pecho y la abrazó con fuerza antes de decir a su oído. —Respira. —Sentir su aliento en el lóbulo de su oreja la estremeció y abrió los ojos como platos cuando sintió que sus pezones se endurecían bajo el jersey. —Tienes que ser más lista que ella.

—Ajá…

—¿No ves que solo quiere provocarte para su estudio de mierda? Vamos, has tratado con criminales, sabes que hacer para mantenerlos a raya, ¿no vas a poder con ella? ¿En serio vas a huir? —Se tensó entre sus brazos entrecerrando los ojos. —Eso es, nena.

Demuéstrale que si te ha elegido es por algo. —Rozó el lóbulo de su oreja con sus labios provocando que su corazón saltara en su pecho. Deandra se apartó para elevar la vista hasta su rostro y él sonrió malicioso. —Intenta no estropearle el noviazgo, ¿quieres? Tú puedes amargarle la vida sin recurrir a esas bajezas.

—Pues sí.

—Estoy deseando verlo, a ver si así deja de manipular a la gente.

—Podrías haberlo hecho tú.

—Yo la quiero demasiado, pero tú… —Acarició su mejilla. —Tú no tendrás piedad.

Deandra miró sus labios y al darse cuenta de lo que había hecho elevó sus ojos de nuevo. La deseaba. La sangre empezó a correr alocada por sus venas. La deseaba. Kiefer sonrió. —Si te vas nos perderemos muchas cosas, nena. Y estas navidades prometen ser de lo más entretenidas.

Sin aliento susurró —No puedo rechazar esa invitación.

—Bien dicho.

—¿Deandra?

—No te acerques —dijo David—. ¿No ves que ha intentado darte matarile?

Kiefer se apartó y allí estaba esa bruja con cara de arrepentimiento. —Lo siento, no pensaba que te molestaría tanto.

—Creíste que no me enteraría. ¡Se te ha escapado!

—Eso también —dijo sinceramente.

Es que de verdad era como para darle de comer aparte.

—¿Me perdonas?

—¿Vas a dejar de hacerlo?

Espantada dio un paso atrás. —¿Estás loca? ¡Llevo casi dos años en esto! Si quieres no doy tu nombre.

—¿Ibas a dar mi nombre?

—Bueno, es un estudio serio, pero si quieres…

Intentó controlarse. —Sabes que puedo demandarte, ¿no?

—No, no eres mi paciente. No estoy revelando nada confidencial que me haya dicho un paciente. Esto es un estudio.

—Que haces de mí sin mi consentimiento, maja. Tú sabrás de psicología, pero yo sé de leyes. ¿Sabes lo que es un consentimiento? Es un papelito que tiene que ir con mi firma después de un montón de cláusulas. No soy una cobaya, yo tengo derechos.

—He hecho estudios antes y…

—¿Crees que tus familiares van a demandarte? Además, apuesto que no pusiste sus nombres para protegerles, pero si hablas de la fiscalía, de la oficina de Nueva York seguro que darás detalles en los que todos puedan identificarme y si es así te va a caer una demanda que vas a tener que corregir un montón de exámenes para pagarme. —Sus ojos mostraron toda la frialdad de la que era capaz. —¿Tu estudio es serio? A ti sí que van a tener que estudiarte cuando acabe contigo.

Asustada miró a su primo que asintió. —Puede hacerlo y es muy probable que gane. Joder, no sé por qué la has metido en esto cuando ibas a hacer un estudio sobre los criminales.

—¡Es solo un capítulo! —Juntó las manos rogándole. —Por favor.

—¿Ahora me suplicas?

—Si te va a encantar cuando lo leas.

—Ah, que ahora puedo leerlo. —Fue hasta el coche.

—¿Eso significa que me perdonas?

—Kiefer necesito mi maleta, ¿crees que podré abrir el portaequipajes?

—Si no puedes puedo bajar los asientos de atrás.

—¿Me perdonas o no?

—¿Para qué quieres la maleta? —preguntó Carol ganándose una mirada de rencor de Deandra—. ¿Es que ahora no puedo preguntar nada?

—¡No!

—Qué quisquillosa.

Kiefer intentó abrir la puerta de atrás, pero no se abría. —Se ha debido de descuadrar con el golpe. —Entró por la parte de atrás. Deandra vio por la ventanilla como tumbaba hacia adelante el sillón y tiraba de su maleta. La dejó sobre la nieve y Deandra se agachó para abrirla. Empezó a sacar gruesos jerséis. —Ponéoslos, rápido antes de que se mojen.

Cada uno se quitó su plumas o abrigo y cogió un jersey. Agarró varios pares de calcetines y otro abrigo más formal que llevaba en la maleta. Se lo puso sobre el jersey antes de ponerse el plumas.

—Una chica preparada —dijo David cogiendo un par de

calcetines.

—Y eso que solo venía cuatro días, ¿te imaginas la maleta si se quedara más tiempo?

—¿A que no te doy los calcetines?

Sonrió. —Tienes un corazón demasiado tierno para dejar que se me congele el dedo gordo del pie hasta que tengan que amputármelo.

No lo pudo evitar, tuvo que sonreír y Carol chilló de la alegría. —¡Ya me ha perdonado!

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó Kiefer cerrándose el plumas hasta la barbilla.

—Son casi dos años de… Mejor lo dejamos.

—Sí, será lo mejor. —Cerró la maleta con cuidado de no estropear los regalos y fue David quien la agarró para meterla. Kiefer mantuvo la puerta abierta y se metió a toda prisa estremeciéndose de frío. En cuanto se sentó se bajó la cremallera de las botas y se las quitó para ponerse el otro par de calcetines. Distraída vio que Kiefer se ponía los calcetines en las manos. Eso le recordó sus guantes y se los sacó del bolso. Kiefer alargó las manos y le levantó la capucha. —¿Tienes frío? —preguntó él.

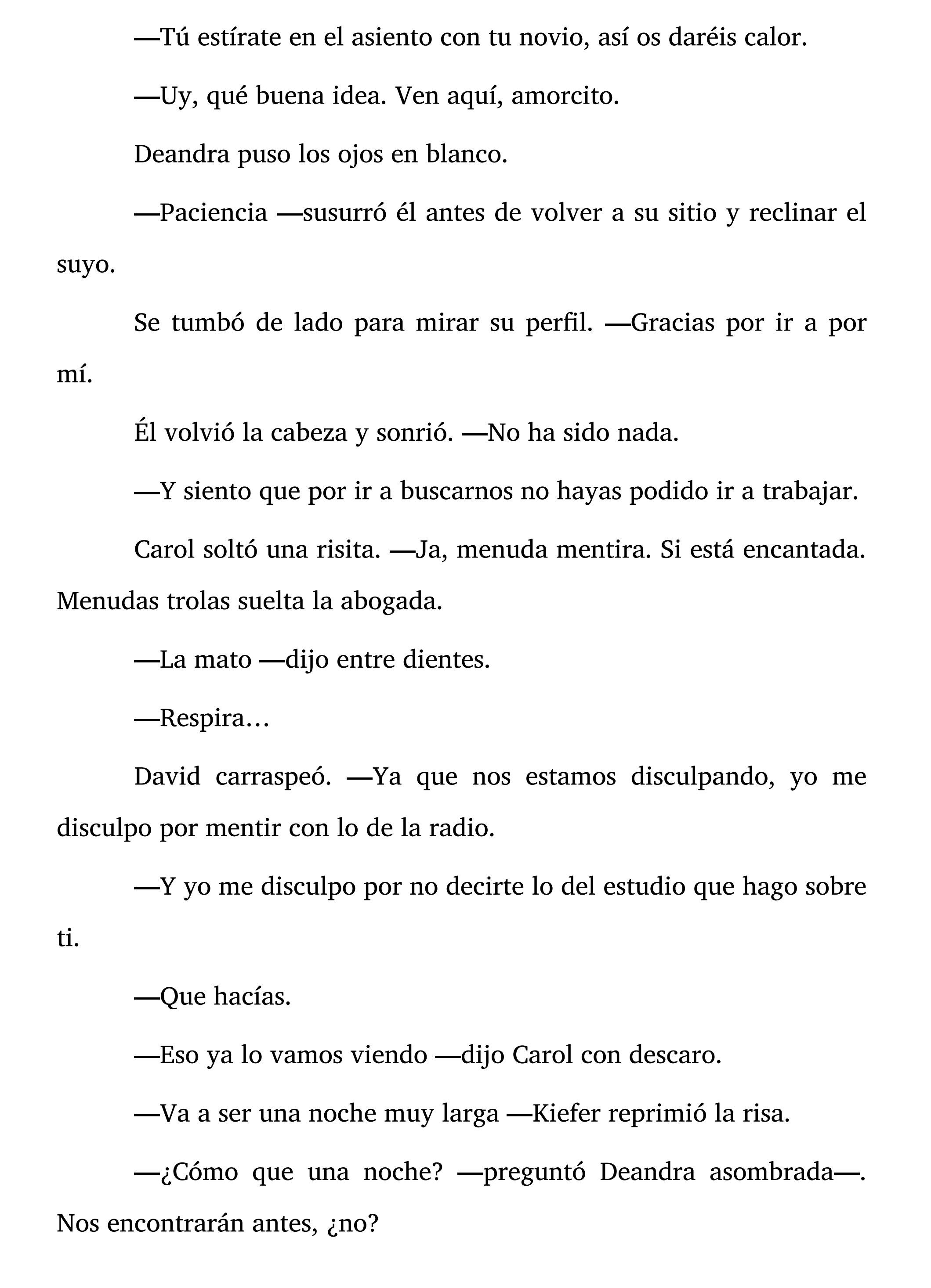
Le miró a los ojos y negó. —Ahora no.

Kiefer asintió. —Ya casi es de noche.

—Sí… Y no deja de nevar.

El tono de David la alertó, era evidente que ya no se tomaba aquello a broma.

—Seguro que ahora empezarán a buscarnos. —Kiefer se estiró y


reclinó un poco el asiento. —Ponte cómoda.

—Eh, ¿y yo qué? —protestó su prima.

—Tú estírate en el asiento con tu novio, así os daréis calor.

—Uy, qué buena idea. Ven aquí, amorcito.

Deandra puso los ojos en blanco.

—Paciencia —susurró él antes de volver a su sitio y reclinar el suyo.

Se tumbó de lado para mirar su perfil. —Gracias por ir a por mí.

Él volvió la cabeza y sonrió. —No ha sido nada.

—Y siento que por ir a buscarnos no hayas podido ir a trabajar.

Carol soltó una risita. —Ja, menuda mentira. Si está encantada. Menudas trolas suelta la abogada.

—La mato —dijo entre dientes.

—Respira…

David carraspeó. —Ya que nos estamos disculpando, yo me disculpo por mentir con lo de la radio.

—Y yo me disculpo por no decirte lo del estudio que hago sobre ti.

—Que hacías.

—Eso ya lo vamos viendo —dijo Carol con descaro.

—Va a ser una noche muy larga —Kiefer reprimió la risa.

—¿Cómo que una noche? —preguntó Deandra asombrada—. Nos encontrarán antes, ¿no?

—Espero que sí, pero mejor no hacerse demasiadas esperanzas.

Se enderezó en su asiento. —No fastidies. ¡No podemos pasar toda la noche aquí!

—Por unas horas más no va a pasar nada.

Su rostro mostró que estaba entrando en pánico. —¡No puedo pasarme la noche aquí! Dijiste que nos encontrarían, que vendrían con la oruga esa y nos sacarían. ¡Serían unas horas!

—Dije si hay suerte.

—Tranquila, no vamos a congelarnos —dijo David como si fuera una exagerada.

Se volvió para fulminarle con la mirada. —¡Cierra la boca! ¿Hablaba contigo? No, ¿verdad? ¡Pues a ver si cierras el pico de una buena vez!

—¡Oye, no le hables así a mi novio!

—¿Tú qué? No me hagas reír.

David se sentó de golpe. —¿Qué quieres decir?

—Deandra…

La voz de Kiefer advirtiéndola la sacó de quicio. —¡No tenemos cobertura!

—Esto es porque no pueden llamarla del trabajo, como si lo viera.

—¡Pues no! ¡No es por eso porque a nadie de la oficina se le ocurriría llamarme de noche, lista! ¡Pero tengo que estar operativa las veinticuatro horas! —Asustada le dijo a Kiefer —Déjame salir, me arriesgaré a llegar a la carretera.

—No digas tonterías, te perderías. ¿No ves lo que nieva? —Kiefer la empujó por el hombro. —Cuéntanos qué pasa y…

—¡Para que esta lo suelte en su estudio! ¡Déjame salir!

—Ya empezamos otra vez —dijo David con aburrimiento.

—Deandra, ¿qué ocurre? ¿Tan importante es como para que arriesgues la vida?

—Sí, mi hija es lo bastante importante como para que arriesgue la vida.

Capítulo 4

Se hizo el silencio en el coche durante un par de minutos. —Pero tú no tienes hijos. —Carol parecía incrédula.

Deandra agachó la mirada avergonzada. —La di en adopción, mi padrastro me obligó y mi madre no hizo nada.

—Joder —dijo David por lo bajo.

—Cuéntanoslo —dijo Carol—. Te juro que no lo pondré en el estudio si no quieres.

Se mantuvo en silencio, pero la rabia, el dolor o la situación en la que se encontraba la hizo decir —Era muy buena estudiante, tenía una beca completa para Harvard, mi sueño. Ni sé lo que ocurrió, fui a una fiesta y me desperté en el coche de una amiga. Sabía que había tenido relaciones porque no llevaba ropa interior y había sangrado. Además, me dolía —susurró mientras sus ojos se llenaban de lágrimas —. A los dos meses me di cuenta de que algo no iba bien y se lo comenté a mis amigas. Me dijeron que me hiciera la prueba, que todos los síntomas que tenía eran de embarazo. —Sonrió con tristeza. —Fue un shock. No me lo podía creer. Yo no recordaba ni con quien me había acostado y de repente estaba embarazada. Después de unos días

mi madre se dio cuenta de que ocurría algo, porque estaba muy rara. No comía, no dormía y no estudiaba. Me quedaba mirando la tele sin verla y se temió que me ocurriera algo, así que me llevó al médico, aunque yo no quería ir. La cara que puso cuando le dijo que estaba embarazada.

—¿No se lo contaste antes? ¿Por qué? Te iba a descubrir igual —dijo Carol desde atrás.

Negó con la cabeza. —¿Cómo iba a decirle que me tomé tres copas y no recordaba nada de lo que había pasado? Le hubiera dado algo. Y tenía razón porque se puso histérica diciendo que estaba destrozando mi futuro y que debía abortar.

—Pero no lo hiciste —dijo Carol.

—Pensaba hacerlo. Quería deshacerme del problema, olvidarlo para siempre, pero al llegar a la clínica pasó una madre con un bebé en el cochecito. Era tan precioso, tan inocente, nunca había hecho nada malo en la vida. Pensé en mi bebé, en si estaba haciendo bien y salí corriendo.

—Si no estabas segura hiciste lo correcto —dijo su amiga.

Una lágrima recorrió su mejilla. —Sí, sé que hice lo correcto. Y nunca me arrepentí de mi decisión a pesar de las presiones de mis padres. Como no me convencían empezaron con la adopción. Yo dije que me encargaría, que iría a clases de noche y trabajaría de día, pero se horrorizaron porque arruinaría mi futuro. Mi padrastro me llevó a una casa donde había chicas de mi edad con sus bebés y me presentó a una de ellas. Estaba desesperada. No tenía dinero, sus padres la habían echado de casa y no querían ni verla. Había tenido que dejar sus

estudios porque no podía permitirse una niñera. Cuando salimos, mi padrastro me dijo que ese era mi futuro, que ya había criado a dos niños que no eran suyos y que no pensaba consentir mis caprichos. Que la daba en adopción o que me olvidara de ellos. Intenté resistirme, pero ese tipo de mensajes todos los días llegan a ser tan persuasivos que al final dije que sí. Le buscaremos una buena familia, dijo mi madre. El día del parto estaba tan histérica, que me tuvieron que sedar por completo para hacerme una cesárea y cuando me desperté ya se la habían llevado. —Se quedó mirando al vacío. —Dos días después de que me dieran el alta me fui a Harvard, nada había pasado. Solo mi cicatriz me recordaba lo que había ocurrido. Intenté ser como las demás. Iba a fiestas, estudiaba como una loca y sacaba buenas notas. Continué con mi vida…

—Pero nunca la has olvidado —dijo Kiefer.

Intentando reprimir las lágrimas asintió. —Es parte de mí.

—¿Qué pasó después?

—Hace dos años servicios sociales se puso en contacto conmigo. Mi hija tenía un problema médico y puede que necesitara un trasplante de riñón en el futuro. Me preguntaron si estaba dispuesta a ayudarla llegado el momento.

—Y dijiste que sí, por eso tienes que estar operativa por si te llaman.

—Y por eso me llamaste tantas veces con preguntas sobre si había aeropuerto cerca y cuán lejos estaba la casa de mis padres de Nueva York —dijo Carol.

—Sí. —Se limpió la mejilla.

—¿Tu madre lo sabía? —preguntó Carol—. Aún vivía cuando te llamaron.

Apretó los labios antes de asentir. —Se arrepentía, sé que se arrepentía, aunque nunca me dijo nada.

—¿Nunca has ido a terapia? —preguntó Kiefer muy serio.

—No.

—Menos mal que me tienes a mí —dijo Carol suavemente—. Tranquila, iniciaremos las sesiones mañana mismo.

—Carol, por favor —dijo Kiefer exasperado—. ¡Dale un respiro!

—Déjame salir, por favor.

—¿Cómo se llama tu hija?

—Stella.

—Pues Stella te necesita sana y salva, Deandra. Así que no saldrás de este coche. Si da la casualidad de que te llaman mientras estemos aquí, te esperarán. En estos casos está todo previsto, avisan con tiempo.

La miró sorprendida. —¿De veras?

—Por Dios, ¿es que nadie te está informando de nada? —preguntó David asombrado.

—No, después de esa llamada no recibí más.

—Qué cabrones los de asistencia social. ¿Y te dejan con esa tensión dos puñeteros años?

—Mañana haré unas llamadas —dijo Kiefer—. Lo que no

entiendo es por qué no las has hecho tú, seguro que conoces gente en asistencia social y…

—Pero es que esta es su penitencia, ¿no Deandra? —preguntó Carol—. Renunció a ella, no tiene derecho a preguntar nada.

—Dios mío, nena…

Apartó la mirada sintiéndose avergonzada, pero él cogió su mano. —Mañana llamaré a un amigo, todo será muy discreto, te lo prometo.

—Gracias.

—No es nada. —Deandra le miró a los ojos y él sonrió. —¿Se lo pusiste tú?

—¿El nombre? No, yo había elegido April.

—Estoy seguro de que podrás usarlo algún día.

—Uy, uy… Aquí veo rollito, ¿tú qué opinas, cielo? —preguntó Carol.

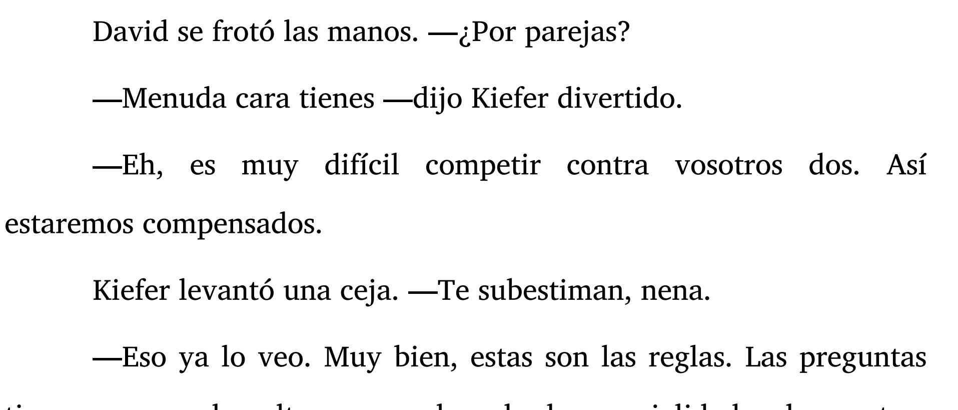
Ambos carraspearon soltando la mano mientras David reía. Menos mal que ya no había luz porque estaba roja como un tomate.

—¿Jugamos a las películas? —preguntó Carol.

Deandra entrecerró los ojos. —Aquí no podemos hacer mímica, ¿qué tal si jugamos a preguntas de cultura general?

—Vale —contestó Carol impaciente—. ¿Y quien gane qué se lleva?

Era evidente que era muy competitiva. —Cien pavos de cada perdedor.


David se frotó las manos. —¿Por parejas?

—Menuda cara tienes —dijo Kiefer divertido.

—Eh, es muy difícil competir contra vosotros dos. Así estaremos compensados.

Kiefer levantó una ceja. —Te subestiman, nena.

—Eso ya lo veo. Muy bien, estas son las reglas. Las preguntas tienen que ser de cultura general, nada de especialidades de nuestras carreras, ¿entendido?

—Sí —contestaron los de atrás.

—Cada uno hará una pregunta y empezarán las mujeres.

—¿Por qué las mujeres? —preguntó David.

—A mí me da igual. ¿Queréis empezar vosotros?

—Las damas primero —dijo Kiefer.

—Como al parecer tendremos tiempo de sobra se harán cincuenta rondas de preguntas, el equipo que acierte más gana. Los ganadores se llevarán doscientos dólares que deberán pagar los oponentes. ¿Queda claro?

—Como el agua. —Carol se adelantó. —Empiezo yo.

—Muy bien. —Miró a Kiefer. —Empieza.

—¿Cuál fue el tercer presidente de los Estados Unidos?

—Thomás Jefferson —contestó de inmediato—. Me toca. —Kiefer vocalizó geografía y sonrió. —¿Cuál es el país más grande del mundo?

—Rusia.

Entrecerró los ojos. Iba a tener que ponerse seria.

—¿Cómo se llama el himno nacional de Francia?

—Marsellesa —contestó Kiefer —. ¿Quién era el general del ejército nazi en la segunda guerra mundial? —Sonrió mirando a Deandra. Muy listo.

—¿El general? El general… Preciosa, no dices nada.

—El general…

Deandra sonrió antes de decir —Cinco, cuatro, tres…

—Venga ya, ¿tenemos tiempo?

—Tenemos que poner tiempo, si no esto no se acaba nunca.

Carol bufó. —No sé los nombres de los generales.

—Di lo que sea.

—¿Hitler?

Gimió mirando a Kiefer que dijo —Es correcto

Los de atrás chillaron de la alegría. —Ha sido suerte, nena. Ni se imaginaban que Hitler era también el general de los nazis.

Gruñó encogiendo las piernas sobre el asiento para poder mirarles a todos. —Te toca.

Carol soltó una risita. —¿Qué es más pequeño? ¿Un átomo o una molécula?

—Nena, ¿contestas tú?

Creía recordar que la molécula estaba formada de átomos o algo así. —Un átomo.

—Mierda —dijo ella detrás.

—Me toca. ¿Cuál es el metal más caro del mundo?

—El oro —contestó David como si fuera lo más obvio del mundo.

—¡No! Es el rodio.

David miró a su novia que empezaba a mosquearse. —¿Lo sabías?

—Pues sí que lo sabía, gracias por consultar tu respuesta.

David se sonrojó. —Vale, no lo haré más.

Provocadora miró a Kiefer. —No lo sabía.

—Qué va, pero le revienta perder.

—Seréis vosotros los que perdáis. David te toca.

—¿Qué animal nunca morirá de viejo? O sea que es inmortal a no ser que lo maten o tenga un accidente.

Kiefer sonrió y a ella le dio un vuelco al corazón. —¿Lo sabes?

—Es una pregunta del Trivial y David lo sabe porque yo se lo pregunté hace unos años.

—¿Estás tonto? —preguntó Carol indignada.

—No me acordaba. Y todavía no ha contestado a la pregunta.

—Es una medusa —dijo Kiefer.

—Ya, pero cómo se llama.

Deandra jadeó. —No te pases, el nombre en latín no hay quien se lo aprenda. Con decir una medusa basta, que eso no es cultura general.

David miró a su novia y esta suspiró. —Tiene razón.

—De todas maneras, se llama Turritopsis nutricula.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Cómo recuerdas eso?

—No sé, son cosas que se me quedan.

Miró a David. —¿Tú lo recordabas?

—Qué va.

Los cuatro se echaron a reír. Se lo pasaron bien haciendo preguntas cada vez más difíciles y llegaron a la ronda final empatados. —Muy bien, estas cuatro preguntas son las definitivas —dijo Carol como si se estuvieran jugando un oro olímpico.

—¿Siempre es tan intensa? —preguntó con burla.

Kiefer rio por lo bajo. —Siempre.

—Vamos allá. —Carol siseó —Esta no la vais a saber.

—Eso ya lo veremos.

En ese momento una luz apareció por las ventanas y Kiefer se volvió de inmediato para abrir la puerta.

—¡Ya están aquí!

—¡No, hay que acabar la ronda! —protestó Carol.

—¡No fastidies, pesada! —Salió tras Kiefer.

—¡Eh! —Los novios se miraron. —¿Abandonan?

—¡Ja! Hemos ganado.

Gruñó siseando —No me gusta ganar así.

—Preciosa, ganar es ganar.

Deandra se quedó al lado del coche mientras Kiefer se acercaba a un vehículo oruga. Seguía nevando con fuerza y por las luces no

pudo ver bien quien abría la puerta. Kiefer regresó a toda prisa. —¡Vamos, hay que largarse cuanto antes! Han dado aviso de que el tiempo va a empeorar.

—¿Empeorar más? —preguntó asombrada.

—Eso parece. Mierda, mis huéspedes se van a quedar atrapados.

Le agarró por el brazo. —¿Atrapados?

—Tranquila, en caso de que ocurra algo, te sacaré de aquí.

Suspiró del alivio porque era evidente que hablaba en serio. —Gracias.

—Nena, te estás quedando helada, sube a la oruga, yo te llevo la maleta.

No pensaba rechazar esa oferta. Carol salió del coche y la agarró del brazo para ir hacia el vehículo. —Menuda aventura, ¿no?

Rio. —Estás loca.

—¡Un poco, pero es que esta vida es una locura!

Un hombre salió de la cabina y de pie sobre la cadena alargó la mano para ayudarlas a subir. Cuando Deandra llegó arriba vio que Kiefer y David ya se acercaban con sus maletas.

—¡Vamos, entra!

Entró en la cabina sentándose detrás y Carol lo hizo a su lado. El problema eran las maletas porque la cabina no daba para más, así que tuvieron que ponerlas encima de las piernas. Kiefer se sentó delante y cerró la puerta. —¿Cómo va todo, John? —le preguntó al conductor.

—Como un reloj, jefe. Solo quedan dos reservas que todavía no han llegado.

—Y con este tiempo no llegarán porque cortarán las carreteras y cerrarán el aeropuerto.

Preocupada miró a Carol que hizo un gesto con la mano para que no le diera importancia. Se mordió el labio inferior mirando por la ventanilla. ¿Estaba exagerando? ¿Debería relajarse? Estaba de vacaciones, no debería dejarse llevar por los millones de cosas que no podía controlar. Sí, intenta relajarte. Y de paso que te relajas a ver si le das una lección a esa amiga tan amable que te había salido. La miró de reojo y dijo —¿Terminamos la ronda?

Sonrió de oreja a oreja. —Hecho.

—Te toca.

—¿Dónde se originó la coca-cola?

—¿Qué?

—¿De dónde es la coca-cola? ¿Dónde la crearon?

Sería cabrita. —¿Eso es cultura general?

—¿Qué hay más cotidiano que la coca-cola?

Pues en eso tenía razón. —Vamos a ver… ¿Kiefer?

—Ni idea, nena. Ahí nos ha pillado.

Carol sonrió como si le hubiera tocado la lotería.

—No adelantemos los acontecimientos. —Pensó en ello. —La coca-cola la inventó John Stith Pemberton y era de Konxville, Georgia. —Carol dejó caer la mandíbula del asombro. —Pero tengo entendido que murió en Atlanta… Así que voy a inclinarme por uno de esos dos

sitios. Puesto que murió en Atlanta, en la ruina, adicto a la morfina con cincuenta y tantos años y la inventó dos años antes, me voy a inclinar por Atlanta.

Kiefer se echó a reír a carcajadas.

—Chúpate esa, cerebrito.

Carol gruñó. —Te toca.

La miró fijamente. Estaba claro que habían sido estudiantes aventajados y que eran capaces de retener todo tipo de información. Arte, literatura, geografía, física… Pero, ¿y algo que era mundano? Era obvio que sus padres eran personas ocupadas y seguro que todos los que estaban allí menos ella y el conductor habían tenido servicio desde niños. Ahí tenía su punto flaco. Sonrió. —¿Cómo es el símbolo de que no se puede meter la ropa en la secadora?

La cara de Carol era un poema y se echó a reír a carcajadas. La había pillado.

—¿David?

—Preciosa, yo nunca pongo la lavadora.

—Niños ricos —dijo John por lo bajo.

—¿Tú la sabes, amigo? —preguntó Kiefer.

—Claro.

—No lo digas todavía. —Retó a Carol con la mirada. —Él lo sabe.

—¿Puedo cambiar de compañero?

—¡Eh! —protestó David.

—Quiero ganar.

—No se cambian los equipos —dijo Kiefer—. Ríndete, no lo sabes.

Los ojos de Carol brillaron y a toda prisa se abrió la cazadora para mirar la etiqueta.

—¡Eso es trampa!

—No.

—¡Claro que sí! ¡Estás mirando el resultado!

—Mierda. —Se volvió a poner la cazadora. —Me rindo.

—Un círculo dentro de un cuadrado con un aspa encima —dijo John satisfecho.

—Vamos ganando, nena.

—Ya siento los cien pavos en las manos —dijo emocionada.

—David no me defraudes —dijo Carol.

—¿Cuál es el jugador con más títulos de serie mundial de la MLB?

—Kiefer dime que sabes de béisbol y que no eras de esos cerebritos que solo jugaban al ajedrez.

—Nena, soy más de fútbol americano. Pero esta pregunta sí que la sé. —Aplaudió encantada. —Yogi Berra con diez títulos.

—Bien, jefe —dijo John orgulloso.

—La última y definitiva, señoras y señores —dijo contenta—. ¿Kiefer?

—Vamos, vamos… —Carol se adelantó para escuchar la

pregunta.

—La verdad es que Deandra me lo ha puesto muy fácil y aunque yo no sé la respuesta seguro que Deandra sí. ¿Cuáles son los ingredientes de las tortitas normales y corrientes?

—¡Venga ya! —protestó David.

John se echó a reír. —Me parece que han ganado, jefe.

—Soltad la pasta. —Deandra se frotó las manos.

Sacó cien dólares del bolso y se los tendió mientras David se los daba a Kiefer. —La próxima vez ganaremos nosotros.

—Bien dicho, preciosa.

—Sigue soñando, ahora ya sabemos dónde os duele.

—¿Cómo se hacen las tortitas?

—Si eres buena, te lo enseñaré mañana en el desayuno.

En ese momento salieron del bosque y a Deandra se le cortó el aliento al ver las luces de la ciudad. A pesar de la nieve que caía parecía de cuento y maravillada se acercó al cristal. —Qué bonito.

Carol sonrió. —Sí que lo es. El lugar más bonito del mundo. —Se acercó y susurró —Pero algo aburrido.

—¿Vas a poner aquí una consulta? ¿Y la universidad? —Vio en sus ojos que estaba asustada y separó los labios de la impresión. —¿Carol?

Forzó una sonrisa. —Hemos decidido que es lo mejor para formar una familia. Queremos tener hijos pronto.

—Sí —dijo David satisfecho—. En cuanto termine el estudio en

Nueva York nos casaremos. Estoy deseando que llegue el momento. Aunque me ha sorprendido eso que decías de los límites y que dudaras de nuestro noviazgo, la verdad. ¿A qué te referías? Preciosa, ¿en Nueva York no te pones límites? —Rio por lo bajo como si eso fuera algo imposible. —Porque no me habrás sido infiel, ¿no?

—Quería fastidiaros, nada más, me habíais sacado de quicio —dijo Deandra rápidamente.

Carol le dio las gracias con la mirada antes de sonreír. —¿Infiel? Es que ni sé cómo se te ocurre pensarlo siquiera.

—Perdona, cielito. Es que eso de los límites me mosqueó un poco. —La besó en la mejilla. —¿Me perdonas?

Carol le acarició la mejilla demostrando en su rostro todo lo que le amaba. —Claro que sí, cielo.

David sonrió antes de besarla. —Te quiero.

—Y yo a ti, mi vida.

Deandra apretó los labios antes de mirar hacia adelante y vio el rostro de Kiefer a través del espejo retrovisor. Se miraron a los ojos y él asintió como si hubiera hecho lo correcto. Entonces el vehículo se detuvo.

—John déjanos en casa de mis padres.

Kiefer abrió la puerta. —Nos quedamos aquí a pasar la noche.

—Pero estarán preocupados y solo estamos a un par de kilómetros.

—Están aquí, señorita —dijo John—. Vinieron cuando no llegaron a la casa. Ya he avisado por radio de que les he encontrado,

seguramente les estarán esperando todavía con los padres del señor David.

—Estupendo, estarán de los nervios —dijo David—. ¿Han avisado a alguien más?

—A todo el mundo, hasta al sheriff.

—Bueno, es lógico, ¿no? —Deandra abrió la puerta que tenía al lado y se subió a la cadena. Kiefer estaba abajo y estiró los brazos para cogerla. Se agarró a sus hombros y dejó que la ayudara.

—¿Una niña, nena?

—¿Se ha notado mucho? —susurró.

—Apostaría el hotel a que se lo ha tragado todo.

Sonrió radiante. —Perfecto.

—¿Hasta dónde vas a llegar?

—Hasta que se dé cuenta de que no puede manipular a la gente. Como querías.

Kiefer sonrió cogiendo su mano y rodearon el vehículo oruga para ir hacia la entrada. —¿Cómo me has pillado?

Él miró hacia atrás para asegurarse de que no les oían, pero David y Carol aún estaban bajando del oruga. —Una confesión demasiado íntima para hacerla de repente cuando lo habías mantenido en secreto años, ¿no crees? Y la haces cuando estás furiosa y ante desconocidos.

—Mierda.

—Nena, los detalles son importantes.

Hizo una mueca. —¿He sobreactuado?

—Menos mal que había poca luz. Pero tu voz era de lo más creíble.

—En el instituto hice teatro.

—Estoy deseando ver el final de la obra.

Rio por lo bajo. —Cuando acabe con ella ni se le ocurrirá usar a alguien más como conejillo de indias, te lo aseguro.

La miró como si la deseara más que a nada. —Joder nena, no sabes cómo me pone que hables en ese tono tan amenazante.

Le dio un vuelco al corazón, pero él no le dio tiempo a reaccionar porque tiró de su mano hacia la entrada del hotel. —¿Te pone que te amenacen?

—Me ponen inteligentes, fuertes, seguras de sí mismas y que tengan los ojos verdes.

—Lo de los ojos es cierto.

Él se detuvo. —Y todo lo demás también, me lo has dejado más que claro en estas horas.

Tiró de ella y entraron en el hotel. Impresionada miró hacia arriba para ver un enorme techo hecho de troncos, pero no era la típica casa porque el lujo les rodeaba en los sofás de terciopelo y el suelo de mármol. Dios, se había gastado una fortuna en ese edificio. Mientras atravesaban el hall pasaron ante unos sofás donde había varias personas que se levantaron de inmediato.

—Oh, estáis bien —dijo una mujer.

—Tía, ya te contará Carol, tengo algo de prisa.

Confundida dijo —Sí, sí, claro.

Siguió tirando de ella y Deandra se sonrojó. —No me has presentado.

—Van a tener mucho tiempo para conocerte.

Su voz enronquecida la excitó, la excitó muchísimo. —¿Kiefer? ¿A dónde vamos?

Pulsó el botón del ascensor y la miró a los ojos. —A la mejor habitación del hotel.

—Eres muy generoso, pero yo con algo sencillito…

Las puertas se abrieron y tiró de ella hacia el interior. Pulsó el último piso sin dejar de mirarla como si quisiera devorarla y en cuanto las puertas se cerraron dio un paso hacia ella. Deandra forzó una sonrisa. —Aquí hace un poco de calor, ¿no?

—Enseguida te desnudas.

Le subió un calor por todo el cuerpo que le quitó hasta el aliento. Él agarró el cierre de la cremallera de su plumas y empezó a bajárselo. —Pero te iré ayudando. —Cuando la cremallera se abrió hasta su cintura metió la mano y acarició su pecho por encima del jersey. Se acercó para susurrarle al oído —Estoy deseando besarlos. —Besó su cuello y se estremeció de gusto.

Sin saber ni lo que pensaba dijo —No esperaba esto.

—Tengo condones, no te preocupes. Una caja entera. —De repente la agarró de la mano y volvió a tirar de ella.

Sorprendida vio que solo había cuatro puertas. —¿Esto son las suites?

—Es mi parte del hotel.

—¿Tu parte?

Puso su mano sobre una pantalla y la puerta se abrió. —Es mi casa.

Al abrir la puerta mostró un salón enorme, pero en la oscuridad ella ni se dio cuenta porque lo único que podía mirar era la enorme cristalera que mostraba la fuerte tormenta de nieve, los contornos de las montañas nevadas y las luces de las pistas de esquí. No le extrañaba que al ver aquello se olvidara de Nueva York y de todo lo demás. Kiefer se puso frente a ella y se miraron a los ojos. Parecía que quería decirle algo, pero que no se decidía. —¿Qué?

—No pienso volver.

Se le cortó el aliento. —No te lo he pedido.

—Pero lo harás y no voy a hacerlo.

—Das muchas cosas por sentadas cuando ni siquiera… —Él atrapó sus labios y la besó con ansias, pero Deandra no se quedó corta porque sintió que era lo correcto. Su cuerpo clamaba por él desde que le había visto por primera vez y no pensaba desaprovechar la oportunidad de estar a su lado, aunque solo fueran unos minutos más. Saboreó su lengua haciéndole gruñir e impaciente tiró de su plumas hacia atrás, pero no podía quitárselo. Deandra recordó la cremallera y terminó de bajarla sin dejar de besarle. Se quitó el plumas con el abrigo dejándolos caer al suelo, mientras él con movimientos bruscos se quitaba el suyo. Deandra llevó las manos al cierre de los vaqueros de Kiefer, pero deseosa de tocarle bajó la mano para acariciar su

entrepierna. Su dureza la excitó muchísimo y apartó sus labios para mirar hacia allí con la respiración agitada. Abrió el primer botón de su vaquero y tiró de ambos lados para que los botones fueran abriéndose uno por uno hasta mostrar sus boxers negros. Kiefer se quitó el jersey mostrando su duro pecho provocando que ella elevara la vista hasta su ombligo y los abdominales que le rodeaban. Alargó la mano y rozó su piel provocando que se tensara, pero no se detuvo ahí acariciándole hasta el vello de sus pectorales. Le pareció tan masculino que gimió de placer y Kiefer la agarró de la nuca para besarla con tal pasión que se mareó. Ni se dio cuenta de que sin dejar de besarla se descalzaba las botas y dejaba caer sus vaqueros antes de que los boxers siguieran el mismo camino. Deandra embriagada le abrazó por el cuello poniéndose de puntillas y él la agarró con ansias del trasero para elevarla hasta llegar a su altura. Sorprendida le miró a los ojos. —¿Esto está pasando de veras? ¿Te he encontrado?

—Es lo mismo que estaba pensando de ti. —Besó su labio inferior mientras caminaba con ella encima. —Nena, llevas mucha ropa.

Se quitó el jersey a toda prisa y retándole con la mirada se desabrochó el sujetador. Kiefer se la comió con los ojos. —Mucho mejor. —La elevó y se metió un pezón en la boca haciendo que gritara de placer. Se agarró a sus hombros mientras lo saboreaba con ganas. La tumbó en la cama antes de atender su otro pecho y las manos de él acariciaron los costados de su cintura antes de bajar hasta el cierre de su pantalón. Mordisqueó uno de sus pezones haciéndola chillar de placer y por instinto arqueó su espalda. Kiefer mirándola con deseo

metió la mano entre sus piernas y la acarició tan íntimamente que casi salta de la cama de la impresión. —¡Dios!

—Estás muy mojada, nena. —Kiefer tiró de sus pantalones hasta dejarla desnuda ante él. —Veamos si eso se puede mejorar. —Agarró el interior de sus rodillas abriéndola totalmente.

Al darse cuenta de a donde iba levantó la cabeza. —Eso no me gusta mucho —dijo algo avergonzada.

Sonrió malicioso colocándose entre sus piernas y de nuevo pasó la mano por sus pliegues, provocando que un gemido saliera de su interior. —Yo creo que sí te va a gustar.

Metió un dedo en su ser y Deandra cerró los ojos por el placer que la traspasó. Agarró las almohadas y se retorció cuando el dedo se deslizó en su interior. Aquello era maravilloso. Su lengua la tomó por sorpresa y cuando acarició su clítoris casi se le para el corazón. —Sí que te gusta —dijo antes de pasar la lengua de nuevo con un erotismo que la volvió loca. Entonces su dedo rozó algo en su interior que provocó que se arqueara con fuerza, pero él no dejó que moviera las caderas para acercar su boca y chupar el botón de su placer. Deandra estalló y todo lo que había a su alrededor dejó de tener importancia. Ni se dio cuenta de que él agarraba el interior de sus rodillas y se colocaba ante su entrada. Fue al sentir su miembro rozándola cuando fue consciente de lo que iba a pasar y abrió los ojos mientras entraba en su interior poco a poco hasta llenarla por completo. —Joder nena, como un guante.

Sorprendiéndole elevó su torso y se abrazó a su cuello. Su miembro entró más en su interior haciéndoles gritar de placer.

Temblando entre sus brazos susurró a su oído —No sabía lo que era vivir hasta este momento.

La agarró por sus rizos castaños y se miraron a los ojos. —No te enamores de mí.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Ya es tarde.

Posesivo la acercó hasta sus labios y Deandra gimió de necesidad. —No deberías haber dicho eso —dijo antes de besarla con una intensidad que la estremeció de arriba abajo hasta apretar su miembro. La agarró por las caderas y la elevó para que cayera sobre él. Fue tan maravilloso que clavó las uñas en sus hombros sin darse cuenta. Kiefer no le dio tregua y la volvió a elevar para recorrer su interior de nuevo, lo que provocó que ella apartara sus labios para aferrarse a su cuello. Antes de que él la elevara de nuevo lo hizo ella sola y la búsqueda de placer hizo que fuera a su encuentro. Cada vez más rápido, cada vez más intenso y salvaje hasta que su vientre se tensó con tal fuerza a su alrededor que creyó que se quebraría, pero la liberación no llegaba y él dijo —Córrete conmigo. —Fue como si el sonido de su voz fuera lo que necesitaba para que su cuerpo estallara en mil pedazos. Aferrada a él, disfrutó del orgasmo más intenso de su vida y Kiefer la abrazó con fuerza como si quisiera que sus cuerpos se fundieran en uno. Puede que no lo lograra, pero lo que sí logró es que el corazón de Deandra le perteneciera para siempre.

Capítulo 5

Tumbada en la cama vio por la ventana como amanecía sintiendo el brazo de Kiefer alrededor de su cintura. Los copos caían, pero no con tanta fuerza como la noche anterior. La tormenta casi había pasado.

Él se pegó a su espalda y susurró —Buenos días.

Sonrió volviéndose para mirar sus ojos. —Buenos días.

Agarró uno de sus rizos y lo acarició. —Seguro que estás hambrienta, ayer ni cenamos.

Acarició su antebrazo. —No me vendría mal un café.

—Tus deseos son órdenes. —La besó en los labios tiernamente tomándose su tiempo y susurró contra ellos —A no ser que ordenes otra cosa.

Se echó a reír empujándole por los hombros. —¡Venga ya! Hasta tengo agujetas.

Rio por lo bajo levantándose. —Nena, hay que hacer más ejercicio.

Vio como desnudo iba hacia el baño y se lo comió con los ojos. Qué trasero, debería estar en un museo. Sin volverse él dijo —No me

provoques, preciosa. Sabes que me animo enseguida.

Sonrió mientras cerraba la puerta y se dejó caer en el colchón suspirando. Qué noche habían pasado. Ni sabía cómo podía respirar siquiera con la cantidad de orgasmos cercanos al infarto que le había regalado durante esas horas. Perdió la sonrisa poco a poco porque cuando se fuera de allí ya nunca sentiría nada igual. Pero era lo que había. Unas vacaciones y luego cada uno por su lado. Se lo había dejado bien claro, no te enamores de mí. Habría que ser estúpida para no captar el mensaje. Solo tenía unos días y no debía desaprovecharlos.

La puerta se abrió y Kiefer salió del baño tan desnudo como había entrado. Se sentó en la cama a su lado y cogió el teléfono. —¿Huevos con beicon?

—Con tortitas y café con leche.

Se puso el auricular al oído. —Perry, dos desayunos continentales y que traigan una jarra de café y una de leche. —Ella le guiñó un ojo levantándose de la cama. —Sí, zumo de naranja. —Frunció el ceño escuchando lo que le decían. —¿Cómo que se han quedado mis tíos y mi prima aquí? ¿Dónde?

Se miró al espejo e hizo una mueca porque tenía la nariz algo amoratada. Genial si se hacían fotos. Desde el baño le escuchó jurar por lo bajo. —Pero hoy se van, ¿no? Llegarán los huéspedes. ¿Cómo que no lo sabes? ¿Que mi prima no te lo ha dicho?

Hizo una mueca porque al parecer Carol era de tomarse ciertas libertades con todo el mundo. Se habían quedado en el hotel sin preguntárselo siquiera y era obvio por su tono que a Kiefer le

molestaba. Y pensándolo bien, teniendo la casa a unos kilómetros quedarse allí era una molestia más que otra cosa. Había que limpiar la habitación de nuevo para los nuevos huéspedes y eso era un inconveniente. Además, ¿qué hubiera pasado si se hubieran presentado los huéspedes en plena noche? Hubieran creado un problema a Kiefer que afortunadamente no había ocurrido. Entrecerró los ojos. Sí, definitivamente necesitaba una lección. Cogió un albornoz blanco que había tras la puerta y se lo puso antes de salir. Vio como él colgaba apretando los labios. —¿Lo hace a menudo?

—Cuando le viene en gana. Una vez se presentó en el hotel sin avisar con diez amigas de la universidad. Me jodió muchísimo porque parte del hotel aún estaba en obras y tuve que rechazar unos huéspedes de última hora, pero a ella le dio igual.

Se cruzó de brazos. —Como le da igual todo el que le rodea, incluido su novio y su familia, porque no la vi demasiado preocupada por sus padres mientras estábamos atrapados. No tiene respeto por los sentimientos de nadie. —Se sentó a su lado. —¿Sabes por qué me invitó?

—¿Por el estudio? —preguntó irónico.

—Sí, pero eligió acercarse a mí en un momento vulnerable de mi vida. Yo creí que me ayudaba, pero solo se ayudaba a sí misma.

Se la quedó mirando fijamente. —¿Que pasó, nena?

Se sonrojó. —Bueno, ahora es una tontería, pero…

—Pero te hizo daño. Cuéntamelo.

Apartó la mirada algo avergonzada. —Mi hermano prefirió irse

de crucero que pasar estos días conmigo, eso es todo. Estaba de bajón y ella se dio cuenta.

—Sí, es especialista en encontrar el punto débil. —Suspiró levantándose y cogió los vaqueros poniéndoselos de mala manera. —No me interpretes mal, no es mala persona, pero me jode muchísimo que siempre tenga que ir ella por delante.

Le observó. —¿Qué te hizo? No me digas que también te estudió.

—No se atrevería.

—Así que ya habéis tenido vuestras broncas.

—Una fue suficiente.

—¿Y cuál fue la razón? —Era evidente que no quería decírselo. —Yo te lo he dicho, no es justo.

Se la quedó mirando. —Hizo que mi prometida me dejara dos días antes de la boda.

Dejó caer la mandíbula del asombro. Leche, eso era mucho más gordo que lo del estudio. —¿Y cómo lo hizo?

—¡Mi novia la invitó a la despedida de soltera! ¡Le hizo cuatro preguntas, cuatro reflexiones y sentenció que no era la mujer adecuada para mí! ¡Después de acabar con ella, Milly salió corriendo!

No sabía si darle las gracias o decir que era una cabrona. Parpadeó y simplemente dijo —Si se fue, es porque no te merecía.

Él gruñó. —Eso fue lo que dijo todo el mundo.

—Mierda, ¿no soy original? —Apartó el albornoz para enseñar su pierna. —Milly es un nombre ridículo, tu prima te hizo un favor. —

Él se la comió con la mirada. Deandra sintiéndose muy sensual acarició la piel de su muslo. —Y me ha traído a mí, así que en algo te está compensando. —En cuanto lo dijo se le cortó el aliento y miró a Kiefer con los ojos como platos. —Leche.

Él estaba igual de pasmado. —No puede ser, es una casualidad.

—¡Te está eligiendo esposa!

Se la quedó mirando fijamente. —No, nena. No puede ser.

—Piénsalo bien. Soy abogada, fiscal para ser exactos, defiendo a la sociedad de la escoria de la ciudad. Tú un antiguo abogado de causas casi perdidas. Yo soy muy buena en lo mío y tú demostraste con creces que lo eras. Soy inteligente y no sé cómo sería esa Milly, pero tampoco estoy mal. Tú le ocultas algo que ella se muere por saber…

—La razón de mi vuelta.

—¿Qué mejor manera de enterarse que tu esposa sea su íntima amiga? Además, compensaría haberte hecho daño porque puede que te jodiera, pero lo hizo y estoy segura de que no se arrepiente. Por eso me trajo. —Entrecerró los ojos. —Apuesto lo que quieras a que tu tío no tiene nada en el pie. Ella organizó que fueras a buscarnos al aeropuerto. Casi me obligó a ir sentada delante, cuando lo lógico y más teniendo una invitada, es que se hubiera sentado conmigo para que no me sintiera incómoda. Y después pasó lo de la radio…

—Nena, David no estaría metido en esto. Se le ve venir de lejos.

—Pero ella le apoyó cuando mintió. ¿Quieres otra prueba?

—No estaría de más.

—Yo venía para cuatro días, pero fue al llegar cuando me enteré de que nos vamos después de año nuevo.

—Y no te lo dijo antes para evitar que te echaras atrás en el viaje.

—Exacto. ¿Cuatro días? Vale, no es demasiado. ¿Pero casi dos semanas? Sabía que diría que no sin dudar y tenía que evitarlo.

Kiefer se pasó la mano por la nuca. —Joder con mi prima.

—Es lista, la muy puñetera… —dijo entre dientes. Sí que era lista, sí, porque si tuviera que elegir a un hombre entre los millones que había en el mundo, le elegiría a él. Pensando en ello Kiefer se giró buscando algo en el suelo. Vio su espalda totalmente tensa y suspiró de gusto.

En ese momento llamaron a la puerta y él sin decir ni pío salió de la habitación. Entrecerró los ojos. ¿Pero eres tonta? Igual no tenías que habérselo dicho. Para una cosa que esa bruja había hecho bien. Igual podía poner eso a su favor. Unirse más a él con un objetivo común.

—Nena, el desayuno —dijo pensativo.

Casi salió corriendo, pero antes de salir se detuvo en seco atusándose los rizos para parecer más sexy. Salió con una sonrisa en el rostro. —Huele de maravilla.

Él lo estaba poniendo todo en la mesa de cristal cerca del ventanal. —Ajá…

Era obvio que estaba pensando en ello. Mejor hacerse la tonta. —Tranquilo, que hemos dejado las cosas entre nosotros muy claras y

no conseguirá sus propósitos. —Se sentó a la mesa y cogió la cafetera. —¿Solo?

—Por favor.

Se sentó ante ella y se la quedó mirando. Cuando le puso la taza ante él sonrió. —Le pararemos los pies.

Gruñó antes de coger su taza y darle un buen sorbo. Le miró asombrada. —¿No te has quemado?

Él gruñó de nuevo antes de carraspear. —No, qué va.

Soltó una risita. —Sería una pena que esa lengua se quemara.

—¿Y qué sugieres?

—Cielo, que soples antes de beber, la jarra está ardiendo.

—Me refiero a mi prima —dijo entre dientes.

—Oh… Ya sabemos lo que planea, es muy fácil eludirla. Con largarme después de año nuevo… —Le miró a los ojos. —¿O quieres que me vaya antes?

Él entrecerró los ojos. —No, no creo que sea necesario.

Casi estalla de la alegría. —¿Seguro? Podría buscar una excusa con lo de mi niña.

—Piensas dejar que ponga eso en el estudio, ¿verdad?

—Claro. ¿Si no qué sentido tiene?

—¿La dejarás en ridículo?

—De eso se trata. Y una demanda no le vendrá nada mal. Fíjate, así la echarán de la fiscalía y podrá volver mucho antes a su cátedra a retorcer mentes.

—Y piensas hacer la terapia.

—Claro, necesita material.

—Mi prima no es tonta, ¿sabes? Yo te pillé.

Pensó en ello cogiendo la jarrita del chocolate caliente. —La historia ya está, solo necesito decir cómo me sentía en esos momentos.

—Necesitas llorar y no lo haces muy bien cuando finges.

—Tengo que inspirarme, como los actores cuando se meten en el papel. Algo que duela, algo que desgarre… —Pensaría en él cuando tuviera que largarse, iba a llorar lágrimas de sangre. Sonrió radiante metiéndose media tortita en la boca y gimió de gusto saboreando el chocolate.

—Joder nena, que tengo que ir a trabajar.

—Esto está buenísimo —dijo con la boca llena. Se pasó la mano por el labio inferior intentando ser seductora.

—Me la estás poniendo muy dura, tendrás que remediarlo. —Se sonrojó con fuerza y él bebió de su café. —¿No protestas?

—Deja que mis músculos se recuperen con algo de azúcar y lo arreglaré.

—Hecho.

Llamaron a la puerta y decepcionada miró hacia allí. Kiefer suspiró levantándose. —Al parecer tendremos que dejarlo para otro momento, nos reclaman.

Abrió la puerta y allí estaba Carol con una sonrisa de oreja a oreja. —Buenos días. —Entró en el salón como si tuviera todo el derecho del mundo. —Uy, genial, todavía no he desayunado. —Se

sentó a la mesa y como no había otra taza dijo —Primo, ¿me traes una taza de la cocina? —Sin esperar respuesta sonrió a Deandra. —¿Qué tal la noche, pillina?

—A ti te lo voy a decir, para que lo pongas en tu estudio.

—Venga, ¿todavía con eso? Es un bien público.

—¿De qué puede valer que la gente sepa mi vida?

La miró como si no se lo creyera. —Eres un ejemplo de superación, Deandra. Tu padre muere en un accidente de coche cuando eras un bebé, tuviste que crecer con un padrastro que realmente no os quería, pero siempre fuiste buena estudiante y te has convertido en una mujer de éxito. Superaste los traumas de tu infancia y adolescencia tú sola, eres ejemplo de una mujer hecha a sí misma. —Alargó la mano para coger la suya. —Y te admiro aún más después del valor que tuviste con tu niña. Eres generosa, leal, constante, dura cuando hay que serlo y lo de tu hermano demuestra que también eres tierna y muy sensible. Odias estar sola, pero aun así te aíslas del mundo porque no quieres que te dañen más, eso lo tenemos que tratar porque ya es hora de que formes una familia, que es lo que necesitas. Tienes mucho amor que dar y ya es hora de que recibas lo que te mereces. Una gran familia, muchos amigos y una vida próspera y feliz.

Asombrada miró a Kiefer que parecía tan pasmado como ella con la taza en la mano. Pues leche, tenía razón. Se merecía a ese hombre y todo lo demás.

Carol se volvió. —Gracias primo. Me muero por un café. —Mientras echaba el café sonrió encantada. Era evidente que sus planes iban viento en popa. Pero leche, es que hasta ella quería que le

salieran bien. Se sentía como una espía infiltrada que estaba a favor de ambos bandos. —¿Qué vais a hacer hoy?

—Trabajar —dijo Kiefer molesto antes de sentarse.

—No fastidies, son las fiestas de Navidad. ¿Nos vamos a esquiar?

—Aún nieva mucho.

—Perfecto, menos gente en la pista. O… —Les miró con picardía. —Puedes enseñar a Deandra a esquiar. Eres el mejor profesor de por aquí.

—¿De veras?

—Fue instructor de adolescente. Me enseñó él.

La miró de reojo. —¿Quieres aprender?

¿Y pasar más tiempo a su lado? ¡Un sí rotundo! —Bueno, si tienes tiempo…

—Puedo hacer un hueco.

—Genial. —Carol se levantó dejando la taza de café sin tocar y fue hacia la puerta. —Os veo en media hora en el hall. Por cierto, primo, a mis padres se les ha roto algo de la calefacción. No te importará que nos quedemos, ¿verdad? Tranquilo, que papá se encarga de traer sus cosas para que estemos más cómodos. Oh, y por cierto, me ha dicho John que no te preocupes por las habitaciones, que esos que las tenían reservadas, las han cancelado porque no ha salido su vuelo desde Toronto. Chaito.

Se miraron con los ojos como platos. —Qué lista es, la muy puñetera —dijo aún impresionada—. Lo tiene todo medido al

milímetro.

—Menos mal que nos hemos dado cuenta.

—Sí, menos mal.

Capítulo 6

Muerta de frío y con un viento helador dándole en la cara observó como Carol y David bajaban la montaña con una habilidad que parecían deportistas de élite. —¿Y le enseñaste tú?

Él rio por lo bajo. —¿No me crees capaz? Para ser justos mi tío les enseñó algunas cosillas.

—¿Desde hace cuánto conocéis a David?

—De toda la vida. Su padre es el médico del pueblo. —Tiró de la cremallera del mono hacia arriba. —Puso los ojos en mi prima casi desde su nacimiento.

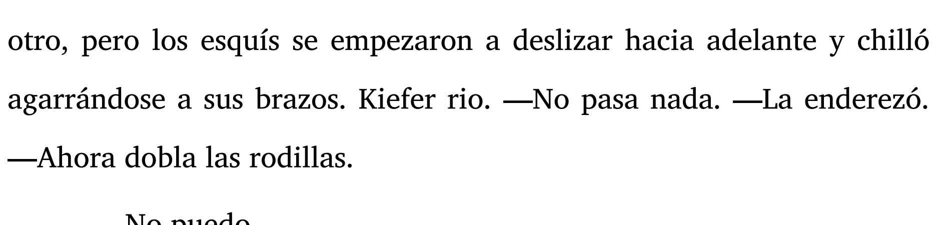
—¿De veras?

—Ella no le hizo caso hasta el instituto. De repente estaba loca por él. Bien nena, hora de subirte a los esquís.

—Cielo, a mí no se me dan bien estas cosas. Los deportes nunca han sido lo mío. ¿Recuerdas las agujetas?

Él rio por lo bajo. —Las recuerdo muy bien. —Agarró su mano. —Ancla las botas. Primero la punta.

Metió el pie en donde se suponía y empujó el talón escuchando un click. Sonrió agarrándose a su mano para hacer lo mismo con el



otro, pero los esquís se empezaron a deslizar hacia adelante y chilló agarrándose a sus brazos. Kiefer rio. —No pasa nada. —La enderezó. —Ahora dobla las rodillas.

—No puedo.

—Claro que puedes.

—Que me voy a caer…

—Te estoy agarrando.

Lo que hacía por amor. Dobló las rodillas.

—Bien, endereza la espalda. Cuando quieras frenar metes un poco los esquís por delante, a eso se le llama cuña. Ahora agarra los bastones.

Lo hizo y sonrió porque se sintió más segura, hasta que él la soltó, claro. —¡No me sueltes!

—Nena, estamos en llano. Si sientes que te desestabilizas, dobla más las rodillas y baja el culo.

Lo hizo de inmediato y él se echó a reír. —Pero espera un poco.

—Más vale prevenir que lamentar.

Se agachó cogiéndola de los brazos para enderezarla. —Ahora vamos a esquiar. —Cogió una cuerda y se la ató a la cintura.

—¿Qué haces?

—Vas a esquiar conmigo. Así me enseñó mi tío y así te voy a enseñar a ti.

Ay, madre, que preveía drama. —¿Cuántos años tenías?

—Seis años.

—¿Y a qué edad enseñaste a Carol?

—A los doce o así. No quiso aprender hasta que se fijó en David.

—Mira que espabilada. Pero era una cría, a esas edades son de goma. A ver si me das las navidades…

—Nena, ¿no confías en mí?

Le miró a los ojos. ¿Que si confiaba en él? Le gustaría que fuera el padre de sus hijos, mira si le tenía confianza. —Sí.

Kiefer sonrió. —Pues vamos a ello. —Caminó hacia sus esquís que estaban clavados en la nieve y los tiró al suelo antes de ponérselos como si nada. Sus esquís se deslizaron hasta ella. —¿Lista? Para frenar no hinques los bastones, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Iré muy despacio. —Se deslizó ante ella y cuando estuvo como a cinco metros la cuerda empezó a tirar de su cintura lentamente.

—Ay, madre… Ay, madre… —Empezaron a ganar un poco más de velocidad. —¡Ay, madre! —gritó sacando el culo.

Él no la perdía de vista y cuando se dio cuenta de que no se caía gritó —¡Lo haces muy bien, nena!

—Estupendo, porque no puedo sacar más el culo.

—¡Intenta enderezarte un poco!

—Que fácil es decirlo —dijo entre dientes.

—Nena, disfruta.

En ese momento una niña se cayó al lado de Kiefer y se detuvo para levantarla. Deandra sonrió viendo cómo le preguntaba si estaba bien sin darse cuenta de que la cuerda de su cintura caía al suelo. Se deslizó pasando a su lado y asombrada miró hacia atrás. Casi se cae así que miró al frente, pero la pista empezó a deslizarse hacia abajo y ganó velocidad. —¿Kiefer?

Levantó la vista hacia ella y perdió la sonrisa de golpe. —Nena, ¿por qué te has soltado?

La cuesta se hizo más pronunciada. —¡Kiefer, que me mato!

—¡Cruza los esquís un poco! —De repente lo tenía a su lado sonriendo. —¡Lo haces muy bien!

—¿De veras? —preguntó abriendo los brazos con los bastones en la mano intentando guardar el equilibrio. Volvió la vista hacia él. Leche, es que esquiaba sin mirar, lo que hacía la práctica. —Que guapo estás…

Kiefer sonrió aún más, pero de repente frunció el ceño. —Nena, vete más despacio.

—¿Qué? —Miró al frente y se desequilibró de nuevo. —Ay, que me mato.

—¡Mete los pies!

—¿Dónde? —Aquello empezó a tomar una velocidad de lo más peligrosa. —¡Kiefer, que me la pego!

—Baja el culo y tírate de lado.

—¿Que me tire? ¿Estás loco?

Entonces sintió un empujón en el hombro y se desequilibró

hacia su izquierda con la mala suerte que en ese momento había una ligera subida y giró sobre sí misma por los aires antes de caer sobre la nieve de morros. —Menuda leche te has pegado —susurró antes de perder el sentido.

Se despertó con un montón de gritos a su alrededor y al abrir los ojos vio a unos tíos con un mono rojo, a Kiefer que no dejaba de dar órdenes y a su queridísima amiga Carol con los brazos en jarras gritándole a David que si no la hubiera estado manoseando podía haber estado atenta a su amiga. Sonrió interiormente cuando la llamó amiga, porque parecía realmente preocupada.

Uno de los hombres de rojo se arrodilló a su lado con un collarín en la mano. —¡Está despierta!

Todos la miraron y Kiefer fue el primero en llegar hasta ella. —Nena, ¿estás bien?

—¿Tan mala pinta tengo?

Hizo una mueca. —¡Te has raspado algo la mejilla, creo que tienes un dedo roto y te has desmayado! ¡Es como para preocuparse! —gritó como si la culpa fuera suya.

Le agarró por la oreja y siseó —No amarraste bien la cuerda.

—Nena, que me la arrancas.

—¿Un dedo roto?

—Y eso lo que vemos. —Carol se agachó encima de ella sonriendo de oreja a oreja. —Menos mal que te has despertado.

Soltó la oreja de Kiefer antes de agarrar la suya. —¡Me dijiste que me lo pasaría bien!

—Anda que no te lo pasaste bien ni nada ayer por la noche.

Es que era para matarla. —Quiero mi trineo, uno solo para mí.

—Hecho, nena. Ahora suéltala, que tienen que ponerte el collarín.

Movió los dedos de los pies dentro de sus botas. —Es por si acaso, ¿no?

Viendo la preocupación en sus ojos Kiefer asintió. —Solo por precaución, te lo juro.

Soltó la oreja de Carol y suspiró del alivio. —Vale.

—Usted no se mueva más —dijo el de rojo.

—¿Es un sanitario?

Él sonrió. —Así es.

—Que buena idea lo del mono rojo, aquí se les ve de lejos.

—Esa es la idea. —Se volvió sobre su hombro y cogió una camilla de madera. —Ahora te vamos a poner aquí —dijo colocándola a su lado—. Tú no te muevas.

La cogieron entre dos y la subieron encima antes de elevarla. Cuando vio el helicóptero se asustó. —¿Pero a dónde me llevan?

—Al hospital del condado. Allí harán todas las pruebas necesarias.

—¿Kiefer?

—Estoy aquí, preciosa. No me separaré de ti.

Pues a ver si era verdad porque solo le quedaban doce días juntos y tenía la sensación de que no podría soportar perderle.

Sentada en la camilla se miró la mano. Mira que era mala suerte romperse el dedo meñique. Suspiró mirando hacia Kiefer que la observaba como un halcón. —Estoy bien.

—Casi estás bien.

—Bueno, pues eso. ¿Qué hacemos esta noche? —Le miró con picardía. —¿Me vas a invitar a salir por ahí? Tenemos que darle esperanzas a Carol.

—Nena, como para cenas vas a estar tú. ¿Has visto el morado que tienes en los brazos?

Se miró el brazo derecho que es el que había recibido casi todo el impacto. Si que dolía un poco, sí. —Bah, esto se cura en unos días, no es importante.

—Maldita cuerda.

Se tocó la mejilla. —¿Esto está muy mal?

—Se te ha quemado la piel un poco al caer sobre la nieve.

—Podía haber sido peor. —Le guiñó un ojo seductora. —Aún puedo moverme.

Sonrió como si no pudiera creérselo y en ese momento entró el doctor de urgencias con una tablilla en la mano. —Has tenido suerte, Deandra.

—Sí, ¿puedo irme?

Él apretó los labios y Kiefer se tensó. —¿Qué ocurre?

—He visto en tu análisis que tienes anemia.

—¿Anemia? ¿Y eso por qué? —preguntó él mosqueado.

—Por una alimentación deficiente, seguramente. —El doctor la miró. —¿Cuidas tu alimentación?

—Sí…

—Nena, ¿no comes bien?

Exasperada dijo —¡Es que últimamente no he tenido mucha hambre!

—No me mientas, Deandra. A él puedes mentirle y te creerá, pero yo tengo una carrera de años en medicina. Esta anemia, estos niveles de hierro son por comer muy mal en un periodo prolongado o por un problema de salud más grave. Puesto que no le pasa nada a tu organismo porque te hemos hecho las pruebas, solo hay un camino para llegar aquí. Tu amiga que está ahí fuera dice que tu madre murió hace algo más de un año, ¿es por eso?

Entrecerró los ojos. —¿Que le ha dicho qué?

—Solo quiere ayudar.

—Nena, ¿es por eso?

—Lo de la niña también ha influido —dijo el doctor dejándola de piedra.

—¿Le ha dicho lo de la niña? —Kiefer no salía de su asombro.

—Es evidente que está muy preocupada, no se lo toméis en cuenta. Deberías hacerle caso y seguir una terapia con ella, se la ve muy competente. Yo por mi parte te daré unos suplementos de hierro

y algunas vitaminas. Ah, y los analgésicos para el dolor, pero no abuses de ellos, ¿de acuerdo? Dos al día como mucho.

Es que estaba muda, ¿cómo se había atrevido a contárselo al doctor? ¿Y la confidencialidad entre psicólogo y paciente, o entre amiga y paciente? ¡O lo que fuera! Uy, ahora sí que la había cabreado.

Kiefer viendo su mirada sanguinaria dijo —Gracias por la atención, doctor.

—Un placer. Si necesita algo más no dudes en traerla.

—Entendido.

—Buenas noches.

En cuanto salió apartando la cortina Kiefer se acercó. —Nena, disimula. Tienes cara de Jack el destripador.

—Se lo ha contado a un desconocido —siseó.

—Pues sí.

—¡Y todo para que haga la puñetera terapia!

—Suele conseguir lo que quiere.

—Conmigo no va a poder.

—Así se habla, preciosa. —Agarró el mono y la miró de reojo. —Aunque igual tendrías que hablar de lo de tu madre.

—¿Tú también?

—Así te desahogas.

—¡Con ella!

—¿Quieres que te busque a otro?

—¡Cómo para fiarse de un desconocido!

Kiefer sonrió. —Vas a ir a las sesiones, ¿no?

—Esta se va a cagar. Dame el mono, si quiere un paciente va a tener lo que busca.

A su lado en el ascensor pensó qué guapo estaba con el traje gris y la camisa blanca. Ella se sentía hecha un adefesio con el vestido verde que se había puesto. Encima entre lo que llevaba en la mano y lo de la cara era todo un poema. Había intentado que los rizos ocultaran algo aquel desastre, pero se había dejado el difusor en Nueva York y lo único que había conseguido es que pareciera que había metido los dedos en un enchufe.

Salieron del ascensor de la mano. Y encima esa noche se reunía parte de la familia. Genial, aquello era genial, iba a conocer a su familia pareciendo la loca. Algo incómoda soltó su mano, pero él se la cogió de nuevo. —Nena, todos saben que has dormido en mi habitación.

—Ya, pero como me voy a ir… Y si piensan que vamos en serio…

Kiefer se tensó y soltó su mano. —Está bien.

Entraron en el comedor y Kiefer le puso la mano en la parte baja de su espalda. —Están allí.

Miró a su derecha y le siguió. —Nena, no comen a nadie.

—¿No me digas?

Se acercó a su oído y susurró —¿Qué pasa nena, que solo sabes

tratar con delincuentes?

Le miró sorprendida porque ese había sido un ataque en toda regla, lo que demostraba que estaba enfadado.

Él llegó a la mesa. —Buenas noches a todos, ella es la amiga de Carol, Deandra.

Se levantaron sonriéndole. —Es un gusto conocerte —dijo una mujer morena de unos sesenta años—. Yo soy Eliza, la madre de Kiefer.

Se sonrojó porque debían pensar que era un pendón después de pasar la noche con su hijo sin apenas conocerle. —Mucho gusto.

—Y yo soy Kiefer, el padre.

Fascinada vio que se parecía mucho excepto por su color de pelo. —Señoría…

Varios rieron. —Eso quedó atrás —dijo él divertido.

—Lo que es una pena.

Él sonrió. —Muy amable.

Kiefer señaló a su derecha. —Ellos son mis tíos. Alfred y Veronic.

—Los padres de Carol.

Sonrieron. —Y llega tarde —dijo su madre como si fuera un desastre.

—Y ella es mi tía Lucinda y su marido Stewart.

La mujer sonrió antes de mirar su mano. —¿Un accidente de esquí?

—Así es. —Stewart apartó su silla y asombrada vio que Kiefer ya se había sentado. Uy, este… Lo de la mano le había sentado como una patada en el estómago, eso era evidente. Sin poder evitarlo sonrió por dentro porque eso era que le importaba. Mira, ya era algo psicóloga también.

Se sentó a su lado y un camarero le iba a servir vino, pero Kiefer levantó la mano deteniéndole. —Nena, ¿quieres un refresco?

—Una cola. —Sonrió a los demás. —No puedo tomar alcohol con las pastillas.

—¿Te duele mucho? —preguntó la madre de Kiefer algo preocupada.

—Ha sido toda una experiencia que no repetiré. Yo en trineo, que eso lo domino de perlas.

—Claro que sí, hay que conocer nuestros límites —dijo Lucinda —. Yo jamás conduzco.

—Querida, lo de llevar un volante no es lo tuyo.

—Tiene otras virtudes.

—¿Una fan? —preguntó la mujer tensándose ligeramente.

No se ofendió, las fans a veces podían ser muy pesadas y lo había visto en el juzgado un par de veces con famosos de medio pelo. Ni se quería imaginar lo que la molestaban a ella que era un genio. —Admiradora. Admiro su increíble trabajo. Creo que son los libros más maravillosos del mundo y que tiene un talento imposible de imitar.

—¿Cuántos has leído?

—Todos los que ha publicado.

—¿Y cuál te ha gustado más?

Lo pensó seriamente. —Andromira. El personaje de Linted es fascinante. Una guerrera con una misión en la vida.

—Matar a su rey, al que debe servir. Nacida con un propósito. Oculta sus intenciones engañando a todos hasta que llega su oportunidad.

—Pero todo con un buen fin. Ragand era un tirano.

Lucinda sonrió. —Recibí muchas críticas por esa novela. Ella le amaba, a su manera, y que matara a su amor no lo recibieron bien.

—A veces no hay que dejarse llevar, simplemente hay que hacer lo correcto.

Lucinda miró a Kiefer. —Me gusta.

—Me gustaría pintarte —dijo el padre de Carol—. Me fascinan los rizos, me cuesta pintarlos y si me permitieras hacerte un retrato me harías un favor.

Se sonrojó. —¿Con esta pinta?

Se echaron a reír y Alfred dijo —Sé ver lo que otros no ven.

—Será un placer.

—¿Dónde estarán Carol y David? —preguntó su madre algo molesta—. Estos chicos…

—Enseguida empezarán a preparar la boda y la niña se centrará —dijo Eliza antes de mirarla—. ¿No crees?

—Uy, pues… —Miró de reojo Kiefer, pero se hizo el loco. Le pegó una patada en el tobillo y él gimió.

—Hijo, ¿te encuentras bien?

—Sí, madre —dijo con esfuerzo antes de mirarla con ganas de pegar cuatro gritos —. Me ha dado un tirón.

—Has esquiado sin calentar. Ya verás como se entere tu tío Marc.

—No es nada.

Los asistentes a la cena se pusieron hablar de la posible boda y él se acercó a susurrar —Nena, ¿querías algo?

Miró hacia él y dijo entre dientes —Puedes abrir la boca cuando quieras.

—¿No me digas? ¿Para qué? Tú lo haces muy bien.

—¿Esto es por la manita?

Levantó una ceja. —No sé de qué me hablas.

—No me provoques, cielo.

—¿O?

—O pediré otra habitación.

Sonrió cogiendo su copa de vino. —Están todas ocupadas.

Uy, aquello era un pulsito en toda regla. Sonrió sin ninguna gana y se acercó a él. —¿No puedes entender que esté nerviosa al conocer a vuestra familia? ¿No puedes entender que me siento incómoda por mi aspecto y fuera de lugar? —Él se tensó. —No me estáis facilitando las cosas y en este mismo momento me estoy preguntando qué coño hago aún aquí.

—Nena…

Se levantó de golpe sorprendiéndoles a todos.

—Ya estamos aquí —dijo Carol antes de cogerla por el hombro y sentarla de golpe—. Sentimos el retraso. No hace falta que te levantes, amiga. —Se sentó a su lado y acercó su silla. —¿Qué tal la mano?

—Dolorida.

—Pobrecita. Y la mejilla… Desde que has llegado no paras de herirte, a este paso vas a llegar a Nueva York hecha un trapo.

—Igual debería irme ya para evitarlo, ¿no crees? —preguntó con ironía.

Carol se echó a reír. —Qué tontería, intentaremos cuidarte más, eso es todo, ¿verdad Kiefer?

—Teniendo en cuenta que las dos veces que se hirió fueron culpa mía, no deberías preguntarme a mí —respondió tenso.

—Los accidentes ocurren. Y ella sabe que fue un accidente.

—Claro que sí, mi hijo no lo haría a propósito —dijo su madre ofendida.

—No, no fue a propósito —dijo para alivio de todos.

—¿Sabéis que Deandra es la mejor fiscal de Nueva York? —Carol parecía entusiasmada. —¿Os lo había dicho?

Se sonrojó. —Exagera.

—Os juro que no exagero nada.

Empezó a contar una anécdota que había ocurrido unos meses antes. Deandra miró de reojo a Kiefer que observaba pensativo su copa de vino y algo en su corazón se enterneció porque parecía que

estaba arrepentido y no sabía cómo arreglarlo. Alargó la mano y la puso sobre su muslo. La miró sorprendido y se la cogió de inmediato entrelazando sus dedos. Sonrió tímidamente antes de escuchar lo que Carol estaba contando. —¡Y el preso se puso de rodillas ante el jurado llorando a lágrima viva diciendo que no lo volvería a hacer!

Todos se echaron a reír y Kiefer padre dijo —Impresionante. A mí me han llorado unos cuantos, ¿pero ponerse de rodillas?

—¿Por qué lo dejó? Su puesto era vitalicio. ¿Con lo difícil que es llegar por qué lo dejó?

Él miró a su hijo de reojo antes de suspirar. —Decidí regresar a casa después de que mi hijo volviera a hacerse cargo del hotel. Iba a casarse y en aquel momento necesitaba estar en familia. Demasiado estrés.

Cuanto misterio, estaba segura de que su padre sabía por que Kiefer había abandonado su brillante carrera. La intriga la estaba matando. Miró a Carol que se encogió de hombros. Y eso que esa mujer era la más insistente que había conocido, si no tenía la información es que habían sido herméticos respecto a lo ocurrido. Algo grave para tanto secretismo, eso seguro.

Sonrió. —La salud es lo primero —dijo relajando el ambiente.

—¿Pedimos? —preguntó Lucinda—. Me muero de hambre.

—Se ha saltado la comida para seguir escribiendo —dijo su marido exasperado.

—No podía romper la trama.

—A mí me pasa igual si estoy concentrada en un caso…

—Sí, preciosa, esa anemia que tienes es buena prueba de ello. —Kiefer levantó la mano para llamar al camarero que se acercó de inmediato. —Te aconsejo el solomillo con salsa roquefort. La carne me la sirve un ganadero local y te aseguro que merece la pena.

—No podré cortar la carne —dijo por lo bajo.

Miró al camarero. —Que se la corten en cocina.

—Entendido jefe.

—Para mí lo mismo —dijo su padre—. Me encanta esa carne.

—Eso cielo, luego le dices a tu cardiólogo cuanto te gusta la carne roja.

—Dichoso matasanos, siempre jodiendo.

Rieron por lo bajo y los demás pidieron lo mismo. Kiefer le tendió la carta al camarero. —Y que traigan unos entrantes. Que el chef nos sorprenda.

—¿Continuamos con ese vino?

—Sí, es perfecto.

—No me entra en la cabeza que la gente pueda ser vegana —dijo Lucinda—. Somos omnívoros, por el amor de Dios. ¿Por qué privarse cuando nuestro propio cuerpo necesita esas proteínas, vitaminas…?

—Lo dice la que se salta las comidas por un capítulo más.

Gruñó para decir por lo bajo —Qué pesado es este hombre.

Rieron con ganas y las risas siguieron durante toda la cena porque eran de lo más divertidos. Les pusieron unos canapés de jamón ibérico y otros embutidos que estaban deliciosos. Al parecer un

importador de Nueva York que era amigo de Kiefer, se los traía de España con sus cargamentos y no tenía que pagar los portes. Esa conversación llevó a otra y durante la cena se dio cuenta de lo inteligente que era y de todo lo que había luchado por sacar su hotel de una guía de pueblo a tener excelentísimas opiniones en internet, lo que ya le había dado fama. Y probando aquella carne no le extrañaba nada. Casi se deshacía en la boca. Y no digamos el postre. La mousse de chocolate era para morirse.

Viendo cómo pasaba la cuchara por el bol de cristal Kiefer levantó una ceja. —Nena, ¿quieres otro?

Se sonrojó. —¿Estás loco? Si no puedo más. —Dejó la cuchara en el plato. —Este chef es un genio.

—Nos rodeamos de ellos —dijo David divertido.

Lucinda chasqueó la lengua. —Eso son paparruchas. Nuestros padres nos dejaron explotar nuestras habilidades, eso es todo. Quien quiso clases de piano, fue a clases de piano y quien las quiso de arte, fue a clases de arte.

—No todos los padres apoyan los sueños. —Todos la miraron y se sonrojó sin poder evitarlo. —Además debía ser caro, ¿no? Tantos hijos…

—Sí que fue duro para ellos, los hoteles entonces no daban mucho dinero. El esquí era solo para los ricos y no venían aquí, pero lo consiguieron y nosotros sabiendo cuanto les costaba, cuanto se esforzaban por hacernos felices, lo dimos todo.

Sonrió. —Pues debían estar muy orgullosos.

Los hermanos asintieron. —Lo estaban. Vivieron los suficiente para verlo y sí, estaban muy orgullosos.

—Tu madre también estaba orgullosa de ti, ¿no? —preguntó Carol.

—Ella quería un médico en la familia.

—¿Qué estudió tu hermano?

—Periodismo, trabaja en un periódico local en la sección de deportes. ¿Esto es para tu estudio?

—No. —Miró de reojo a su familia. —Claro que no.

—¿No la estarás estudiando? —La voz de su padre indicaba que no le gustaba nada la idea.

—Claro que no, papá. Mi estudio en Nueva York es sobre la criminalidad.

Así que sus padres no sabían nada, interesante. Miró a Kiefer y este reprimió la risa. Le acababan de dar lo que necesitaba para dejarla muy mal ante su familia. Iba a decir algo cuando la madre de Carol sonrió y algo retuvo su lengua por no disgustar a la mujer. Dichosos remordimientos. Gruñó por lo bajo y Kiefer se acercó a su oído. —Sí, nena, esa es la situación que he vivido cada vez que quiero descubrirla. Pienso en ellos, en que se disgustarán y se me olvida todo.

—¿Todo bien?

Deandra se volvió para ver a un hombre moreno de unos cuarenta años con una sonrisa en los labios.

—Claro que sí, Barry. Como siempre —dijo Alfred—. Ese chef es un genio.

—Me alegra saberlo.

—Nena, es el director del hotel, Barry Hoffman.

—Mucho gusto.

—Espero que su estancia en el Diamond Mountain sea de su agrado.

—Ya lo iremos viendo.

Los de la mesa se rieron y Barry pareció confundido. —No tiene nada que ver con el hotel, amigo —dijo Kiefer—. Todo estupendo, felicita a Mauricio por la cena.

—Lo haré. Que pasen buena noche.

Se pasaron hablando un rato más mientras algunos se tomaban un coñac, pero Deandra empezó a sentir que se le cerrarían los ojos en cualquier momento.

—¿Nos vamos a tomar una copa al bar? Tengo entendido que hay un pianista muy bueno —dijo David.

Deandra se levantó. —Si no os importa yo me retiro, estoy algo cansada. Entre lo de ayer y lo de hoy necesito acostarme.

Kiefer la cogió por la cintura. —Claro que lo entienden, nena. Te acompaño.

—Buenas noches a todos.

—Ha sido un placer conocerte —dijo el padre de Kiefer.

—Lo mismo digo. —Se volvió y cogió la mano de Kiefer. Todos vieron como él la miraba preocupado y le preguntaba si estaba bien.

—Me gusta esa chica —dijo Eliza sin dejar de observarles—.

¿Qué opinas, cuñada?

Lucinda asintió. —Es la correcta. Sobrina, ¿tienes algo que ver en esto?

—¿Yo? Ha sido casualidad. —Sonrió de oreja a oreja. —Pero sí que es cierto que son el uno para el otro.

Capítulo 7

Tumbada sobre el pecho de Kiefer después de hacer el amor, disfrutaba escuchando el latido de su corazón. —Es muy lista, tu prima. Consigue manipular a la gente hasta que se pliegan a sus deseos.

—Pues no has visto nada.

Lo pensó durante unos minutos. —¿Qué te dolió más, que tu novia te dejara o que ella influyera en su decisión? —Él se quedó en silencio y levantó la vista para mirar su rostro. —¿Qué fue más doloroso?

—No sé qué decirte, la verdad. Me sentí traicionado por las dos, pues en las dos tenía una confianza ciega.

—Carol está convencida de que lo hizo por tu bien, piensa que hizo lo correcto. —Entrecerró los ojos. —Y en realidad…

—No termines esa frase.

—Fue una prueba para esa Milly que no superó.

Él cogió uno de sus rizos. —¿Tú la hubieras superado?

—Jamás me comprometería con alguien si no estoy totalmente segura.

—Pero igual no llegarías a casarte si mi prima se empeña en lavarte el cerebro.

Entrecerró los ojos porque igual tenía razón. —Ha logrado que nos liemos.

—Bueno, las circunstancias también ayudaron, no podemos atribuirle todo el mérito.

—Cierto. —Apoyó la mejilla en su pecho y suspiró. Entonces sus ojos brillaron. —Quiere compensarte, ¿no?

—Ajá… —respondió distraído.

—Quiere darte una nueva esposa.

—¿A dónde quieres ir a parar, nena?

Le miró ilusionada. —¿Y si se la damos?

—¿A qué te refieres?

—¿Y si decimos que nos vamos a casar? Y luego me largo.

—Sí, y quedo yo ante todo el mundo como el abandonado. ¡Otra vez!

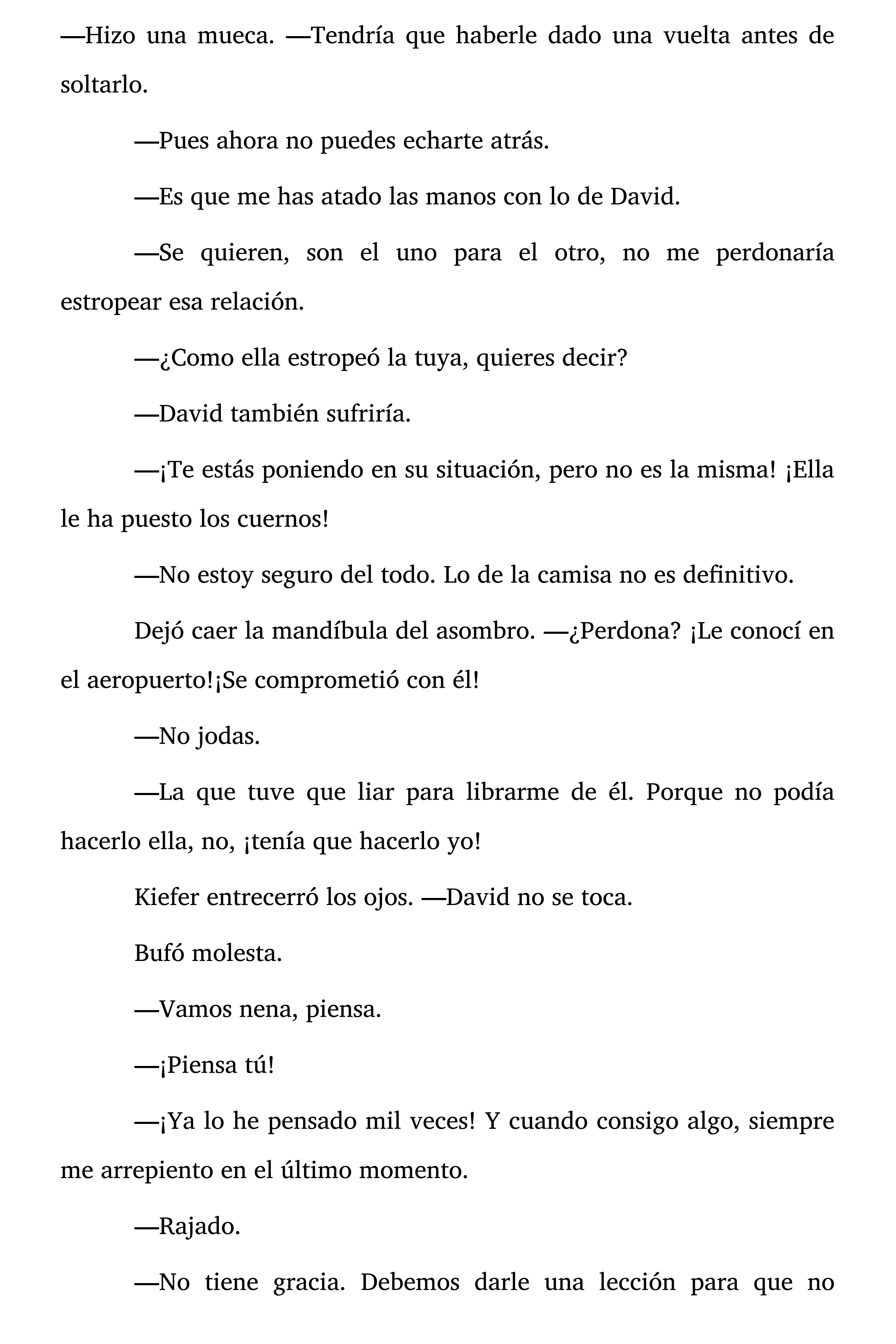
Se sentó en la cama. —¿Demasiado para tu orgullo?

—¿Tú qué crees?

—Oye, a mí ironías no, ¿eh? Que yo no tengo la culpa de que tu prima sea una capulla.

—¿Por qué has cambiado de opinión respecto a dejarla en ridículo con el estudio?

—¡Leche porque si la demando se va a enterar todo el departamento de que soy yo y dudarán de que lo de la niña sea cierto!



—Hizo una mueca. —Tendría que haberle dado una vuelta antes de soltarlo.

—Pues ahora no puedes echarte atrás.

—Es que me has atado las manos con lo de David.

—Se quieren, son el uno para el otro, no me perdonaría estropear esa relación.

—¿Como ella estropeó la tuya, quieres decir?

—David también sufriría.

—¡Te estás poniendo en su situación, pero no es la misma! ¡Ella le ha puesto los cuernos!

—No estoy seguro del todo. Lo de la camisa no es definitivo.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Perdona? ¡Le conocí en el aeropuerto!¡Se comprometió con él!

—No jodas.

—La que tuve que liar para librarme de él. Porque no podía hacerlo ella, no, ¡tenía que hacerlo yo!

Kiefer entrecerró los ojos. —David no se toca.

Bufó molesta.

—Vamos nena, piensa.

—¡Piensa tú!

—¡Ya lo he pensado mil veces! Y cuando consigo algo, siempre me arrepiento en el último momento.

—Rajado.

—No tiene gracia. Debemos darle una lección para que no

vuelva a jugar con la vida de la gente. ¿Y si matamos a tu hija?

Se le cortó el aliento.

—Estabas aquí, no te localizaron y caput. Y todo porque ella te manipuló para traerte. Si tiene algo de conciencia no volverá a hacer algo así.

—¿El qué? ¿Invitar a una amiga? Tampoco podemos responsabilizarla de que muera la niña, ¿ella qué sabía?

—Precisamente, no te conoce lo suficiente. Podrías ser una loca peligrosa. Una psicópata, perfecta en el trabajo y una tarada en tu vida privada.

Los ojos de Deandra brillaron con malicia. —Una loca. Y hacemos la escena final en nochevieja.

—Con cuchillo y todo, que se cague de miedo. —Se miraron a los ojos y se echaron a reír a carcajadas. —¿Crees que podrás hacerlo?

—¿Qué puede pasar? ¿Que me descubra?

—Eso es, nena. Vamos a trazar un plan.

Sentada ante el desayuno cogió otro croissant. —¿Hay más café?

Kiefer le sirvió sin dejar de mirar el periódico. —¿Has visto esto?

Levantó la vista de su parte del periódico para ver la portada. Un famoso asesinato que se había cometido en Nueva York y era noticia a nivel nacional. —Sí, dicen que mató a su esposa y a sus

cuatro hijos.

—¿Lo llevas tú?

—Lo lleva un inútil que se llama Romero. Un capullo que quiere quitarme el puesto de favorita del jefe.

—¿Por qué lo lleva él?

—Porque en aquel momento yo estaba hasta arriba de trabajo. Llevaba otro caso muy mediático en la ciudad y el jefe no quería que llevara también este.

—Es inocente.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Que es qué?

—Aquí dice que estaba en un bar a la hora del asesinato, hasta hay imágenes, ese Romero va a quedar como un idiota, con las pruebas circunstanciales que consiguió la policía le pedía cadena perpetua.

Asombrada le quitó el periódico y a medida que iba leyendo sonreía más y más hasta soltar una risita. —Debe estar que se sube por las paredes.

—Me lo imagino.

La puerta se abrió y asombrados vieron que Carol entraba en la habitación. —Feliz día de Nochebuena.

—¿No sabes llamar? —preguntó su primo pasando la hoja del periódico.

Carol llegó y cogió un croissant. —¿Qué haces? —gritó Deandra sobresaltándola—. ¡Ese era para mí!

—Vale… —Con cara de susto lo dejó en su plato lentamente. —

¿Puedo coger el otro? —La miró con desconfianza sin contestar y Carol entrecerró los ojos. —¿Estás bien?

De repente sonrió de oreja a oreja. —Perfecta, excepto por lo del dedo y la cara, claro.

—Claro. —Sonrió dulcemente. —¿Qué te parece si en una hora tenemos una sesión? Para hablar de lo de la niña y eso. Hay que evitar que te estreses, el estrés es muy perjudicial para el organismo y queremos que estés muy sana para cuando te llamen, ¿verdad?

—Sí, es buena idea —dijo Kiefer—. Siempre está bien desahogarse, nena.

—¿Eso creéis?

—Por supuesto. —Carol sonrió. —¿Una hora?

—Vale.

—¿Nos dejas tu habitación, primo?

—Sí, claro. Tengo que dar una vuelta por el hotel para ver cómo están las cosas.

—Perfecto. —Cogió el otro croissant y le dio un mordisco. —Buenísimo.

Observaron como salía de la habitación y Kiefer sonrió. —¿Has visto su cara?

Rio por lo bajo. —Esto va a ser divertido.

Carol se sentó en una silla frente al sofá y con un block en la

mano le sonrió. —Bueno, Deandra… ¿cómo te encuentras?

La miró como si fuera tonta. —¿No es evidente?

Apuntó algo en el cuaderno y eso la mosqueó, la mosqueó un montón. —¿Qué apuntas?

—Oh, cosillas mías.

—¿Es sobre mí? Porque esa libreta está en las últimas páginas. —Se adelantó. —Enséñame qué has puesto.

—Sí, ya. —La miró fijamente. —¿Cómo te encuentras por lo de tu hija? ¿Estás nerviosa?

—No, ya se han abierto las carreteras y tengo cobertura, así que… —Se encogió de hombros. Apuntó de nuevo poniéndola de los nervios. —¿Esta es una conversación o un examen?

Carol sonrió. —Tengo que tomar notas, no estés a la defensiva. Esta sesión es para que te encuentres mejor, amiga.

—Amiga… —La miró con malicia. —Menuda amiga estás tú hecha.

Carraspeó como si estuviera incómoda y hasta se revolvió en su asiento. —¿Estás enfadada conmigo?

—¿Contigo? Déjame pensar… ¿Por qué crees que estoy enfadada contigo? —Rio como si hubiera perdido un tornillo. —¡Si me has invitado a pasar las vacaciones con vosotros y he conocido a Kiefer! Te debo mucho.

—Es evidente que algo te preocupa.

—Pues no sé. Que todo el mundo sepa que mi hermano me ignora, que tengo una hija secreta, que han realizado un estudio

psicológico sobre mí, puede y digo puede, que provoque que ciertas personas del trabajo ya no me tengan en tan alta estima… —Se adelantó sobresaltándola. —Ya sabes cómo es la gente, se guían por las apariencias. ¿Cómo crees que le sentaría eso a mi reputación, pero sobre todo a mi jefe? Mal, seguramente. Y eso pondría en riesgo mi futuro en la fiscalía, ¿no crees? —La miró como si quisiera cargársela. —¿Crees que con todo lo que he trabajado pondría en riesgo mi futuro? —Negó con la cabeza. —No, maja. Quitaré del medio a todo aquel que intente poner piedras en mi camino. ¡A todos! —gritó haciendo que casi saltara de la silla.

—Eso ha sonado algo amenazante. —Se puso a escribir a toda prisa. —Interesante.

Asombrada miró hacia la puerta de la habitación que estaba entornada y Kiefer le hizo un gesto para que estuviera atenta a Carol. Bufó de malas maneras y la primita levantó una ceja antes de seguir apuntando. Como si nada Carol la miró con una sonrisa en los labios. —Así que te sientes amenazada.

Sonrió como si todo le importara un pito y cruzó las piernas mirándose los cordones de las zapatillas de deporte mientras movía el pie de un lado a otro. —Amenazados se tienen que sentir otros. —Rio por lo bajo. —Yo saldré de esta como siempre, tú no podrás decir lo mismo.

A Carol se le cortó el aliento. —¿Qué quieres decir?

La miró a los ojos para decir con voz heladora —¿Crees que voy a dejar que sigas manipulando a la gente? ¿Te lo has pasado bien analizándome y riéndote de mí? ¡Yo no permito que nadie se ría de

mí! —gritó levantándose de la silla—. Vigila tu espalda, bonita. Porque puede que nunca regreses a Nueva York. Otros que intentaron joderme lo pagaron muy caro, te lo aseguro.

—¿Como quién? ¿Tu madre? —preguntó casi sin voz.

Rio como una loca antes de mirarla con odio. —¿Por qué piensas eso? —Se acercó a ella y se agachó apoyándose en los reposabrazos de su silla. Carol se inclinó hacia atrás mirándola pálida. —¿Recuerdas a George Madison?

Separó los labios de la impresión. —Te denunció a la fiscalía por abuso de autoridad.

—Fue una suerte que le pegaran un tiro en ese permiso carcelario, ¿no crees? Pero nunca sospecharon de mí. —Rio por lo bajo. —Claro, como yo tenía todos aquellos anónimos en los que me amenazaba de muerte… Yo era la víctima y él tuvo mala suerte. Se metió con quien no debía. —Se enderezó sobresaltándola. —¿No apuntas?

Pálida negó con la cabeza y Deandra sonrió angelicalmente. —Buena chica. —Alargó la mano. —¿Me das el cuaderno, por favor?

—¿Qué?

—El cuaderno, ahora.

—Pero…

—¡Ahora! —gritó provocando que palideciera aún más—. O te juro por mis muertos que te rajo el cuello y en lugar de celebrar la nochebuena vamos a celebrar un funeral.

Carol miró hacia la puerta y viendo sus intenciones sacó el

cuchillo del bolsillo trasero para ponérselo bajo la barbilla. —Pero mira lo que tengo aquí…

—Por favor, no me hagas daño —susurró muerta de miedo.

—Yo no quiero hacerte daño… Si somos amigas. —Rio. —Y en el futuro primas.

—Déjale en paz.

—¿Que le deje en paz? —Negó con la cabeza. —Es el hombre que siempre he querido a mi lado y vendrá a Nueva York conmigo dejando todo esto atrás, así que no, no pienso dejarle en paz. Somos almas gemelas —dijo totalmente convencida de ello—. Nos compenetramos en todo. Es guapo, inteligente y todo un hombre. Además, es un excelente abogado, llegará muy lejos cuando le muestre el camino correcto. ¿Crees que voy a dejarle? Estás loca si piensas eso. —Apretó la punta del cuchillo en su barbilla y Carol tuvo que levantar más el rostro. —¡Ahora dame esa puñetera libreta!

Temblando se la tendió y la cogió con la otra mano de mala manera antes de alejarse. —Como no me fío de ti porque has demostrado que no eres de fiar, estoy segura de que tienes notas o apuntes, incluso el trabajo a medio redactar en tu ordenador. Quiero que me lo traigas todo.

—No lo tengo aquí.

—¿No? No me lo creo. —Levantó la libreta. —Has traído esto e ibas a analizar mis pasos en estas vacaciones, así que seguramente tendrás más, mucho más. O me lo traes todo o te juro que quemo el hotel con tu familia dentro.

Carol se levantó pálida como la nieve. —¿Estás loca?

—¡No tendré piedad, eso te lo juro por la tumba de mi madre! ¡Ese material tiene que estar en el hotel porque no has ido a casa de tus padres, como no me lo traigas en diez minutos, arrasaré con todo! —Dio un paso hacia ella amenazante. —Y si diera la casualidad de que te quedaras dentro del hotel mucho mejor. El forense ni sospecharía.

Ya sin disimular lo asustada que estaba asintió. —Está bien, te lo traeré todo.

—Y no se te ocurra hablar con nadie, tienes diez minutos. —Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un mechero. —El tiempo empieza a contar.

Carol se volvió tan aprisa que tiró la silla al suelo antes de correr hacia la puerta y salir dando un portazo.

Kiefer salió de la habitación reteniendo la risa. —Joder nena, hasta me he acojonado yo. Cuando te he visto el cuchillo…

—Bah, si ni siquiera tiene punta. —Sonrió. —¿Así que lo he hecho bien?

Se frotó las manos. —Se lo ha tragado todo.

Miró la libreta que tenía en las manos y frunció el ceño. Kiefer perdió la sonrisa de golpe. —Nena, no leas eso. Solo servirá para cabrearte más.

Pasó las hojas lo más rápido que pudo y se le cortó el aliento al ver un capítulo de Kiefer. —¡Tú también estás aquí!

—No me jodas. —Se acercó a toda prisa y observó como pasaba

las hojas. —Esto está fechado hace dos años. Investiga a mi padre también. —La detuvo en una hoja. —Razones para que abandonara el puesto que siempre había soñado. Que abandonara su puesto unos meses después de que Kiefer volviera de Nueva York indica que algo tiene que ver. ¿Oculta algo que hizo su hijo y dejó su puesto antes de que lo descubrieran? ¿Por qué aceptó tan rápido que Kiefer regresara a casa? ¿Qué ocultan? Es obvio que sus repentinos cambios de vida están relacionados. ¿Qué le ocurrió a Kiefer en Nueva York y en qué perjudicó a su padre? Averiguar esas respuestas. Necesito un cebo y tengo a la persona adecuada para eso. Una interrogadora nata. Tarde o temprano Kiefer tendrá que contárselo. La intimidad suelta la lengua.

Separó los labios de la impresión. —Lo tramó todo para sacaros vuestro secreto, no porque se arrepintiera de lo de Milly.

—La madre que la parió —dijo entre dientes.

Pasó las hojas leyendo retazos. —Sí, me investigaba, pero como posible espía. Incluso aquí duda si hacerlo porque tengo fama de ser muy recta en el trabajo. —Se fijó en una frase. —Qué mujer más interesante, es digna de estudio. Empezaré de inmediato y dejaré a un lado de momento el de la criminalidad en una gran ciudad. Podría pasarme años aquí investigando distintos caracteres. Nota. Hablar con David para entretenerle. Convencerle de venir a la ciudad en caso de ser necesario. —Asombrada le miró. —¡Ella sí que es una psicópata! ¡Considera que todos son sus conejillos de indias!

Kiefer muy tenso agarró el cuaderno y revisándolo se volvió.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Qué puedo hacer, nena? Nada.

—¿Nada? Hay que pararle los pies. ¡Mira lo que está haciendo con David! —Entrecerró los ojos. —Apuesto lo que quieras que lo de ese tío con el que se comprometió también era calculado. ¿Qué esperaba? ¿Que me chivara?

—O que me chivara yo. —Se volvió leyendo. —Hoy mi primo se ha presentado en la ciudad como tenía previsto. Se ha quedado de piedra al ver a Stephen. Espero que hable con David para arreglar esta situación cuanto antes.

Se llevó la mano al pecho. —Y como no funcionó, me puso a mí el cebo. ¡Claro, esperaba que cuando me cabreara, se lo dijera a David que en su miedo por perderla haría lo que fuera! ¡Por eso dijo lo del estudio, lo hizo a propósito para provocarme! Después de tanto tiempo por qué lo dijo, ¿eh? ¡Buscaba mi reacción! ¡Está loca!

Kiefer muy tenso se volvió, fue hasta la chimenea y tiró la libreta al fuego. —¿Pero qué haces? ¡Es una prueba! —Intentó cogerla, pero él la agarró de los brazos. Al ver que sus ojos se habían tornado fríos como el hielo se le cortó el aliento. —¿Qué estás haciendo?

—Yo me encargaré de esto.

—¡No es una observadora como cualquier psicólogo, Kiefer! ¡Influye en la vida de la gente! ¡La manipula, retuerce sus sentimientos para llegar a sus objetivos! ¡Hay que detenerla antes de que haga algo que afecte gravemente a la vida de alguien! —Se tensó con fuerza porque su rostro estaba tallado en piedra y no reaccionaba. —Entiendo, piensas taparlo.

—Te digo que yo lo arreglaré.

—¿Crees que mentía cuando le dije que su estudio podía afectar a mi carrera?

—Sé que no lo hacías. De hecho, casi todo lo que dijiste era cierto y fuiste de lo más creíble en el resto.

—¿Y si no me hubiera enterado? ¿Y si después de que presentara su estudio yo lo hubiera perdido todo? Nadie sabe cuál podría ser mi reacción, ni siquiera ella lo sabría. —Entrecerró los ojos. —Lo ha hecho antes, ¿verdad? ¿Por eso sus padres se tensaron en la cena de ayer con lo del estudio?

—Será mejor que vaya a su habitación. Si nos cruzamos y viene ya hacia aquí, recoge lo que te dé y ya hablaremos de esto.

—Kiefer, si tú no haces nada lo haré yo —dijo fríamente.

—Tengo que proteger a mi familia.

—¡Y yo tengo que proteger al resto del maldito país! Esa es mi función y pienso llevarla a cabo. Mañana llamaré al colegio de psicólogos y a la universidad para que la inhabiliten hasta que se haga una investigación. Y espero que ninguna de las personas tratadas por ella hayan sufrido daño, porque sino hablamos de pena de prisión.

—Hablaré con ella.

—No.

—¡Mi familia no tiene culpa de nada y solo harás que sufran! —Apretó los labios y Kiefer se relajó un poco cuando no le respondió. —Nena, lo arreglaré, ¿de acuerdo? Déjame esto a mí. —La cogió de los hombros y la besó suavemente en los labios. —Tengo que protegerlos,

entiéndeme.

Se tensó porque era evidente que él también la estaba manipulando. Ese beso después de tirar las pruebas lo demostraba. Forzó una sonrisa. —Muy bien, cielo, pero si no cambia…

—Cambiará, te lo aseguro. —La besó de nuevo y fue hasta la salida casi corriendo, como si quisiera encontrarla cuanto antes. Deandra se volvió hacia el ventanal y se llevó las manos a la cabeza para apartar los rizos. Tenía la terrible sensación de que algo así no era la primera vez que ocurría y por la cara de Kiefer era evidente que habían tapado muchas cosas de ella. Dios, que lío. Y ahora qué hacía, ¿eh? ¿Si se presentaba, cogía las pruebas y seguía pasando por una loca? ¿O iba a la policía y ponía la denuncia? ¿Denuncia? En ese mismo momento no tenía ni una sola prueba de nada gracias a Kiefer, que cogería las que Carol iba a entregarle antes de que llegaran a ella. Por cómo se había tensado era evidente que ahora ella era el enemigo, el beso solo había sido para aplacarla y Carol se había convertido en la víctima que había que proteger. Aquello no le gustaba nada y había dejado de ser una broma. Pensando en ello contempló las montañas sin verlas. ¿Por qué diablos había ido allí con lo bien que estaba con su deprimente vida? El golpe en la cabeza la tiró contra el cristal con tal fuerza que lo agrietó. Mareada y sin saber lo que ocurría, cayó al suelo e intentó apoyarse con las manos. Entonces vio unas deportivas de hombre con una raya azul. Las mismas deportivas que llevaba cuando salió de la habitación. Confundida dijo —¿Kiefer?

Otro golpe en la cabeza la tiró al suelo, medio inconsciente ni sintió las patadas en la espalda, pero sí escuchó a lo lejos. —Serás

puta, a nosotros no vas a jodernos.

La sangre corría por su mejilla y al darse cuenta de lo que estaba pasando sollozó. —¿Kiefer?

La agarró de los rizos y siseó en su oído mientras a ella se le nublaba la vista. —Ahora te vas a tomar unas vacaciones perpetuas. —Perdió el sentido antes de que su cabeza golpeara el suelo con fuerza.

Capítulo 8

Sintió frío, mucho frío y le pareció que algo tiraba de su pierna con insistencia. Sentía un terrible dolor en la cabeza e intentó abrir los ojos, pero solo pudo abrir uno para ver por la luz del amanecer que un zorro tiraba de la pernera de su vaquero. Gritó de miedo intentando arrastrarse hacia atrás y el zorro la soltó antes de salir corriendo. Asustada miró a su alrededor sintiéndose aún mareada. Estaba sobre la nieve y se le cortó el aliento al ver que estaba manchada de sangre. Al ver su mano se dio cuenta de que la sangre era suya y tembló de miedo mirando a su alrededor. Árboles, había muchos. ¿Qué había pasado? Muerta de miedo sollozó. Se intentó sentar, pero se mareaba y tuvo que dejarse caer gimiendo de dolor cuando el suelo tocó su espalda. Le dolía muchísimo. Escuchó un gruñido y sollozó porque el zorro no se había ido. La sangre, la sangre alertaría a cualquier animal. Abrió el ojo y se giró intentando ponerse de rodillas. Dios, ¿qué le había pasado? Intentó recordar, pero lo último que llegaba a su memoria era llegar al aeropuerto. Eso es, estaba pasando las vacaciones con Carol. Intentó recordar más y vio en su mente un coche que se detenía ante ellas. El rostro de un hombre le provocó un vuelco al corazón y vio como enfadado se acercaba. La invadió un

pánico tal que intentó alejarse, pero sintió que alguien la agarraba del cabello impidiéndoselo. Un grito desgarrado de dolor salió de su garganta antes de perder el sentido de nuevo.

Kiefer salió del coche dejando la puerta abierta y corrió hacia el hospital. En ese momento se detuvo una ambulancia ante la entrada y Carol gritó —¡Es ella!

Se volvió para ver como sacaban una camilla y al verle la cara se llevó las manos a la cabeza. —¿Nena?

Carol impresionada se tapó la boca con la mano mientras los sanitarios corrían hacia la puerta. Un hombre vestido de verde se acercó a él sin quitar ojo a la camilla. —¿Qué coño ha pasado, Logan?

—No lo sé —dijo el guardabosques—. Me la encontré tirada en la montaña al otro lado de las pistas. Y había mucha sangre, no creo que sobreviva.

—No, no… —Pálido corrió al interior del hospital y fue hasta la enfermera que estaba tras el mostrador. —Esa mujer que acaba de entrar…

—¿La conoce? Está indocumentada según me ha dicho el sanitario de la ambulancia.

—Se llama Deandra…

—Princeton —añadió Carol—. Deandra Princeton. Es una amiga de Nueva York que ha venido a pasar las fiestas. ¿Pueden decirnos cómo está?

—Ahora mismo la están atendiendo. —Se acercó y susurró —Pero vayan preparándose, porque he escuchado fractura de cráneo y eso no es bueno.

—Dios mío… —Kiefer pálido se llevó las manos a la cabeza mientras los ojos de su prima se llenaban de lágrimas. —¿Qué coño ha pasado, Carol?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? ¡No lo sabes! —gritó perdiendo los nervios—. ¡Te juro que esta vez no te voy a proteger!

Pálida dio un paso atrás. —¿Crees que yo sería capaz de una cosa así?

—Joder, no lo sé. Ya ni te conozco.

—Y cómo la iba a subir al monte sin que me viera nadie, ¿eh? ¿Acaso tengo sangre? ¡Mira mis manos! Además, me encontraste en el pasillo antes de que llegara a tu habitación.

Kiefer intentó pensar rápidamente. —Mi habitación.

—Sabía que no se había ido —dijo Carol por lo bajo—. Sabía que había pasado algo cuando vi el cristal roto en tu habitación.

—Pero no había sangre —dijo incrédulo.

—La limpiarían. Tuvieron tiempo. ¡Nos pasamos al menos media hora en mi habitación hablando de ella!

—¡Pero el que hizo esto no sabía cuándo iba a volver!

Carol entrecerró los ojos. —Igual sí.

—¿Qué quieres decir?

—Te fuiste de mi habitación porque te llamaron de la recepción del hotel. ¿Cuánto tardaste en solucionar el problema?

—Unas dos horas. —Se le cortó el aliento. —Habían tirado varias cajas del almacén de bebidas y no me moví de allí hasta que me dijeron que quedaba bastante alcohol para celebrar las fiestas.

—Pues es evidente que el que hizo esto la agredió, bajo al almacén y después regresó a por ella y lo limpió todo. La sacó del hotel sin que le viera nadie y después la llevó al monte para abandonarla allí creyéndola muerta.

Kiefer intentó pensar rápidamente. —Y tiene que ser alguien que esté en la base de datos para poder abrir la puerta con la palma de la mano.

—Estaba pensando lo mismo. ¿Cuántos son?

—La familia y el servicio que limpia mi piso. Ah, y Barry Hoffman.

—El director del hotel.

—Exacto. —Apretó los puños porque toda era gente de su confianza. —Hay que revisar las cámaras. —Sacó a toda prisa el móvil del bolsillo del plumas que llevaba y se lo puso al oído. —¿Sheriff Potter? Soy Kiefer Morris. Ha ocurrido algo y necesito que vaya al hotel… —Le vio entrar en el hospital con el móvil en el oído seguido de Logan. —¡Jack!

Le miró sorprendido apartando el móvil. —¿No me digas que has venido por esto?

—Es amiga nuestra —dijo Carol angustiada—. Pasaba las

navidades con nosotros.

—Creemos que la agredieron en mi habitación.

Jack entrecerró los ojos. —Contádmelo todo.

Deandra gruñó de dolor débilmente y sintió como movían algo que tenía entre los labios. —Muy bien campeona —susurró alguien—. Eres una paciente de primera. Enseguida te pongo la medicación. —Tocaron su brazo y Deandra intentó abrir los ojos, pero no podía. La enfermera miró su cara amoratada e hinchada. Frunció el ceño porque parecía que intentaba mover los párpados. —¿Deandra?

Gimió y la enfermera impresionada se acercó. —No debes asustarte. ¿Me entiendes?

Sí, la entendía, así que volvió a gemir.

—Estás en el hospital y te pondrás bien. Seguramente la medicación que acabo de ponerte te dormirá de nuevo, pero no tengas miedo, aquí estás a salvo.

A salvo. Una lágrima recorrió su sien y la enfermera apretó los labios antes de coger una gasa y limpiársela con ternura. —El que te ha hecho esto lo pagará, de eso puedes estar segura.

Deandra sintió los golpes, el miedo en aquel bosque y empezó a temblar con fuerza. —Tranquilízate, cielo. —Al ver que su cuerpo empezaba a temblar con más fuerza la enfermera pulsó el botón azul.

Kiefer y su padre que estaban fuera de la uci hablando con el cirujano vieron como un médico y una enfermera corrían hasta el box

abriendo la cortina. El cirujano entró en la sala tan aprisa como podía mientras Kiefer impresionado no podía dejar de mirar su rostro amoratado y su cráneo cubierto con vendas.

—Dios mío… —dijo su padre—. ¿Qué monstruo haría algo así?

Con impotencia vio como intentaban ayudarla mientras él no podía hacer nada. —Vamos nena…

Poco a poco el cuerpo de Deandra dejó de temblar y Kiefer cerró los ojos del alivio que le recorrió. Su padre apretó su hombro. —Es una luchadora.

Asintió mirándola de nuevo. Su padre susurró —¿Qué piensas hacer?

—Lo que deba.

—Te pedirá que le defiendas.

—Antes muerto.

—Hablará.

—Que hable lo que quiera. —Se volvió hacia su padre. —¿Estás dispuesto a apoyarme?

—Sabes que siempre te apoyaré, hijo.

—Siento que haya arruinado también tu carrera. No deberíamos haberlo consentido.

—Ahora es tarde para recriminaciones. Lo hecho, hecho está. ¿Y ella?

—¿Ella? Solo rezo para que salga sin secuelas de esto y me perdone.

Su padre apretó los labios antes de mirarla. Parecía dormida, relajada. —El trauma…

—Lo sé —dijo impotente. Su padre vio como intentaba no emocionarse—. No querrá ni vernos. —Sonrió con tristeza. —¿Con madre sentiste que era parte de ti?

—Sí, hijo.

—Yo lo sentí cuando me sonrió en el coche. Estaba incómoda, insegura y forzó una sonrisa como si deseara que le cayera bien. Es tan inteligente… —Rio por lo bajo. —Carol no se la coló mucho tiempo.

—Y eso que a tu prima es difícil pillarla.

—Necesito que se ponga bien, papá.

—Lo sé. —Le apretó el hombro intentando consolarle. —Y rezaré por ello, hijo. Rezaré por ello.

Acababan de trasladarla a una habitación privada y como aún llevaba el collarín solo pudo mover los ojos de un lado a otro. La luz que entraba por la ventana la molestaba y alargó la mano intentando encontrar algún botón para llamar a la enfermera, pero palpando no tuvo éxito.

Intentó incorporar la cama un poco para ver mejor y en ese momento se abrió la puerta. Se quedó sin aliento al ver al hombre moreno de sus pesadillas. —¿Cómo estás, nena?

Gritó de miedo y Kiefer pálido dio un paso atrás. En sus ansias por escapar Deandra se tiró de la cama arrancándose las vías y se

escondió tras la silla. Una enfermera se agachó a su lado. —Deandra no pasa nada.

Sollozó agarrándose a las patas de la silla para ponerla entre las dos. —Shusss, no pasa nada.

—Es él.

—Ya se ha ido, no hay nadie.

—¡Es él! —gritó—. ¡Él me hizo esto!

Kiefer blanco como la cera en el pasillo miró incrédulo a Carol. —Es el trauma, confunde las cosas.

—¿Por qué?

—No lo sé. El médico me ha dicho que tiene amnesia desde que llegó al aeropuerto. Igual ha habido algo que le ha hecho mezclar recuerdos o… No sé, la mente humana es un misterio.

—¿Pero es que nadie le ha dicho quién es el jodido culpable? —preguntó alterado. Se llevó las manos a la cabeza—. Estupendo, esto es la hostia de estupendo. ¡No solo no sabe quién soy, sino que encima cree que soy un maldito asesino!

Carol apretó los labios. —Lo siento.

—¿Lo sientes? ¡No lo sientas, joder! ¡Arréglalo! ¿No eres la que jode las mentes? Ahora vas a hacer lo contrario, ¿me oyes? ¡Quiero a mi mujer como era antes! —Furioso fue pasillo abajo y Carol apretó los labios mirando la puerta de la habitación de Deandra. Aquello era todo un reto.

La puerta se abrió y Deandra se sobresaltó, pero cuando vio a Carol no pudo evitar emocionarse. —Estás aquí.

—Claro que estoy aquí —dijo su amiga—. He estado aquí todos los días. —Se acercó sonriendo y cogió su mano. —¿Cómo te encuentras?

—Mejor, me duele algo la cabeza, pero estoy mejor.

—Eso está bien. —La miró a los ojos. —¿Sabes lo que ha ocurrido?

—El sheriff me ha dicho que David, tu novio, se enfadó porque nosotras habíamos discutido. Que te siguió porque creía que se la pegabas con otro y nos escuchó.

—Es cierto. ¿Recuerdas esa conversación?

—No. ¿Discutíamos? El sheriff dijo que le habías contado que era una discusión por una investigación que hacías.

—Sí, era un estudio del comportamiento.

—¿Y yo era importante en él?

—Eras una de las partes. Había tres.

Suspiró mirando el techo. —No lo recuerdo, pero al parecer era importante. ¿David se enfadó conmigo?

—Sí, se enfadó, pensaba que me ibas a perjudicar de alguna manera. Que me ibas a denunciar al colegio de psicólogos para que me inhabilitaran.

La miró sorprendida. —¿Pero qué hiciste?

—Tonterías, eso es evidente. Digamos que fui poco ética. Pero ese estudio ya está olvidado.

—Y más después de lo que ha ocurrido, ¿no? —preguntó con ironía.

—Me alegro de que no hayas perdido el sentido del humor.

—Eso nunca.

Carol sonrió. —Gracias por perdonarme.

—No te he perdonado, simplemente no lo recuerdo.

—Vaya, también has recuperado la rapidez de respuesta.

Sonrió. —Más quisiera.

Su amiga perdió la sonrisa poco a poco. —Sabes que las pruebas contra David son abrumadoras, ¿no? No solo hay sangre en su ropa, sino que le grabaron las cámaras entrando en la habitación.

—Sí, eso me han dicho.

—Pero tengo entendido que acusaste a mi primo de ser el que te agredió.

Tensa miró al techo. —No sé lo que pasó, no puedo decirlo a ciencia cierta, pero siento que él fue quien me hizo daño.

—Y no David.

—Igual perdí la cabeza con los golpes, no sé.

—Eso no ha pasado, Deandra, así que ni se te ocurra decirlo de nuevo. Eres fiscal, tienes las pruebas, haz tu trabajo.

Se le cortó el aliento volviendo la vista hacia ella. —¡Soy la víctima!

—¡Y sabes que a veces las víctimas distorsionan lo ocurrido por el shock! ¡Cuántas víctimas han acusado a personas inocentes

simplemente porque se parecían! ¡Han salido decenas de personas de la cárcel por las pruebas de ADN que demostraron su inocencia!

Eso era cierto y no podía negarlo. —Pruebas.

—Exacto, las pruebas es lo que necesitas. Así que te las he traído.

Asombrada vio que le dejaba un expediente sobre el vientre.

—Hala, a trabajar.

—¿Esto es terapia de choque o algo así?

—Sé objetiva, tú no eres la víctima, eres el fiscal y tienes que meter a ese cabrón en la cárcel.

Su voz se quebró al decir esas palabras y Deandra la miró a los ojos. —Estás hecha polvo, ¿no?

—Jamás me imaginé algo así, ¿sabes? Esto es como vivir una pesadilla. La persona que amo es un asesino. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y rio con desprecio. —Menudo ojo tengo, porque jamás se me hubiera pasado por la imaginación que mi David podría hacer algo así. Es como para dudar de todos mis estudios del comportamiento.

—Lo siento.

—No lo sientas. Tú no tienes ninguna culpa. —Señaló el expediente. —¿Vas a leerlo?

Sus ojos mostraron miedo. —¿Qué voy a ver?

—La verdad. Así al menos dejarás de culpar a quien no tiene culpa de nada.

Apretó los labios y lo agarró para levantarlo. —¿Quién lleva el caso?

—Un fiscal de aquí que es un manta.

—No fastidies —dijo entre dientes abriendo el dossier del caso. Una foto del cristal roto de una habitación. La foto de una gota de sangre en el sofá. Otras fotos de manchas de sangre sobre la nieve donde había conos que señalaban pruebas. Pisadas del número cuarenta y cinco. Y llegó al informe de los hechos. Cuando emergencias recibió la llamada de un guardabosques pidiendo ayuda. Llegada al hospital. Un croquis con todas las lesiones de su cuerpo. Declaraciones. Se le cortó el aliento. —¿Estabas con tu primo en el momento de los hechos?

—Así es, estábamos discutiendo y después él fue al almacén. Alguien había tirado las cajas de champán al suelo.

—Una distracción.

—Eso creemos nosotros. Y de hecho una de las cámaras pilla a David pasando por ese pasillo diez minutos después de que Kiefer saliera de vuestra habitación.

Se le cortó el aliento. —¿Nuestra habitación?

—Estabais liados. Vuestra química fue evidente desde que llegaste.

Separó los labios de la impresión y confundida miró su expediente de nuevo. —¿Yo dormía aquí?

—Desde el primer día.

—¿De veras? —No podía estar más sorprendida.

—¿Qué puedo decir? Yo lo vi normal por como os tratabais. Era como si fuera algo que encajaba perfectamente, ¿sabes? —Sonrió. —

Sabía que seríais perfectos el uno para el otro.

—¿De veras lo sabías?

Asintió. —Desde que te vi en el juzgado por primera vez, supe que seríais la pareja perfecta. Vapuleaste al abogado de la parte contraria con una fina ironía que sabía que a Kiefer le volvería loco. —Hizo una mueca. —Le gustan las mujeres con carácter, no como aquella estúpida con la que eligió casarse. No pegaban nada —dijo con desprecio—. Hubieran durado cuatro días con antes de ayer si llego a dejar que se casen.

—¿Qué hiciste? —preguntó cómplice.

—Oh, poquita cosa —dijo como si nada.

—¿No vas a contármelo?

Miró hacia la puerta como si temiera que la escucharan y susurró —Era una pija que siempre se dejaba llevar por las apariencias, ¿sabes? —Deandra asintió. —Así que sabía que no toleraría un escándalo. Estaba muy bien casarse con un rico empresario que tiene un hotel de éxito, pero con un posible preso ya no lo vio tan bien.

—¿Preso?

Apretó los labios. —Con todo lo ocurrido mi primo me ha contado… No, mejor no te lo digo.

—¿Qué? —preguntó impaciente.

—¿Recuerdas que mi primo era abogado en Nueva York hace unos años?

Se le cortó el aliento. —Por Dios, es Kiefer Morris.

Su prima sonrió. —El mismo.

—¡Le estudié en la facultad de derecho!

—Sí, ya, ya… Eso ya me lo has contado —dijo como si fuera un aburrimiento hablar con ella porque se repetía.

Hizo una mueca. —¡Oye maja, que esto me lo ha hecho ese novio tuyo que casi ni recuerdo, así que si me repito te fastidias!

Carol se sonrojó antes de sonreír de oreja a oreja. —Ya vuelves a ser tú.

—¿De veras? Yo creía que siempre había sido yo.

—No creas, que hubo ahí unos días en los que me tenías totalmente descolocada.

—¿Sí? ¿Por qué?

Hizo una mueca. —Mejor lo dejamos. ¿Quieres que sigamos hablando de mi primo? Te noto un poco dispersa.

—Lo que quiero es información sobre qué pasó en esos tres días. —Centró toda su atención en ella. —No, mejor vayamos a Milly, que aunque es pasado, tiene pinta de ser importante en esta historia. ¿Preso por qué?

—A eso iba. —Chasqueó la lengua. —Antes quiero aclarar que en aquel momento no sabía lo que ocurría realmente, solo me tiré el rollo con Milly. Le mentí, ¿entiendes?

—Al grano.

—Bueno, a Milly le dije que era muy raro que lo hubiera abandonado todo por venirse al hotel. Que no le extrañara si un día llegaba la policía para enchironarle. Salió por patas. No quiso saber

nada del asunto. Claro, le vio las orejas al lobo y se largó. —Soltó una risita. —¿A que soy buena? Y eso que por entonces yo todavía no sabía lo que había ocurrido con Kiefer en Nueva York. Me olía algo porque al poco tiempo también renunció su padre al cargo. Sospechoso, muy sospechoso. Hacían que no pasaba nada, pero yo no me iba a quedar con la duda, así que…

Se le cortó el aliento. —Me trajiste a mí para sonsacarle.

—¿Empiezas a recordar?

—¡No, pero es que es muy obvio! ¡Me gano la vida interrogando a la gente y si traías una fiscal a tu ciudad se pondrían nerviosos como poco!

Sus ojos brillaron de la admiración. —Qué lista eres. ¿Ves cómo eres perfecta para él?

—Muy bien, ¿qué hicieron?

—Ah, no. Yo no suelto ni palabra.

La agarró de la oreja y Carol chilló. —Como no me digas la verdad, pienso hacer de tu vida un infierno —dijo entre dientes.

—¡Vale, vale!

La soltó y esta se pasó la mano por la oreja varias veces. —Serás bruta.

—Para bruto tu novio. ¡Suéltalo ya!

—¡Vale! —Miró hacia la puerta. —No digas nada porque me mata como se entere. Está loco porque vuelvas a sentir algo por él y si te digo esto antes de que consiga enamorarte de nuevo se lo va a tomar muy mal. Dice que le hemos jodido la vida.

Separó los labios de la impresión. —Dime.

Muy seria susurró —Falsificó pruebas para ese juicio.

Se le cortó el aliento. —¿Qué tipo de pruebas?

—Médicas. Dijo que si no impactaban al público con las enfermedades que tenían nadie haría nada.

Impresionada se dejó caer en las almohadas pensando en ello. —La testigo principal tenía cáncer de pecho, su familia había sufrido diversos tumores. Habían muerto cinco de sus hijos.

—Ese fue el testimonio que hundió a la compañía eléctrica y que los peritos de la parte contraria no pudieron rebatir porque sí que había perdido a cinco hijos. Pero lo que nadie sabía era que tres de ellos no vivían en el pueblo en el momento de su fallecimiento.

—Pero eso no significa que la planta no les afectara anteriormente.

—Exacto, pero sería un punto para la defensa para echar el caso atrás.

—Una duda razonable.

—Explotada podría tumbar el caso, así que mi primo cambió los informes hospitalarios. Cambió las direcciones de todos los informes médicos.

—¿En el hospital no se dieron cuenta? El caso fue muy mediático.

—No, lo que fue mediático fue el resultado, pero realmente el juicio no tuvo gran alcance en la prensa. Solo era una demanda más contra una gran empresa. El juicio se hizo famoso porque…

—Ganó y tuvieron que pagar una suma millonaria.

—Exactamente.

—¿No apelaron?

—Mi primo consiguió amenazarles con que si continuaban adelante, les demandarían de nuevo por cuatrocientas personas más que se habían puesto en contacto con él desde que se había iniciado el juicio. Se cagaron vivos, porque ahora sí que temían una repercusión mediática. Así que pagaron y asunto arreglado.

—¿Pero? Tu primo se retiró.

Suspiró agachando la mirada. —Pero en aquel momento David estaba haciendo las prácticas con mi hermano y descubrió lo que había hecho porque encontró uno de los informes anteriores al archivarlos. Le dijo que no se preocupara que no diría nada. Eran amigos, por Dios.

—Pero David no se calló.

—Un día estaban en un bar tomando algo y a David se le fue la lengua con varias copas de más. Una abogada de un bufete importante. Esta se acercó a Kiefer furiosa y dijo que ya podía dejar la profesión, porque como no lo hiciera le iba a denunciar.

—Menuda hija de…

—Envidias, ya sabes.

—¿Cómo se llama esa mujer?

La miró confundida. —¿Y eso qué importa?

—Es por si la conozco.

—Melissa algo.

—¿Melissa Roberts?

—No lo sé, ¿nos centramos en la historia?

—Es una cabrita de cuidado. ¿Ella se queja de malas prácticas? Para malas prácticas las suyas, no hay juez que no le llame la atención y…

—Hablábamos de mi primo.

—Perdona, es que me caliento… —Tomó aire por la nariz. —Así que tu primo se largó.

—Iba a abrir un bufete y lo dejó todo.

—¿Por esa zorra?

—Un cabo suelto que si se iba de la lengua destruiría a mi primo y no solo a él, todos los afectados tendrían que devolver las indemnizaciones porque…

—El juicio sería anulado.

—Exacto. Las demandas contra los afectados les arruinarían.

—Y su padre al saber su problema también lo dejó para que sus sentencias no se vieran en entredicho si alguien ponía en duda el apellido Morris.

Su prima asintió.

Entendía su dilema y por qué lo había dejado. La miró a los ojos. —Supongo que David ha puesto eso sobre la mesa para presionaros en mi caso.

—Precisamente. Dice que como Kiefer no le defienda y se deje la piel para sacarle, lo contará todo.

Se mordió el labio inferior antes de mirar su expediente. —¿Dónde están las fotografías del forense?

La miró de reojo. —¿Qué?

—No te hagas la tonta. El sheriff tuvo que sacarme fotos para demostrar mis lesiones, ¿dónde están?

—Las he quitado, no quería que te afectaran. Son de después de tu operación y era algo grotesco, la verdad.

—Como si ahora estuviera muy guapa.

—Te aseguro que en estas dos semanas has mejorado un montón. —Miró el expediente. —¿Te has convencido?

—¿De qué?

—De que Kiefer es inocente, él no te hizo esto.

Lo pensó seriamente. Igual su mente se confundía, su cuerpo había sufrido mucho y había sido una experiencia muy traumática. Las pruebas eran abrumadoras, ella como fiscal no podía negarlo. Es más, a David se lo ventilaría en la sala del juzgado en quince minutos. ¿Estaba siendo injusta con Kiefer? Seguramente sí.

—Lo ha pasado muy mal, ¿sabes? No se separa de tu puerta.

Se le cortó el aliento. —¿Está ahí fuera?

—El otro día estaba tan contento porque ya podría verte… Y cuando te pusiste a gritar se descompuso. No entendía por qué le acusabas a él. —Cogió su mano. —Pero no te sientas culpable por esto, ¿vale? No te lo estoy recriminando ni nada. Solo te lo digo para que sepas todos los hechos. Ya has sufrido lo tuyo como para que algo así te preocupe.

—¿De veras no se ha separado de la puerta?

—Solo va al hotel a ducharse. Duerme ahí fuera en una silla. Dice que todo esto es culpa nuestra, que si no hubieras venido estarías sana y salva en tu casa. Se echa la culpa porque no vio el peligro al que te exponías.

—¿Y tú?

La miró sin entender.

—¿Sabías el peligro al que me exponía?

Apretó los labios y se levantó apartándose.

—Me has contado mil cosas sobre Kiefer, ¿pero no me has dado una explicación de por qué David me ha hecho esto? ¡Nadie me la ha dado!

Mirando por la ventana se cruzó de brazos como si quisiera protegerse y una lágrima cayó por su mejilla. —Fue culpa mía.

—¿Qué?

—Es cierto lo que dice mi familia, juego con la gente. ¡Pero te juro que no me daba cuenta hasta que te vi en esa maldita camilla!

—Por favor, explícate.

Capítulo 9

Dos horas después aún en shock por todo lo que le había contado, Carol salió en silencio de la habitación y Deandra escuchó decir a alguien —¿Está bien? Has estado dentro mucho tiempo.

Carol cerró la puerta mostrando sus ojos rojos de tanto llorar y susurró —No sé si ha sido demasiada información de golpe. —Inquieta se apretó las manos. —No ha movido el gesto durante todo este tiempo. Ni cuando le he contado que David, que se olía algo de lo de Stephen, me siguió hasta tu habitación y que la había atacado porque ella me había amenazado. Nada. Cuando he acabado simplemente dijo que si la podía dejar sola… No quiere hablar de ello.

—¿Kiefer? —escucharon desde dentro de la habitación.

Él se tensó mirando la puerta. —Me ha llamado, ¿no? No me lo he imaginado.

—Pasa, date prisa antes de que cambie de opinión.

Kiefer abrió la puerta de inmediato y forzó una sonrisa quedándose allí. —¿Sí, nena?

—Pasa, tenemos que hablar.

—Esa frase nunca es buena —susurró su prima.

La advirtió con la mirada antes de cerrarle la puerta en las narices. Carol jadeó. —¡Cuándo he perdido credibilidad! ¡Soy un genio en mi campo! ¡Mis genes me abalan!

—¡Cierra el pico! —gritó su primo desde el otro lado.

Deandra increíblemente ya no sentía miedo. Todo el terror que sintió la otra vez que le tuvo delante había desaparecido. —Sí que es un genio, ¿sabes? Al menos debo darle las gracias por tenerte delante y no ponerme a temblar. Aunque debo reconocer que sus tejemanejes han sido parte de lo que me ha llevado a esto, ella no es responsable de lo que haga otra persona. David es el culpable, punto. —Se miraron fijamente. —No puedo darte lo que quieres de mí. No te recuerdo y lo que recuerdo, aunque ya me he dado cuenta de que es mentira no es muy agradable para mí.

—Lo sé nena, pero…

—En cuanto salga de aquí me iré a mi casa y no quiero verte más. No quiero veros más a ninguno de vosotros. Carol dejará la fiscalía y se irá de Nueva York.

Enderezó la espalda. —¿Esto ya lo has hablado con ella?

—No necesito hacerlo. Después de todo lo que me ha contado, de su comportamiento con ese estudio y todo lo demás, no tengo que decírselo. Si me conoce sabe que no me quedaré con los brazos cruzados como se quede. Hablaré con mi jefe y dudo que la quiera en el departamento después de lo que me he enterado.

—Nena, si nos dieras otra oportunidad…

No pudo disimular su incredulidad. —¡Con su juego y el tuyo

habéis provocado que casi me maten!

—Yo no he hecho nada.

—¿No? ¡David no era de fiar, no me digas que su comportamiento estalló por la presión justo en ese momento, porque no me lo creo! Tuvo que haber indicios, enfados, algo que os pusiera alerta.

—Carol jamás vio nada raro y…

—¿Y tú? ¡Fue tu ayudante, te dejó en evidencia con Melissa poniendo en peligro tu vida! —Kiefer perdió todo el color de la cara. —Sí, lo sé. Tu prima me ha informado y tranquilo que no voy a decir nada. A no ser… —Sus ojos se tornaron fríos como el hielo. —A no ser que no me dejéis en paz. No te conozco, pero tengo la sensación de que eres un pilar fundamental en tu familia por como Carol habla de ti. Te idolatra. ¿Piensas dejar a toda esa famosa familia en evidencia porque te empeñes en una relación que jamás fructificará?

—Si me dieras una oportunidad todo sería como antes.

Sonrió con malicia. —¿Cómo antes de que me reventaran la cabeza? Lo dudo. Puede que hubiera atracción química, que nuestras profesiones nos aproximaran y puede que incluso me creyera enamorada, pero todo era mentira. ¿Alguna vez te prometí algo?

—No.

—¿Dije que me quedaría?

—No, pero lo que teníamos…

—¿Me dijiste que me amabas?

—¡Joder nena, te conocía de unos días!

—Tú mismo lo has dicho, no nos conocíamos, así que más vale dejarlo estar y que ambos volvamos a nuestra vida. Te aconsejo que no esperes más ante esa puerta algo que no va a pasar.

Apretó los puños con impotencia. —Deandra no hagas esto.

—Defiende a David para que no se le vaya la lengua, Kiefer. Aunque no creería mucho en su palabra de que luego no contara nada, debes intentar salvar lo que puedas.

—No pienso hacer eso.

—¿Me estás diciendo que vas a arriesgarlo todo por estar de mi lado en el juicio?

—Sí.

—¿Lo has hablado con tu padre?

—Está de acuerdo. ¡A David no le defendería ni muerto después de lo que te hizo!

Su corazón saltó en su pecho y su rostro no pudo disimular que estaba impresionada. —¿Por qué?

—¡Joder, nena, no lo sé! ¡Solo sé que debo hacer algo! ¡Que al verte en esa camilla medio muerta casi me vuelvo loco y que tengo que hacer lo que sea para que tengamos lo que teníamos antes fuera lo que fuera! —Salió de su habitación dejándola con la palabra en la boca.

Confundida miró la pared pensando en ello y se llevó la mano al pecho. Sintió como si su corazón volviera a latir de nuevo y entonces todos los recuerdos, todas las sensaciones volvieron de golpe provocando que cerrara los ojos. Su sonrisa, sus besos, el tiempo que

pasaron juntos la abrumaron y las lágrimas corrieron por sus mejillas deseando no haber recordado nunca porque sabía que su relación no era posible. Ya no, después de lo ocurrido no. Sintió la imperiosa necesidad de largarse de allí cuanto antes.

Al día siguiente Carol fue a visitarla y se llevó a su padre que le traía un regalo. —Gracias —dijo abrumada intentando coger lo que era evidentemente un cuadro.

—Déjame a mí —dijo Carol emocionada. Rasgó el papel y a Deandra se le cortó el aliento al verse riendo. Kiefer la abrazaba por la espalda y le decía algo al oído que debía haberle hecho gracia—. ¿Te gusta?

Ni sabía qué decir del nudo que tenía en la garganta. Decidió seguir haciéndose la tonta. —¿Eso cuándo fue?

—Oh, no ocurrió —dijo Alfred—. Es una escena que me he imaginado. —Al ver lo tensa que estaba dijo a toda prisa —Si no lo quieres me lo llevaré, no pasa nada. Se lo daré a Kiefer.

—Si no te importa…

Carol apretó los labios. —Tranquila, no pasa nada. ¿Ves papá como el retrato tenía que ser solo suyo?

—Haré otro.

—No es necesario —dijo muy incómoda.

—No me cuesta nada. —Alfred sonrió sin tomárselo a mal. —Tengo otra cosa para ti que no podrás rechazar. —En ese momento

sacó una Tablet del abrigo y se la tendió. —Los libros de mi hermana que todavía no has leído.

Se quedó sin aliento, pero para que no la pillaran preguntó —¿Su hermana?

—Lucinda Morris, ¿no te hablé ayer de ella?

Agarró la Tablet a toda prisa y ambos rieron por lo bajo. —Sabíamos que te gustaría.

—Lo que me gustaría es una hamburguesa con queso —dijo distraída encendiendo aquel chisme.

—Eso está hecho. —Alfred dejó el cargador sobre la mesilla y vio su cara de sorpresa. —Sí, son las cincuenta mejores. Mi hermana las ha seleccionado porque no quería abrumarte.

—¿Abrumarme? Estoy en el cielo.

Carol rio sentándose en la silla que había al lado de la cama. —¿Quieres que nos vayamos?

—Te acabas de sentar —dijo levantando una ceja.

—Sí, has cogido la indirecta. —Miró a su padre divertida. —La ha cogido a la primera, así que no está tan mal.

Alfred hizo una mueca. —Hija, igual quiere descansar.

—Bah, si está descansando todo el día. —Deandra jadeó haciéndola reír por lo bajo. —Bueno, ¿cómo va esa recuperación?

—Poco a poco.

—Ya lo veo. ¿No puedes apurar a tu organismo un poquito?

Entrecerró los ojos. —¿Qué pasa?

—Carol…

—Papá tiene que saberlo. Es su caso.

Se tensó. —¿Qué ocurre? ¿No habrán soltado a David?

—No precisamente.

—¿Quieres soltarlo de una vez?

—David ha amenazado al padre de Kiefer con decir que él le ayudó a falsificar los documentos.

Se le cortó el aliento. —¿Y tiene pruebas de ello o solo es un farol?

—Mi cuñado no sabía nada hasta que se lo dijo su hijo después del juicio.

—Así que no hay pruebas.

—Pero solo la sospecha destrozará su reputación.

De eso estaba totalmente segura. —Sabía a lo que se exponía al apoyarle.

—¿Tú no apoyarías a tu hijo? ¿Y más en una cuestión así?

—Otros podrían pensar que lo hizo para enriquecerse.

—¡Piensas como un fiscal!

—¡Soy fiscal!

Entonces ambos sonrieron. —Precisamente.

Entrecerró los ojos. —Deja de dar rodeos, ¿qué se te está pasando por la cabeza?

—Que seas la fiscal del caso.

No se lo podía creer. —¡No puedo hacer eso! ¡Soy la víctima!

—¿Y quién mejor que tú para aplastarle ante el jurado? Hay jurisprudencia que te permitirá solicitarlo al juez. Un tipo de Kentucky que sufrió un robo, fue el fiscal del chorizo que le agredió y le robó. Así que sí que puedes hacerlo.

—No tengo la licencia para ejercer en este estado.

—Hay jurisprudencia de nuevo porque si tú eres la víctima te puedes defender en otro estado con la asesoría de la fiscalía. He hablado con el fiscal y le he enseñado tus videos, está deseando trabajar contigo porque todavía está muy verde. Muy, muy verde. Sabe que Kiefer le fulminará en el juzgado con la fama que tiene.

Separó los labios de la impresión. —¿Me voy a enfrentar a Kiefer? —Se adelantó. —¿Qué videos?

Se sonrojó ligeramente. —Algunas veces te grabé mientras trabajabas machacando delincuentes.

—Ah… —La fulminó con la mirada. —¿No habías tirado lo del estudio?

—¿Estás loca? ¡Puede que no lo publique, pero es un material único!

—Te voy a…

—Ya hemos visto que la violencia no lleva a ningún sitio.

—¡Lleva a la cárcel!

—Anda, pues es verdad. —Miró a su padre confundida. —¿Entonces por qué todo el mundo dice esa frase?

—Ni idea, hija.

Ambos la miraron como si ella tuviera la respuesta. —Céntrate,

Carol.

Sonrió radiante. —¿Lo harás? Kiefer es muy buen abogado. A ver si le libra, porque tiene que emplearse a fondo para que David no sospeche que le quiere enchironar como los demás.

—¡Así que no solo no va a hacer lo que dijo que no haría jamás, que es defender a David, sino que lo hace para cubrir su falta!

—Por proteger a su padre —dijo Alfred.

—¿Y quién garantiza que David no hable en el futuro?

—Tú.

Parpadeó mirando a Carol. —¿Perdón?

Los dos sonrieron. —La única persona que puede corroborar esa historia es Melissa Roberts. Y tú te encargarás de que no diga ni pío, ¿no es cierto?

—Estás metiéndome de lleno en el encubrimiento de un delito.

—Ya estás metida, bonita. No te he visto llamar a nadie para denunciarlo. Eres cómplice.

Pensó en ello rápidamente. —Los informes del hospital, los auténticos…

Alfred sonrió. —Tengo una hermana, química no sé si lo recuerdas, que casualmente se ha pasado por allí para dar una conferencia sobre un nuevo medicamento. Qué casualidad que también tiene nociones de informática y solo tuvo que meter un virus en el ordenador central para que varios expedientes se borraran.

Asombrada miró a uno y a otro. —¡Sois una mafia! ¡Y seguro que esos informes han aparecido en el ordenador del hospital de

Nueva York!

—Tú lo has dicho. ¿Ves cómo estás en plena forma?

—¿Entonces por qué coño va a defenderle?

—¿Has oído ese dicho de habla que algo queda? —Alfred suspiró. —Kiefer adora a su padre, haría lo que fuera por él y ya se siente bastante culpable por lo del tribunal supremo.

—¡Repito, aunque le defienda no evitará que David hable! ¿Y si gano? ¡Qué voy a ganar, porque ese cabrón no se va a ir de rositas!

—Cuando ganes, que ganarás, puede que David tenga una pataleta, pero ya será demasiado tarde, le habrás hundido en los tribunales. Demostrarás que está mal de la cabeza y cualquier cosa que diga entonces no será tomada en cuenta. Siempre y cuando te encargues de Melissa, claro está. Si otra abogada le da la razón a David, entonces no habrá nada que hacer porque puede que alguien ambicioso rasque demasiado, o la propia compañía eléctrica para intentar hacerle daño a Kiefer. Tienes que desacreditarle de tal manera que a nadie se le ocurra tomarle en cuenta.

—Al parecer tengo que presionar a Melissa y asegurarme de que David quede por loco en el tribunal.

—Otra razón para que tú seas el fiscal. Puedes pedir un aplazamiento para ir a Nueva York, arreglar lo de Melissa y regresar para el juicio.

—Repíteme por qué voy a hacer todo eso.

—Porque te enfrentarás a Kiefer y enchironarás a David, ¿te parece poco?

Se la quedó mirando fijamente y de repente sonrió. —No te cansas nunca de maquinar, ¿no amiga?

Se enderezó en su silla. —No sé de qué me hablas.

—¿No? ¿En serio has convencido a Kiefer de esto?

—¡Es lo mejor para todos!

—¿No le has convencido? —preguntó su padre asombrado—. ¡Me dijiste que sí!

—¡Debería enchironarte a ti, por lianta!

Se puso como un tomate. —Igual necesito terapia, me sale solo.

—¡Lo que deberías hacer es dejar la profesión!

—Uy, lo que me ha dicho…

La puerta se abrió de repente y Kiefer tenso fulminó a su prima con la mirada. —No me lo puedo creer.

Se levantó en el acto. —Primo, ¿cómo tú por aquí?

Asombrado miró el cuadro. —¿Pero qué coño es esto?

—Me quieren liar, Kiefer. ¡A mí, una pobre víctima amnésica!

—¡Largo!

—Anda bonita, como le echas cuento cuando quieres.

—Pienso hundirte como a tu novio, fullera.

Carol la miró asombrada. —Tú ya te acuerdas de todo, ¿no?

—¡Mira cómo no me dijiste lo que te convenía sobre ese estudio tuyo! ¡Omitiste la libreta!

—Uff, ha sido una pérdida enorme. Jamás me recuperaré de su destrucción. Menos mal que tengo otras notas y una memoria

excelente. Y videos, muchos videos. —La miró maliciosa.

—¿Me estás amenazando? —preguntó asombrada—. ¡Kiefer!

—Carol, ¿vuelves a empezar? —preguntó furioso.

—Me acusa de fullera cuando ella ha soltado trolas como puños. ¿Os recuerdo lo de la niña adoptada medio moribunda o cuando me amenazó con un cuchillo? Si me dejaras explicarme…

—¡No quiero oírte! ¡No quiero ni verte siquiera!

Carol palideció. —¡No digas eso, todo lo he hecho por tu bien! ¡Por el bien de todos!

Dio un paso hacia ella amenazante. —No me jodas con eso, porque sabes muy bien que no es cierto. ¿Por qué te liaste con Stephen? ¿Por qué te comprometiste con él? ¡Sabías que pasaba algo con David y no dijiste nada!

Dejó caer la mandíbula del asombro mirando a Carol que ya no tenía color en la cara. —Jamás pensé que hiciera algo así. Cuando me trasladé a Nueva York empezó a hacer cosas raras. Me llamaba a todas horas, me controlaba, pero creía que estaba inseguro. ¡Luego llegaron las amenazas, pero vosotros no veíais nada!

—Hija tenías que habérnoslo dicho.

Sollozó. —¡Le tratabais como a un hijo más, no quería hacer daño a nadie y todavía le amaba! Pero hace seis meses se presentó en Nueva York. Se puso como loco, destrozó medio piso. Se puso a llorar diciendo que no podía vivir sin mí, que tenía que volver a su lado. Le dije que se había acabado y parecía que lo había aceptado. Pero cuando llamé a mis padres esa semana, me enteré de que él

simplemente dijo que lo habíamos pasado estupendamente y que pensábamos hacer la boda cuando regresara. Entonces me di cuenta de que estaba en problemas, no quería aceptar la realidad y me lo confirmó cuando hace dos meses regresó a la ciudad haciendo que no había pasado nada y muy preocupada por la situación le seguí la corriente.

—Y querías utilizar a Stephen. —Kiefer entrecerró los ojos. —No, querías utilizarme a mí. Por eso os pillé en tu casa. Esperabas que yo hablara con David, que se lo contara.

—Y le protegiste. Por eso cuando me enteré de que no habías dicho nada, tuve que buscar una solución para plantarle en el aeropuerto. Tenía que volver y no podía hacerlo con él.

—Así que disimulaste al llegar aquí. Le hiciste creer que volverías, que os casaríais, que le darías esa familia que te reclamaba mientras buscabas la solución —dijo ella.

—Sabía que no querría una boda precipitada, que esperaría a que estuvieran aquí las dos partes de la familia —dijo con la voz congestionada sin dejar de llorar—. Pero las insinuaciones que hiciste aquella noche que nos quedamos atrapados, aquello que dijiste de los límites y esas cosas no dejaba de recriminármelas cuando estábamos en privado. Empecé a tenerle miedo porque parecía realmente amenazante.

—Hija… —dijo Alfred impresionado.

—Y entonces…

Empezó a temerse lo peor.

—La noche de la cena me pegó en la espalda. —Carol sollozó tapándose el rostro con las manos. —Yo no quería que pasara esto.

Kiefer la cogió del brazo volviéndola y levantó su grueso jersey mostrando los morados. Él se tensó con fuerza. —Hijo de puta —siseó con rabia antes de abrazar a su prima—. ¿Qué hiciste entonces?

—¡Solo quería que se pusiera como loco ante alguien para que me ayudarais! ¡Y se me ocurrió cuando Deandra perdió los nervios con el cuchillo en tu casa! ¡Pensé que un enfrentamiento con ella os pondría de mi lado y me ayudaríais a que se alejara de mi vida!

—Dios mío, ¿qué le dijiste? —preguntó ella impresionada.

—¡Cuando llegué a la habitación le dije que me habías amenazado, que querías poner en peligro mi futuro!

Se le detuvo el corazón. —Tú le provocaste. ¡Sabiendo cómo era le provocaste y le tiraste sobre mí!

Kiefer se llevó las manos a la cabeza. —Has perdido totalmente la cabeza. Le mentiste al sheriff sobre lo que David te había dicho en la habitación. ¡Le dijiste que creía que le ponías los cuernos y que te había seguido! ¡Que había oído la discusión con Deandra y que después de hablar contigo salió furioso! ¡Mentiste en todo!

—¡No sabía que haría esto! ¡Solo pretendía que fuera a tu habitación, montara el escándalo y te dieras cuenta de cómo era! Pero al ir hacia tu piso te encontré en el pasillo y pensé que David se lo había pensado mejor. ¡No había pasado nada porque solo me hablabas del diario, lo que demostraba que estabas en la habitación mientras ella y yo estábamos en el salón! ¡Creí que David no había subido a tu

casa!

—¡Pero cuando me di cuenta de que Deandra no aparecía no dijiste nada!

—¡Te dije que el cristal estaba roto y no me hiciste caso!

—¿Qué? —Deandra no se lo podía creer.

—Nena, jamás se me pasó por la cabeza que hubiera ocurrido algo así, te lo juro. Creí que estabas furiosa y lo habías roto tú.

Los cuatro se mantuvieron en silencio varios minutos. Deandra intentó buscar una solución que beneficiara a todos, pero no se le ocurría nada. —Que Kiefer le defienda no me gusta —dijo entre dientes.

—¿Qué has dicho? —preguntó con voz heladora—. ¿No estarás hablando de David?

—Calla, primo, déjala pensar.

Asombrado miró a Deandra que entrecerraba los ojos como si estuviera dándole vueltas. —No me lo puedo creer.

—Sobrino ten paciencia. —Alfred se cruzó de brazos.

—¿Crees que tu hija hace esto para ayudar a Deandra o a mí? ¡Lo hace para que la libremos de David los próximos treinta años!

—Esos son pocos, ¿no? —preguntó Carol preocupada—. A ver si sale cuanto tenga cincuenta y la toma conmigo porque estoy felizmente casada y con hijos triunfadores. Que después de treinta años seguro que nos guarda mucho rencor… ¿No puedes hacer que le caigan más años?

Deandra sonrió irónica. —Se nota el cariño que le tenías.

—¡Te aseguro que después de la primera patada en la espalda todo ese cariño se me quitó de golpe!

—Hijo de puta —dijo entre dientes mirando a Deandra—. Nena, ¿qué estás pensando?

—En nuestras prioridades.

Él se sentó a su lado. —No es el momento de que pienses en esto, es momento de descansar, tienes que recuperarte.

—Hay que tomar el control cuanto antes. —Suspiró negando con la cabeza. —No se me ocurre nada más.

—Bendita rotura de cráneo —dijo Carol por lo bajo haciendo que todos la miraran. Les miró sorprendida—. ¿Lo he dicho en alto?

—¡Sí! —gritaron todos sobresaltándola.

—Me da que esto tengo que hacérmelo mirar.

—Y cuanto antes, guapa —dijo Deandra con ironía.

—Nena, no te preocupes por las locuras que se le ocurren a mi prima. Yo lo arreglaré.

Le miró a los ojos durante unos segundos. —¿Conoces al fiscal?

Él apretó los labios. —Sí, he leído varias cosas sobre él en el periódico.

—¿Es bueno?

—Los he visto mejores —dijo entre dientes—. Pero no te preocupes que solicitaremos otro. Tengo contactos y…

—Eso será una lotería. Puede que el siguiente no me acepte como fiscal.

—¿Qué has dicho?

—Va a llevar su propio caso. —Carol estaba encantada. —Ya la verás en acción, ya. Te va a dejar con la boca abierta.

—Entonces si queréis que yo lleve la defensa… —Su rostro expresó su horror. —¿Habéis perdido la cabeza?

Le retó con la mirada. —¿Crees que no puedo hacerlo?

—Nena, no dudo que en la sala seas la leche, pero sería causa de apelación.

—¿Por qué?

—¡Porque dirán que el juicio está amañado, por eso! ¿O crees que me voy a esforzar mucho por defenderle cuando casi mata a mi mujer?

Se quedó sin aliento. —¿Pero qué dices de mujer? ¡Si solo nos hemos acostado un par de veces! —Sin poder evitarlo entró en pánico de nuevo. —¡Levántate de mi cama!

Suspiró levantándose. —Ya me parecía a mí que no iba a ser tan fácil.

—¿Por qué la atosigas? Te dije que tuvieras paciencia —le recriminó Carol.

—¡Yo no tengo de eso!

Se sonrojó de gusto antes de mirar a su amienemiga. —También necesita tratamiento. ¿Toda tu familia es así?

—Te dije que éramos algo raros.

—Y tanto. —Le miró de reojo. —Otro paso atrás, por favor.

Kiefer gruñó dando otro paso atrás. —¿Pero no lo recuerdas todo?

—Para mí no ha debido ser tan épico como para ti, eso es evidente.

—En el futuro te arrepentirás de esas palabras, nena.

Chasqueó la lengua antes de decir —Es cierto que si le defiendes puede ser causa de apelación y no debemos consentirlo.

Carol dejó caer los hombros decepcionada. —Entonces hablará sobre lo de Kiefer y el hospital.

Apretó los labios. —No queremos que los de la compañía eléctrica metan las narices en algo que pueda ser causa de apelación. Esas familias no tienen por qué devolver un solo dólar. Hay que cerrarle la boca a David.

—¿Y cómo conseguimos que no se enteren? —preguntó Carol confundida.

—¿David tiene algún secreto que quiera ocultar? ¿Algo que no se deba decir?

—No, era de lo más normal hasta que me fui a Nueva York. Todo iba bien.

Alfred carraspeó provocando que todas las miradas recayeran sobre él. —Bueno, no sé si será suficiente, pero me di cuenta de que me había sisado algo de dinero en la administración de nuestro hotel.

Separó los labios de la impresión. —¿Cómo te diste cuenta?

—Pues por casualidad. Vi que en el garaje del hotel había una furgoneta blanca para los suministros y esas cosas. Le pregunté y dijo

que la había comprado porque la reparación de la anterior conllevaba una factura demasiado alta, que no merecía la pena arreglarla. Que no me preocupara, que la nueva solo había costado cuarenta mil y que se recuperarían con creces con las reservas. Me pareció bien, si se necesitaba había que hacer la inversión, pero dos días después mi mujer y yo salimos a cenar y se acercó un hombre que vive en Hailey. Me dio las gracias por comprarle la furgoneta, había tenido un accidente laboral el año anterior y se había retirado, no sabía qué hacer con ella.

—¿Cuánto le pagó por ella? —preguntó Kiefer.

—Veinte mil.

A Carol se le cortó el aliento. —¿Te sisó veinte mil dólares y no me dijiste nada?

—¡Hija, no sabía cómo decírtelo, es David! Al final tu madre y yo decidimos no decir nada, total todo va a ser para ti.

—Para hacer un timo así tuvo que hacer algo antes. Nadie se atrevería de inicio con una cantidad tan grande. —Miró a Kiefer. —¿Qué opinas?

—Que vamos a tener que revisar las finanzas de toda la familia porque nuestro abogado tenía otros intereses en ser un Morris aparte de Carol.

Esta jadeó. —¿Crees que se cabreó conmigo porque si me perdía a mi perdía el negocio?

—Exactamente.

Deandra sonrió maliciosa. —¿Podrías hacer que ese hombre

declarara en el juicio si fuera necesario, Alfred?

—Claro que sí.

—Bien. Cielo, llama a un auditor y que compruebe cada centavo. Hay que sacar toda la mierda que tenga oculta.

—¿Para exponerla en el juicio?

—No, vamos a chantajearle con la pena de muerte. —Era evidente que no entendían nada. —Pues es muy simple. Soy fiscal, se asustó al darse cuenta de que podía meter la nariz donde no debía. Si tenía una relación con Kiefer podía enterarme de muchas cosas porque debo ser inquisitiva por naturaleza. Sabía que era peligrosa y utilizó la excusa de Carol para quitarme del medio. Soy autoridad y por lo tanto es un delito grave.

—Como intentar matar a un policía —dijo Kiefer.

—Exacto. Para encubrir uno o varios delitos. La causa ha cambiado totalmente. De intento de homicidio a intento de asesinato a un agente de la ley porque fue totalmente premeditado. Pena de muerte en el estado de Idaho, ¿no es así, cielo? No estoy muy puesta en las penas de este estado, tendré que estudiar.

Kiefer sonrió. —Me gusta.

—Y el fiscal lo aceptará de inmediato porque se marcará un tanto entre los suyos después de una carrera pésima. Tenemos a David agarrado por las pelotas. Y el fiscal me dejará negociar. ¿No quiere morir? Tendrá que cerrar la boca de por vida sobre lo que sabe de ti y para asegurarnos le haremos firmar un contrato de confidencialidad donde se comprometerá a no difamar a la familia contando sus

intimidades o cualquier cosa que se invente. Cadena perpetua.

—¿Y si lo incumple?

—Si lo incumple, tendremos que confiar en que haya más delitos que descubramos con la auditoría para hundir totalmente su reputación.

A Carol se le cortó el aliento. —¿En serio puedes conseguir eso?

—Claro que puedo.

—Tienes base para pena de muerte, esperemos que eso le asuste lo suficiente —dijo Kiefer—. Pero necesitamos encontrar jurisprudencia que nos apoye.

—La encontraré, si no es en este estado en otro. De todas maneras, será una negociación entre su abogado y yo porque no puedo permitir que esto vaya a juicio, podrían salir otras cosas que nos perjudicaran.

—¿Como qué? —preguntó Alfred.

—Como los métodos tan poco ortodoxos que tiene tu hija a la hora de trabajar, por ejemplo. David la conoce muy bien.

El hombre se sonrojó. —Ya, claro. Hundiría su carrera.

Sonrió con malicia. —Mira tú por dónde.

Carol se cruzó de brazos retándola con la mirada. —Como dejes que ese fiscal se haga cargo del caso, David va a salir libre, tú verás.

—Nada, que siempre tiene que ganar.

—Nena, que tienes que recuperarte…

Le fulminó con la mirada. —¿Crees que no puedo llevar este

caso?

—Si piensas que discutiendo conmigo, vas a conseguir que me aleje más que este paso que he dado atrás, estás muy equivocada. —Se puso como un tomate haciéndole sonreír.

—Primo, has dado en el clavo. —Fue hasta la puerta. —¿Quieres el cuadro?

—Gracias Alfred.

—Menos mal que alguien aprecia mi arte —dijo altanero antes de salir de la habitación.

Carol intentando provocarla le sacó la lengua y salió de la habitación. —¡Capulla! —Escuchó su risa mientras se alejaba y sonrió sin poder evitarlo. Entonces fue muy consciente de que aún estaba allí y le miró de reojillo. Incómoda cogió la tablet.

—¿En serio me vas a ignorar?

—Es que estás muy intenso.

—¡Será que casi te pierdo y me he acojonado, joder!

—¿Ves?

Se sentó a su lado. —Nena, no quiero agobiarte con todo lo que tienes encima.

—¡Por culpa de tu familia!

—Dices mi familia como si yo tuviera algo que ver.

—Claro que tienes que ver. Además, si no hubieras metido la pata con ese caso todo sería más fácil.

—¡Eso pasó hace ocho años y era un novato! Y no te conocía,

nena.

Le miró a los ojos. —¿Por qué lo hiciste?

—Hostia, pues creo que es evidente. Para ganar un montón de pasta para esas familias y que se les reconociera que no estaban locas.

Asintió. —¿Sabes que te pareces a tu prima más de lo que crees?

Parpadeó como si le hubiera dado la sorpresa de su vida. —¡No me cambies de tema!

—¿Y cuál es el tema?

Le cogió la mano. —Nena, de la que venía hacia aquí he pensado mucho lo que quiero decirte. Cuando llegaste no puedo negar que no me hizo demasiada gracia.

—Tu cara de cabreo era evidente.

—Tenía mil cosas que hacer y me dejé convencer por David de que le acompañara, pero ahora doy las gracias por ello. —Apretó los labios. —Intenté que no te dieras cuenta, pero no pude evitar mostrarte todo lo que te deseaba.

—Yo también te deseaba.

Asintió. —Aquella noche que quedamos para cenar con nuestros padres y apartaste la mano, cuando me dijiste que te irías… Joder nena, me sentó como una patada en la boca. Sé que es incomprensible, que acabábamos de conocernos, pero no pude evitarlo. Lo que me hizo pensar en que me estaba metiendo en algo que cambiaría mi vida. Y la ha cambiado nena, te has convertido en parte de mí. —Los ojos de Deandra se llenaron de lágrimas. —Sé que

todo lo que te ha hecho ese cabrón ha provocado que lo nuestro parezca algo lejano, algo casi sin importancia, algo que quieres olvidar, como quieres olvidar esa maldita habitación donde sufriste tanto, pero yo no podré olvidarte. No podría olvidarte, nena. Por eso intentaré lo que haga falta para que vuelvas a enamorarte de mí, lo que sea. Y si para eso tengo que regresar a Nueva York, lo haré, te lo juro.

Se le cortó el aliento. —¿Estás loco? Realmente no nos conocemos.

—Pues lo que conozco de ti me encanta y me muero por conocer el resto. —Se acercó y besó su mejilla borrando sus lágrimas. —Me vuelves loco, cielo. No me apartes de ti, dame la oportunidad de conseguir que me ames.

Su aliento la embriagó y tuvo que cerrar los ojos teniendo todas esas increíbles sensaciones que solo experimentaba a su lado. Y el miedo, cualquier tipo de miedo desapareció. Kiefer la besó en el lóbulo de la oreja y de repente se mareó. —¿Cielo?

Él suspiró cerca de su oído. —Sí, nena.

—Me estoy mareando.

Se apartó de golpe y preocupado la tumbó. —¿Ves? Te has excedido.

Abrió los ojos sintiendo su corazón acelerado. Kiefer sonrió y cogió un pañuelo de papel para limpiar su otra mejilla. —Me gustaba más el otro método, ¿pero qué se le va a hacer? Habrá que esperar a que te recuperes.

Debía estar horrible porque a pesar de haber pasado dos semanas aún tenía morados y vendas en la cabeza. —Mi pelo…

—En nada de tiempo esos rizos volverán. Lo importante es que te has salvado, nena. —Apoyó el brazo a su lado. —Y estás preciosa.

Entonces tuvo la esperanza, la increíble esperanza de que ya no estaría sola. Que él estaría a su lado en lo bueno y lo malo, en la salud y la enfermedad, y por lo que decía durante todo el tiempo que se amaran. Era más de lo que había soñado y sentía que no podía rechazarlo. Una lágrima corrió por su sien y forzó una sonrisa. —Así que soy tu mujer.

Kiefer asintió. —Ahora solo tengo que conseguir que digas sí quiero.

—¿Y eso de que no quieres agobiarme? —susurró.

—Tienes razón. Te lo preguntaré mañana.

Sonrió. —Eres igual que Carol.

—Si te refieres a que haré lo que sea, sí. Ahora cierra esos preciosos ojitos y duerme un poco.

—Pero tengo las novelas de Lucinda.

Él apartó la tablet. —Y no se irán a ningún sitio.

—¿Irás buscando la documentación que necesitamos?

—Lo tendrás todo listo para cuando salgas del hospital, no te preocupes. —Se acercó y besó suavemente sus labios. —Descansa preciosa, lo que menos quiero es que te duela la cabeza.

Cerró los ojos y suspiró de gusto. —Cuando trabajo no me relajo nunca.

La observó fijamente. —Piensa que seguramente aún quedan meses para el juicio. Tienes tiempo de sobra.

Sí, aún quedaba tiempo. Tendría que volver a Nueva York primero, pero mejor no pensar en ello.

Capítulo 10

Dos semanas después Carol, Kiefer y los padres del que ya todos consideraban su prometido miraban al cirujano atentamente mientras revisaba sus cicatrices y explicaba las implicaciones que había tenido su lesión. —Así que ya ven, puede que haya algunas cosas que le cueste hacer en el futuro, la operación ha sido importante, no hace falta que les diga lo grave que ha estado.

Todos miraron hacia ella que estaba inmersa en la historia de Lucinda. Carol puso los ojos en blanco quitándole la Tablet de la mano. —¡Eh!

—Atenta —dijo entre dientes.

Bufó mirando al doctor. —Sí, lo he entendido, puede que me cueste hacer alguna cosa en el futuro. —Y por lo bajo añadió —Qué tonterías.

El médico levantó una ceja y Kiefer padre carraspeó. —¿A qué cosas se refiere?

—Puede tener dificultad para recordar ciertas cosas, para retenerlas…

—Pero si estoy bien —dijo ella como si exagerara—. A ver,

hágame preguntas. Seguro que sé más que usted. —Ya era cuestión de orgullo, la estaba dejando mal ante sus suegros. —Venga, suelte cualquier pregunta que esto es lo mío.

—Deandra, ya te he hecho mil preguntas.

—¡Y las he acertado todas! —Asombrada miró a Kiefer. —Este tío quiere volverme loca.

—Oiga, ¿ha visto algún indicio de que mi mujer no esté bien? ¿O solo nos está contando las posibles complicaciones que pueden ocurrir en el futuro?

El hombre se sonrojó. —Bueno, mi misión es asegurarme de que entienden lo que puede ocurrir.

—O puede que no ocurra nunca —dijo su suegra indignada—. ¿Pero qué quiere conseguir? ¿Que viva aterrada con la posibilidad de algo peor cuando se le olviden las llaves dentro de casa? ¡Porque a mí eso me pasa continuamente y no tengo nada en la cabeza! Marido, necesitamos otro especialista.

—Sí, Eliza. —Le miró como si fuera a enchironarle en cualquier momento. —Lo buscaremos.

El doctor Parker carraspeó. —Bueno, puede irse cuando quiera.

—¿Sin vendas? —preguntó ella ilusionada.

—Sin vendas.

Chilló de la alegría saltando de la cama y todos sonrieron por como corría hacia el baño sin darse cuenta de que se le veía el culo por la abertura de la bata. Cuando cerró la puerta Kiefer miró al doctor. —¿A qué síntomas debo estar atento en caso de

complicaciones futuras?

—Confusión, dolores de cabeza persistentes o muy intensos, que no sienta una parte de la cara. —Carol palideció. —Desmayos…

Kiefer asintió. —Gracias doctor.

Le observaron mientras se iba y Kiefer apretó los puños.

—Hijo, no te preocupes ahora está bien y puede que eso no pase nunca —dijo su padre.

—Ahora lo importante es que anímicamente esté bien —susurró Eliza.

Carol asintió. —Ha sido un trauma psicológico brutal. Ya he empezado a trabajar en ello, tranquilos.

—Más te vale que quede como antes —dijo entre dientes.

—Te la voy a dejar mucho mejor. —Orgullosa levantó la barbilla. —Ya te ha aceptado, ¿no?

—¿Y tú qué has hecho si puede saberse?

—De desagradecidos está el mundo lleno. De nada por librarte de la bruja con la que pensabas casarte y de nada por meter a Deandra en tu vida. Por cierto, de nada por…

—Déjalo ya. —Miró hacia la puerta del baño. —Nena, ¿estás bien? —dijo bien alto.

—¿Cariño?

Su voz la alertó y fue de inmediato hasta allí para abrir la puerta. Era evidente lo que había pasado porque estaba ante el espejo con los ojos llenos de lágrimas. No se había visto antes sin las vendas y se había horrorizado por su aspecto. Se acercó de inmediato. —

Nena…

—Es grotesco.

Kiefer negó con la cabeza y la abrazó. —Ahora están aún algo hinchadas, pero cuando se curen del todo no se notarán y más cuando te crezca el cabello.

—Parezco Frankenstein.

Él miró las cicatrices a ambos lados del cráneo. Las cicatrices que demostraban que le habían salvado la vida. —Yo también tengo una en la cabeza, ¿sabes? Con diez años me caí del tejado.

—Sí, y menudo susto —dijo Eliza molesta—. No se me olvidará en la vida.

—¿Ves? Y no se me nota nada.

—¿Crees que luego no se notará?

—Estoy seguro.

Se sonrojó. —Pensarás que soy tonta.

—Es lógico que te preocupe —dijo Carol acercándose con algo en la mano—. Pero hace frío y solo tienes que ponerte un gorro de lana si sales de casa, nadie lo notará.

Se apartó para mirarse al espejo y Carol se puso tras ella. —¿Sabes lo que demuestran esas cicatrices? Lo fuerte que eres. Que han intentado dañarte y has salido victoriosa. Deberías sentirte orgullosa de ellas, porque has ganado la batalla y estoy segura de que ganarás la guerra.

Las lágrimas fluyeron por sus mejillas y tensa asintió. —Por supuesto que la ganaré.

Al llegar al hall del hotel caminó de la mano de Kiefer hacia el ascensor. —He pensado que esta noche podemos cenar en la habitación y celebrar tu regreso.

Forzó una sonrisa y cuando las puertas del ascensor se abrieron, algo le impidió entrar. Kiefer tiró de su mano suavemente. —Nena, estás segura, te lo juro.

Asustada le miró a los ojos. —Quiero irme.

Él apretó los labios. —Si quieres que nos vayamos a casa de mis padres…

Negó con la cabeza. —Quiero irme a mi casa.

Se le cortó el aliento. —A Nueva York.

—Sí, cuanto antes. —Soltó su mano y se abrazó a sí misma. —Quiero irme ya.

Él miró a Carol que estaba tras ellos sin decir nada, pero asintió imperceptiblemente. —Muy bien, nena. ¿Por qué no te vas a comer algo al restaurante del hotel con Carol mientras bajo las maletas y lo preparo todo?

—¿Vienes conmigo? —preguntó esperanzada.

La besó en la sien. —Claro que sí, preciosa. Nos vendrán bien unos días solos lejos de todo esto.

—Eh, yo me voy con vosotros.

Ambos la miraron como si tuviera cuernos y molesta dijo —¿Qué? Tengo que volver al trabajo. Menos mal que tenía muchos días

libres de vacaciones.

—¿Vas a seguir trabajando en la fiscalía?

Se sonrojó ligeramente. —No he acabado mi estudio.

Furiosa miró a Kiefer. —Nena, seguro que es el estudio criminal no el tuyo.

—No, el tuyo no. Lo he dejado a un lado, no quiero que sigas dándome la paliza el resto de mi vida. Porque se nota que eres de las pesaditas.

—¿Has oído eso?

Kiefer sonrió. —Sí, nena, lo he oído. Ignórala. Carol llévala a comer algo y deja de molestarla.

—Claro, primo.

—Hablo en serio, cuídala.

Entró en el ascensor y le dio al botón del último piso. Le guiñó un ojo a Deandra antes de que se cerraran las puertas.

—Hablo en serio, cuídala —dijo su prima con burla antes de cogerla del brazo—. Vamos a comer. ¿Una copita de champán?

—¿Qué tal un poco de agua?

—¿Agua de aguafiestas?

—Ja, ja.

—Estoy muerta de hambre.

—Va a venir —dijo por lo bajo.

—Cuando dijo que hará lo que sea para enamorarte no bromeaba.

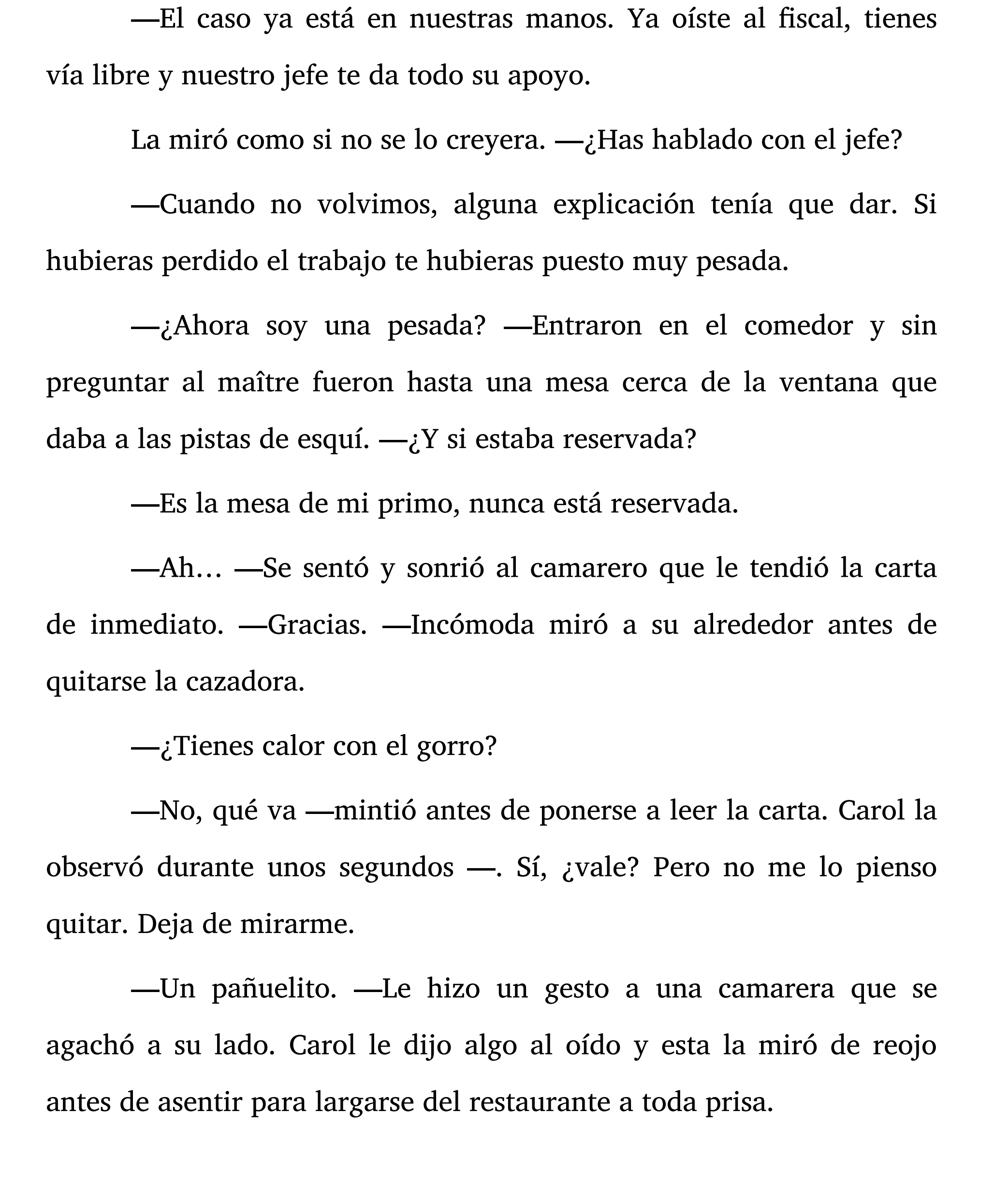
Se sonrojó de gusto. —Todo esto está siendo una locura.

—Estos días en Nueva York os vendrán bien.

—Pero, ¿y su hotel?

—Tiene un director muy eficiente.

—El caso…



—El caso ya está en nuestras manos. Ya oíste al fiscal, tienes vía libre y nuestro jefe te da todo su apoyo.

La miró como si no se lo creyera. —¿Has hablado con el jefe?

—Cuando no volvimos, alguna explicación tenía que dar. Si hubieras perdido el trabajo te hubieras puesto muy pesada.

—¿Ahora soy una pesada? —Entraron en el comedor y sin preguntar al maître fueron hasta una mesa cerca de la ventana que daba a las pistas de esquí. —¿Y si estaba reservada?

—Es la mesa de mi primo, nunca está reservada.

—Ah… —Se sentó y sonrió al camarero que le tendió la carta de inmediato. —Gracias. —Incómoda miró a su alrededor antes de quitarse la cazadora.

—¿Tienes calor con el gorro?

—No, qué va —mintió antes de ponerse a leer la carta. Carol la observó durante unos segundos —. Sí, ¿vale? Pero no me lo pienso quitar. Deja de mirarme.

—Un pañuelito. —Le hizo un gesto a una camarera que se agachó a su lado. Carol le dijo algo al oído y esta la miró de reojo antes de asentir para largarse del restaurante a toda prisa.

—No me lo puedo creer —dijo entre dientes—. ¿Dónde va a ir a buscarlo?

—Pues a la tienda del hotel. Tranquila, paga tu chico. ¿Qué vas a pedir?

—Que dejes de aprovecharte de él, eso pido.

Jadeó indignada. —¿Que yo me aprovecho?

Apoyó los codos sobre la mesa. —Y no solo de él, de todos los que conoces. No sabes tener una amistad sin sacar algo a cambio, ¿no es cierto?

Carol palideció. —¿Eso piensas de mí?

—Eso es lo que me has demostrado todo este tiempo. Te has aprovechado de mí, de Stephen, de todos los de la fiscalía con esos estudios tuyos, te aprovechas del hotel de tu primo, haces que te proteja, como supongo que también te protegen tus padres. Por lo tanto, también te aprovechas de ellos.

—Insinúas que soy como una sanguijuela.

—¿Prefieres remora? ¿Cómo de grande es tu ventosa, Carol?

Entrecerró los ojos. —¿Estás de mal humor?

—Intentaré ayudaros en lo que ha ocurrido porque soy la más interesada en que el capullo de tu novio se pase en prisión el resto de su vida, pero voy a advertirte algo, vuelve a utilizarme, vuelve a intentar aprovecharte de mí o de Kiefer y te pienso dejar a la altura del betún, ¿me has entendido, amiga?

Bufó mirando la carta de nuevo. —Sí que estás de mala leche. Come algo a ver si se te pasa.

La camarera llegó en ese momento y puso sobre la mesa una caja primorosamente envuelta. —Gracias.

—De nada —dijo con una suave sonrisa en el rostro.

—¿No lo devuelves? —preguntó su amiga con ironía.

Se levantó cogiendo la caja. —Te libras porque tengo calor, que si no…

—Ya, ya, ¿espaguetis a la boloñesa? Aquí los hacen de muerte.

—Vale. —Fue hasta el hall y buscó los baños para ponérselo. Al entrar se aseguró mirando por debajo de las puertas que no había nadie y abrió la caja a toda prisa. Lo levantó y suspiró porque era de seda con unos colores azules preciosos. Vigilando la puerta por el rabillo del ojo, se quitó el gorro a toda prisa y se lo puso atándoselo tras la oreja. —Podría ser peor. —Tiró la caja al cubo de la basura y salió del baño. Entonces se dio cuenta de que se había dejado el gorro dentro y se iba a volver cuando vio a un hombre salir de detrás del mostrador de recepción con un traje azul y unas zapatillas de deporte. Su corazón se aceleró al ver la raya azul que recorría el costado del pie y sin poder creérselo las siguió con la mirada mientras se alejaban por un pasillo.

En ese momento Kiefer salió del ascensor y al verla se acercó con una sonrisa. —Nena, ese pañuelo te queda de lo más elegante.

Deandra no reaccionó y él perdió la sonrisa poco a poco. —¿Nena?

Sin poder evitarlo miró sus pies, llevaba unas botas negras. —Deandra, ¿qué pasa?

—Tienes unas deportivas con una raya azul, ¿no es cierto? —preguntó casi sin aliento.

—Sí. —Frunció el ceño. —Las tengo en mi vestidor. ¿Por qué me preguntas eso?

—¿David también tenía unas?

—No que yo sepa. —Deandra perdió del todo el color de la cara. —Preciosa, ¿qué ocurre?

—No me acordé de ellas hasta que las he visto. No fue él —dijo sin aliento.

—¿Qué?

—Él no me hizo esto.

Kiefer la cogió de la cintura y la metió en el baño. —¿De qué hablas?

—¡El que casi me mata tenía esas zapatillas con la raya azul! ¡Las vi mientras me pegaba!

Él separó los labios de la impresión. —Por eso me tenías miedo.

Deandra asustada asintió. —Sí, creo que esa es la razón.

Kiefer se apartó llevándose las manos a la cabeza. —Dios mío.

—¿Qué?

—La última vez que estuve en Atlanta me compré unas, como era el cumpleaños de Barry le compré otras iguales porque sabía que le gustarían.

—¿Barry?

—El director del hotel.

No entendía nada. —¿Crees que David puede tener unas iguales?

—No lo creo, era un modelo bastante exclusivo. Recuerdo que el chico que me atendió me dijo que solo se habían hecho cien pares y solo las vendían en esa tienda y online.

Le miró horrorizada. —¿Cuánto te costaron las zapatillas?

—Por la cara que pones creo que es mejor no decírtelo. —Le fulminó con la mirada. —Dos mil dólares el par.

—¿Estás loco? —preguntó indignada. La puerta se abrió mostrando a una joven vestida con un traje de esquí rosa—. Busca otro baño, guapa, que estoy echándole la bronca a mi novio.

—Sí, son una pesadez—dijo antes de irse.

—¿Dos mil dólares? —gritó sacando todo lo que llevaba dentro.

—¡Fueron un capricho!

—¿Como yo?

—Nena céntrate, ¿me estás diciendo que el director de mi hotel te hizo eso?

—¡Te estoy diciendo que me hizo esto y ha conseguido que acusen a David o son cómplices!

Dio un paso atrás de la impresión. —¿Por qué iba a hacer algo así? ¡Si no te conoce de nada!

—¿A qué tenía acceso David exactamente?

—Ayudaba en la administración del hotel de mis tíos, nos lleva la contabilidad de la familia, también nos asesoraba en temas legales, contratos y eso. De hecho, se encargó de la última publicación de tía

Lucinda, negoció el contrato y le sacó mucho más dinero.

—Del que sacaría tajada, estoy segura.

—La auditoría aún está en pañales. Somos muchos y todos con negocios bastante prósperos. He puesto a dos personas a trabajar en ello, pero queda mucho por delante.

—¿Han empezado con este hotel?

—Nena, no administraba mi hotel. Eso lo hago yo o Barry cuando estoy ausente. Si estoy aquí cada factura tiene que pasar por mis manos.

—Así que no hay conexión económica entre ellos.

—De hecho, se caen fatal. Hace un año en la fiesta del cumpleaños de mi padre casi se enfrentaron a puñetazos por… —Se quedó sin aliento. —Por Carol.

—Tu prima empieza a caerme muy gorda.

—Espera nena, déjame pensar. —Se paseó por el baño. —Siempre he creído que Barry estaba medio enamorado de Carol. Varias veces ha demostrado su desprecio hacia David y una vez me dijo que no se la merecía.

—¿Qué pasó en aquella fiesta?

—Bailó con ella, eso es lo que vi, no sé realmente lo que ocurrió, yo estaba ocupado con los invitados.

—¿No le preguntaste a Carol?

—No, creí que había sido un ataque de celos de David porque habían bailado juntos.

—¿Quién es David? Cuéntame algo sobre cómo llegó a vuestra

vida aparte de que su padre es el médico del pueblo.

—Tiene cuatro años menos que yo y era buen amigo de otro de mis primos, Marc. Empezó a salir con Carol cuando ella estaba en el instituto. Bueno, el hecho es que cuando David terminó la carrera de derecho vino a trabajar conmigo a Nueva York.

—Y descubrió tu secreto.

—Juró que no diría nada y le creí, pero cuando se lo dijo a Melissa Roberts no me lo podía creer. Me expuso por hacerse el importante. El ayudante del hombre más laureado del momento.

—¿Qué hizo Melissa, te amenazó?

—Con que me largara de la ciudad. Odiaba que yo que prácticamente era un recién llegado hubiera conseguido ganar un caso histórico. Estoy harta de ver tu cara en los periódicos, eso dijo. Ahora la mía sale menos y es culpa tuya. Me dijo que si me largaba se olvidaría del asunto. Que si no lo hacía, me destrozaría hasta tal punto que nunca volvería a ejercer.

—Melissa no es tonta, sabría que si te denunciaba se volvería la odiada de América porque los afectados tendrían que devolver el dinero. Imagínate sus dramas y la culpable sería ella. Es más, aunque te denunciara de manera anónima, se necesitaría algo para que la policía investigara y ella no tenía nada. Solo David puede hundirte porque podría dar detalles de los documentos.

Impresionado se llevó las manos a la cabeza. —¡Joder! ¿Me estás diciendo que renuncié a mi carrera por nada?

—No cielo, por nada no, por proteger lo que habías conseguido

para todas esas familias.

Kiefer se pasó la mano por los ojos como si estuviera agotado, pero no podían dejarlo ahora. —¿No notaste nada raro en David?

Negó con la cabeza. —Desde que Carol se fue estaba algo preocupado, pero jamás me pareció un maltratador o algo así.

—¿Cuando llegó de aquel viaje a Nueva York tú notaste algo?

—No, nada en absoluto aparte de que estaba muy contento porque había pasado varios días con ella.

—Esa personalidad no cuadra con alguien que luego roba a la familia, ¿no crees?

—Ya no sé qué pensar, nena. Sabes que los maltratadores no suelen mostrarse tal y como son a la familia.

—He conocido mucha mala gente en mi trabajo y visto todo con perspectiva David jamás me pareció alguien peligroso ni sibilino. Por Dios, en aquel coche David era el perrito faldero de Carol. Hablaba cuando ella quería y tu prima le cortaba cuando le daba la gana. ¿Crees que esa mujer se sentía intimidada por él?

—Nunca lo hubiera pensado hasta que vi las pruebas de las cámaras de videovigilancia.

—Que mostraban a David pasando cerca del almacén. ¿El almacén no tiene cámaras con todo el dinero que tienes allí invertido?

—Sí, pero solo se ve una figura difusa. La cámara no estaba bien y no enfocaba con claridad.

—¿Qué casualidad no?

—Nena, ¿estás pensando que todo fue orquestado por mi prima

y el director de mi hotel? Esto es una locura.

—Solo sé que ese Barry lleva las zapatillas de deporte que llevaba el tipo que me atacó! ¡O fuiste tú o fue él!

—Él.

—Pues eso.

Fue hasta la puerta y al abrirla allí estaba Carol. —Se te enfrían los espaguetis.

—Mira tú quien estaba tras la puerta escuchando. —La agarró por el cabello y la metió en el baño. —Ya es hora de que nos des respuestas, guapa.

—¡Ay, ay!

La empujó contra la pared. —Y como no hables, te mato.

—¿Qué haces? ¿Estás loca?

Soltó su cabello y se alejó para mirarla bien. Kiefer se puso tras ella. —Prima, te juro que ya he perdido la paciencia contigo.

—¡No sé de qué habláis! ¡Por qué estáis tan cabreados!

Parecía sincera, pero Deandra ya no se fiaba de nada ni de nadie. —Me rindo. Me largo de aquí.

—¡Nena, tenemos que descubrir qué está pasando!

—¿Qué está pasando? —gritó perdiendo los nervios—. ¡Qué esta hija de su madre no ha hecho más que jugar conmigo! ¡Qué casi me matan y que estoy harta! ¡Eso es lo que pasa!

—Y te juro que lo comprendo, pero tenemos que descubrir si David es el verdadero culpable de lo que te ocurrió.

Carol palideció. —¿Qué? ¿Pero qué disparates estás diciendo? Claro que es el culpable. —Agarró del brazo a su primo. —¡No podéis dejarle libre ahora! ¡Me matará cuando salga! —Parecía que su miedo era genuino y ambos dudaron. —¿Pero qué os pasa?

—Nena, me parece que no ha oído nada.

—Yo no las tengo todas conmigo, la verdad.

Su prima dejó caer los brazos soltando a Kiefer. —¿Qué me he perdido para que hayáis cambiado de opinión?

—Las zapatillas de deporte.

—¿Qué?

—Las zapatillas que David no tiene y que llevaba el hombre que casi me mata.

—Barry tiene unas, son iguales que las mías. Por eso Deandra me tenía miedo.

—¿Y si David te las cogió o…?

Negó con la cabeza. —Las llevaba puestas ese día, no pudo cogerlas nadie. Sabes que por el hotel me quito las botas si no tengo pensado salir.

—¿Barry? —dijo incrédula—. ¿Por qué? Si no la conoce de nada.

—Eso sería una buena coartada, ¿no crees? —preguntó Deandra entrecerrando los ojos.

—No hay motivo no hay causa. —Kiefer juró por lo bajo. —¡Pero tiene que haber un motivo!

—Eso es lo que tenemos que descubrir. Necesito leer otra vez el

dosier del caso.

Capítulo 11

Estaba tan alterada por lo de las zapatillas de Barry, que entrar en el salón de la casa de Kiefer ni la afectó. —Está encima de la mesa del comedor, nena —dijo él mirándola preocupado.

A toda prisa fue hasta allí para ver un montón de libros de derecho y papeles sobre la mesa. —Has estado trabajando.

—Y he conseguido lo que necesitábamos.

Sonrió cogiendo el expediente y sentándose en una de las sillas. —Gracias.

—No hace falta que me des las gracias.

—Oh, por Dios ¿queréis ir al grano?

Ambos la miraron como si quisieran soltarle cuatro gritos. —¡No sé la vuestra, pero mi vida pende de un hilo como David salga de prisión! ¡Así que perdonadme si estoy un poco de los nervios, leche!

Decidió ignorarla y concentrarse en el expediente. Ese sí que tenía sus fotos y su rostro no solo era grotesco como decía Carol, si no supiera que era ella no se reconocería con toda la cara amoratada. Decidió pasar las fotos y los primos se miraron apretando los labios. Fue directamente a las pruebas periciales. Sangre en las perneras del

pantalón y en una camiseta. Se salpicó al golpearla. Separó los labios de la impresión. Sus ojos brillaron de la ilusión y miró a Kiefer. —¿Tienes las zapatillas?

—Sí, claro.

—Bien, las necesitamos. Vamos a sustituirlas.

—¿Qué?

—Necesitamos las de Barry para saber si tienen restos de sangre. Manchó los pantalones, las zapatillas deben tener ADN.

—Las habrá lavado —dijo Carol.

—¿Unas zapatillas tan caras? ¿Que además debía dejar ver a su jefe de vez en cuando para que supiera que le encantaban? ¿No es lo que haría cualquiera cuando tu jefe te regala algo? No se arriesgaría a estropearlas.

—Crees que les pasó un paño y listo.

—O simplemente se limpiaron al hundirlas en la nieve. Si fue él, cogió la ropa de David para venir hasta aquí y después dejó la ropa en su habitación para que le pillaran a él. No lo sé. O igual eran cómplices, no pienso descartar ninguna opción. De momento lo que tenemos que averiguar es si esas zapatillas tienen mi ADN por algún sitio.

Kiefer asintió y yendo hacia la habitación dijo —Menos mal que tenemos la misma talla.

—Sí, eso es una suerte.

—¿Y si tienen ADN tuyo? —preguntó Carol sentándose a su lado.

—Tengan o no el ADN, yo ya sé que es culpable —dijo muy seria—. Porque Kiefer estaba contigo, ¿no?

—Sí, sí…

Kiefer que salía de la habitación con las zapatillas en la mano, se detuvo en seco. —¿Aún dudas de mí, mujer?

—¡Si te hubieran abierto la cabeza, tú también dudarías, pesado! —Siguió leyendo el expediente mientras Kiefer se acercaba con ellas en la mano.

—Cómplices —dijo Carol pensativa antes de negar con la cabeza—. Si se llevaban fatal. David no le podía ni ver. Siempre le estaba criticando por su manera de dirigir el hotel.

—Cosas más raras se han visto —dijo distraída volviendo la hoja. Al llegar a una de las declaraciones de las empleadas de la limpieza se le cortó el aliento—. Dios mío.

—¿Qué? —Kiefer se acercó para mirar sobre su hombro. —Alice vio a David en las escaleras y él le preguntó por mí. Le dijo que estaba en mi habitación…

Ilusionada le miró a los ojos. —¿Sabes lo que significa?

—¡Qué David salió de la habitación que compartía con Carol con intención de venir aquí, pero al enterarse de que yo estaba contigo, tuvo que buscar una distracción! ¡Bajó al almacén y tiró el champán! ¡Pensaba que yo aún estaba contigo, pero yo ya estaba con Carol!

—Y ese fue el momento en el que Barry me atacó.

—Pero se ve a David entrando en la habitación —dijo Carol

pálida.

—Veamos las imágenes.

Kiefer volvió un portátil que había sobre la mesa y mostró el archivo. —Estos son todos los videos que había.

—Necesitamos otro monitor para comparar los tiempos.

Su hombre entrecerró los ojos. —Vamos a la sala de seguridad. Allí hay ocho monitores que controlan el hotel.

Se levantó de inmediato y al ver que Carol no se levantaba preguntó —¿No vienes?

Negó con la cabeza mirando el suelo. —No, id vosotros.

Kiefer con desconfianza dijo —Vendrás con nosotros, quizás puedas aportar algo que nosotros no veamos.

Se levantó a regañadientes y fue hasta la puerta. —¿Por qué no dices que no quieres que me quede sola en tu piso porque temes que le haga algo a las zapatillas o a todo el trabajo que has hecho?

—Porque no quería avergonzarte —dijo fríamente—. No creas que todo lo ocurrido no hubiera pasado sin tus tejemanejes. Estoy seguro de que algo tienes que ver en todo esto, aunque Barry es el culpable.

Al ver como Carol volvía su rostro, miró hacia un espejo de la pared para ver lo dolida que estaba. Era cierto eso de que el infierno estaba empedrado de buenas intenciones. Intentaba no llorar con todas sus fuerzas y no pudo evitar que le diera algo de pena. Era evidente que la relación con su primo se había resentido aún más desde su llegada y fue cuando se dio cuenta de que Carol la había

engañado por él, por darle la novia que le había robado y por lo que se había enturbiado su relación. Ella solo quería que todo volviera a ser como antes, pero las circunstancias con David lo habían fastidiado todo. Entraron en el ascensor y Deandra la miró de reojo. —Gracias.

Carol sorprendida la miró. —¿Qué?

—Gracias por traerme aquí.

—Nena, ¿pero qué dices?

Ignorándole sonrió débilmente a Carol. —La verdad es que tienes ojo para ser casamentera.

—¿Verdad que sí? Sabía que erais el uno para el otro.

Le dio un codazo a Kiefer. —Dale las gracias —dijo entre dientes. Él gruñó mirando las luces del ascensor y Deandra jadeó —¿No le agradeces haberme conocido?

—Preciosa, ¿tengo que llevarte al hospital o algo así? ¿Estás desvariando? Si te trajo aquí fue para sonsacarme lo que había ocurrido en Nueva York. ¡Eso sin mencionar que ella le acicateó para que fuera a enfrentarse contigo!

—¡Pero no esperaba lo que pasó!

—No, eso no lo tenía previsto. Y si fue Barry mucho menos —dijo altanera—. ¡Yo no tengo la culpa de que la gente haya perdido la cabeza!

—Es cuestión de opiniones.

—Y dale. Tú me comprendes, ¿verdad Deandra?

—Claro que sí, eres tan víctima como yo.

Las puertas se abrieron y ambas salieron con la cabeza muy

alta. —Increíble —dijo él por lo bajo antes de seguirlas. —Hace cinco minutos quería estrangularla en el baño y ahora son amigas del alma.

Ambas se volvieron para fulminarle con la mirada y Kiefer levantó ambas manos en son de paz. —Entiendo, son cosas de amigas y no tengo por qué meterme.

—Tú lo has dicho —dijeron a la vez antes de volverse—. Hombres, siempre fastidiándolo todo —añadió Carol.

—Qué razón tienes.

En ese momento pasó un hombre ante ellas que les saludó con la cabeza. Carol sonrió tímidamente y se lo quedó mirando mientras se alejaba. Cuando se metió en el restaurante su amiga suspiró.

—¿Quién es?

Carol se detuvo sorprendida. —¿No lo sabes? El hombre que te salvó la vida.

Confundida miró a Kiefer. —Es Logan, el guardabosques que te encontró.

Se llevó la mano al pecho. —Oh, tengo que darle las gracias. ¿Qué habrá pensado...?

—Que no le conoces, seguramente.

—Por tu culpa, ¿cómo no me dices nada? —preguntó asombrada.

—Íbamos a lo que íbamos.

—¡Pues ahora vamos a otra cosa, le debo la vida! —Mosqueadísima fue hasta el restaurante y le vio sentado en una mesa solo mirando la montaña. Se acercó a él que al darse cuenta de que se

aproximaba miró hacia ella y se levantó de inmediato mostrando su camisa verde con el logo de la montaña en el antebrazo. —Disculpa que antes no te saludara, no sabía quién eras.

—No pasa nada. Ha sido una situación muy difícil, tampoco quería recordártela.

—Qué considerado. No sé cómo agradecerte que me hayas salvado la vida, te debo tanto… Si puedo hacer algo por ti…

—No es necesario —dijo con una agradable sonrisa.

—¡Ya lo sé! —Cogió a su prima política por el brazo y la adelantó. —¡Ella se encargará de pagar mi deuda!

Logan parpadeó. —¿Perdón?

—Cuando se debe la vida, hay que sacrificar el tiempo que haga falta hasta devolver el favor. Mi prima lo hará por mí, ¿no es cierto?

Carol asintió. —Sí, claro. Yo me ofrezco para lo que sea.

Logan no se lo podía creer y Kiefer intentó retener la risa por la cara que ponía. Deandra le dio un codazo. —Bueno, nosotros nos vamos. Carol, ¿por qué no comes con él para que no lo haga solo?

—Estupendo. —Carol se sentó antes de que él pudiera abrir la boca. —Los espaguetis están buenísimos.

—Eso pensaba pedir —dijo sorprendido.

Carol sonrió de oreja a oreja. —Guapo y con gusto. ¿Qué tal con aquella novieta que tenías? ¿Jennifer?

—Hace mucho que no nos vemos.

—Qué pena —dijo como si le importara un pito, aunque en

realidad estaba loca de contenta.

Kiefer la cogió de la mano volviéndola. —Vamos preciosa, tenemos cosas que hacer…

—Que rabia, me lo voy a perder —dijo por lo bajo.

—¿Le acabas de buscar novio a mi prima?

—Yo devuelvo los favores —dijo por lo bajo—. Aunque creo que ella ha salido ganando.

Se detuvo en seco. —¿Nena? No tiene gracia.

Ante los monitores sincronizados, Deandra se inclinó hacia delante apoyando los antebrazos sobre la mesa. Estaban en la imagen la puerta de la casa de Kiefer, el hall del hotel, el pasillo de la bodega, el pasillo de la habitación de Carol y la entrada trasera del hotel.

—Muy bien, George —dijo Kiefer al hombre de seguridad—. Puedes ir a tomar un café. Diles de mi parte que te pongan un buen pedazo de tarta.

—Gracias, jefe. —El hombre que debía tener sus sesenta añitos casi salió corriendo haciendo temblar su enorme barriga.

En cuanto se fue ella dijo —¿Esa es toda tu seguridad en el hotel?

—Nena, normalmente no pasa nada. Casi se desmaya cuando se enteró de lo que te había ocurrido.

—No dirá nada al director, ¿no?

—No, ya está advertido, y no tiene un pelo de tonto, no querría llevarse mal conmigo.

—Perfecto. —Se centró en los monitores de nuevo. —Diez y veintiséis. Vamos a allá.

Kiefer dio al botón poniendo todos los monitores en marcha. Carol salió de la habitación y casi corriendo fue hasta el ascensor. —Se la ve algo nerviosa, ¿no? —dijo divertida.

—Nena, esa broma dejó de tener gracia cuando desapareciste.

Hizo una mueca. Su mirada pasó al otro monitor. —Bien… Ahí está. Va hacia su habitación.

—Vamos Barry, ¿dónde estás…? —dijo Kiefer mirando los demás monitores.

—Ahí sales tú nueve minutos después. —El Kiefer de la imagen fue hasta el ascensor. Se tensó al ver las zapatillas.

—Y ahí sale David.

Al ver su rostro Deandra entrecerró los ojos. —Está cabreado.

—Sí, nena…

—Y baja por las escaleras. Mira, Carol salió casi detrás de él.

—Si quería ver el espectáculo y dejarle en evidencia tenía que seguirle. Ahí llego yo en el ascensor y me la encuentro en el pasillo.

Se vio en la imagen como ella impaciente miraba hacia el ascensor mientras Kiefer no dejaba de pegar gritos. Era evidente que quería seguir a David, pero Kiefer la cogió por el brazo para llevarla hasta su habitación donde le echaría la bronca.

Deandra no dejó de mirar el pasillo de la bodega. —Aquí algo

no cuadra.

—Estaba pensando lo mismo, nena.

Vieron como dos minutos después David iba por el pasillo y Kiefer se tensó. —Hostia…

—¿Qué?

—Me acabo de dar cuenta de una cosa nena, ¿cómo entró en la bodega?

—¿Qué?

—El almacén está cerrado con llave y David no la tiene.

Le miró. —¿Y lo dices ahora?

—¡Joder, me acabo de acordar!

—¿Quién la tiene?

—Barry, el maître y yo.

—¿Las cajas se cayeron solas? ¡Porque a Barry no se le ve por ahí! —Él negó con la cabeza sin tener la respuesta. —¿Entonces a dónde iba David?

Miraron los monitores y le vieron en el hall. —Ahí está.

—Salió del hotel… —Vieron como corría hacia un cuatro por cuatro aparcado y cogía algo de la guantera. —¿Un arma? ¿Iba a amenazarme con un arma? Este es idiota —dijo entre dientes—. Apuntar con un arma a un fiscal.

—Sí, nena. ¡No puedo creer lo engañado que me tenía, si a veces parecía imbécil! —Reprimió la risa y él giró el rostro hacia ella muy lentamente. —¡No tiene gracia!

—Pringado. —Sin dejar de mirar los monitores dijo —Ahí vuelve dispuesto a luchar por su modo de vida. —Miró hacia el pasillo de la casa de Kiefer y lo señaló. —¡Mientras me están moliendo a hostias! ¿Por qué no se le ve entrar? ¡Barry no aparece por ningún sitio!

—No lo sé, nena —dijo preocupado.

Dos minutos después David sale por la puerta de las escaleras y va hacia la casa de Kiefer. Pone la mano en el panel para abrir la puerta y se detiene en seco. Ambos se acercaron a la pantalla. —¿Qué está diciendo?

—¿Qué coño? Creo que ha dicho eso antes de entrar —dijo Kiefer entre dientes.

Apoyó la espalda en el respaldo mientras David cerraba la puerta a toda prisa como si temiera que alguien lo viera. Pero apenas salió un minuto después y por supuesto su ropa no estaba manchada de sangre. —No fue él. Este fiscal es imbécil, ¿es que no se revisaron estas imágenes? —dijo entre dientes.

—Yo no estaba en ese momento, nena. Estaba en el hospital. Pero según me dijo George, el sheriff solo pidió la entrada a mi casa y al verle a él a la hora de los hechos ya no pidió más. Tenía la declaración de Carol que se lo dejaba todo muy claro y cerró el caso.

—Estupendo.

Vio en una imagen como Kiefer salía de la habitación de Carol hablando por el móvil y mucho más cabreado que antes. Suspiró esperando a ver qué hacía Carol, pero no salió de su habitación en los

siguientes minutos y David se subió al coche para largarse de allí. —No quería líos, es evidente.

Kiefer asintió antes de girar la silla hacia ella. —¿Cómo entró Barry, nena? Y sobre todo, ¿cómo te sacó?

—Sabemos por la investigación que faltaban las sábanas de la cama. Sábanas que no estaban conmigo en la montaña.

Kiefer asintió. —Te envolvió con ellas para no dejar rastro.

Ella separó los labios de la impresión. —Esas sábanas no estaban donde me encontraron, se las llevó… Me cubrió con ellas y no salimos por el pasillo. —Al mirar el resto de los monitores vio a una limpiadora que en su carrito solo llevaba sábanas limpias y toallas. —Cielo, no me digas que tienes una de esas trampillas que tira la ropa sucia directamente a la lavandería.

—Joder, sí. —Se levantó y se llevó las manos a la cabeza caminando de un lado a otro. —Cuando David entró, Barry se escondió, porque sino le hubiera delatado en su declaración a la policía. Te vio solo a ti. David se largó y Barry te envolvió en unas sábanas lo más aprisa que pudo. Temiendo que le pillaran, porque supondría que David había ido a pedir ayuda, te tiró por el hueco de la lavandería y se tiró él detrás. No te dejó allí porque tenías su ADN. Tu cuerpo era una prueba y tenía que deshacerse de ti.

—Es inteligente, de eso no hay duda, hasta limpió el escenario y para el poco tiempo que tuvo lo hizo bastante bien. ¿Pero cómo entró?

Kiefer se acercó y dio al botón para que las imágenes

retrocedieran a cámara rápida. —Apuesto a que cuando nos levantamos ya estaba en la habitación.

Capítulo 12

Sentada ante Kiefer con todos los papeles del caso ante ellos, apretó los labios apoyando la espalda en el respaldo de la silla. Él que estaba leyendo un documento suspiró. —No hay ADN suyo en la ropa, nena. Solo el de David y el tuyo. Ningún otro.

—La cogió de su habitación. David declaró que es la que se puso el día anterior. —Pensó en ello. —Debió ponerse algo debajo.

—Pero tuvo que sudar. Cargarte hasta el monte y más con los nervios de que le pillaran…

—¿Ropa interior de esa térmica?

Negó con la cabeza. —No lo sé. No lo entiendo, ¿por qué lo hizo?

Agotada cogió una patata frita de su comida casi sin tocar y la masticó sin ganas. —Nena, estás agotada. A la cama.

—Pero…

—No me discutas. —Al ver que se tensaba dijo —He revisado la habitación, aquí no hay nadie.

—Pero puede entrar cuando quiera—susurró.

—Si hago que venga el técnico para borrarle de la base de

datos, puede que se entere. Tenemos que hacer que todo va bien. —Se levantó. —Nena, no me voy a mover de tu lado.

—Soy un testigo. Aunque nadie se haya dado cuenta de su implicación, tiene que estar nervioso por si he visto algo. Y ya sabemos que es capaz de todo. Se metió en tu habitación la noche antes, vino directamente desde el restaurante donde me lo presentasteis y se escondió. —Sus ojos reflejaron su miedo. —Se quedó ahí toda la noche y no le oímos ni una sola vez.

—Lo que no entiendo es donde se escondió. Fuimos al baño, yo entré en el vestidor a la mañana siguiente para vestirme…

—¿Debajo de la cama?

—Joder, ¿por qué? ¿Por qué tú?

Se le quedó mirando. —Oyó nuestras conversaciones, todo lo que hablamos la noche anterior y esa mañana.

—Hablamos de Carol, de darle una lección con tu actuación de loca.

—Sí. Dijiste que le gustaba Carol, ¿no? ¿Y si fue por ella? Para protegerla.

—No lo creo. No sabía nada de lo que pensábamos de mi prima antes de oírnos hablar de ella, ¿por qué se metió bajo la cama? Además, lo tenía todo planeado, ya se había vestido con la ropa de David. Venía a matar. —Kiefer palideció. —Pero no venía a matarte a ti.

—¿Qué?

Juró por lo bajo levantándose y fue hasta la habitación a toda

prisa. —Joder, no sé cómo no me he dado cuenta antes.

Le siguió y vio que entraba en el vestidor apartando la alfombra para mostrar una caja fuerte en el suelo. —Cielo, ¿de qué hablas?

—Mis padres son mayores, así que en mi testamento se lo dejaba todo en usufructo hasta su fallecimiento.

Se le cortó el aliento. —¿Quién iba a heredar?

—Carol. Carol lo hereda todo.

Jadeó. —¿A pesar de tu cabreo con ella por quitarte la novia?

Hizo una mueca. —La familia es la familia y ella siempre ha sido una hermana para mí. —Sacó un montón de documentos y le mostró uno que ella cogió enseguida. Además, David y ella iban a formar una familia. Pero como sabía que llevar el hotel no formaba parte de sus planes en el futuro, me aseguré de que no tuviera que preocuparse de su dirección y dejé a cargo de eso a Barry. Y para asegurarme de que Barry aceptara el compromiso hasta su jubilación, sin desatender su trabajo porque se apoltronara en su puesto, recibiría una prima de diez mil dólares al mes siempre y cuando hubiera un treinta por ciento de beneficios que es lo que da ahora el hotel.

—Entiendo, lo dejaste todo atado para que el negocio funcionara sin ti con alguien experimentado al cargo.

—Exacto.

—¿Pero por qué quería hacerte daño cuando yo estoy contigo? ¿Por qué no hacerlo cuando estabas solo?

—¿Y si no sabía que compartías mi habitación? Habías llegado el día anterior, no nos conocíamos, eras amiga de Carol y estaba

previsto que te fueras a casa de los padres de ella, no que te quedaras en el hotel. El accidente en las montañas lo cambió todo. —Se acercó. —Además, ese día él no trabajaba.

—Por eso estabas tan preocupado por el trabajo el día en que llegamos, porque él descansaba y estabas solo para dirigir el hotel.

—Exacto.

—Leche, qué listo. Implica a David en tu asesinato y se queda con Carol y con el hotel.

—Al dormir contigo tuvo que dejarlo. No es lo mismo matar a uno que a dos, algo podría salir mal. ¿Pero por qué dañarte a ti cuando me fui de la habitación?

—Estaba ante el cristal de la ventana. Igual pensó que había visto su reflejo o que le había oído. O…

—Si íbamos en serio y yo me mantenía con vida el tiempo necesario, puede que heredaras tú como mi esposa. Si nos casábamos todo cambiaría.

—Ese día que discutí con Carol le dije que me casaría contigo. Que te llevaría de aquí.

—Pero sabía que solo querías acojonar a Carol.

—Igual eso se lo tomó en serio. Pensó en esa posibilidad y en que te escaparías entre sus dedos. —Se puso a leer el testamento y estaba a la mitad cuando escucharon un click y ambos miraron hacia la puerta del vestidor. Kiefer se incorporó de inmediato y la cogió por la cintura poniéndola tras él. —¿Cielo? —susurró asustada.

—Shusss… —Alargó la mano para apagar la luz.

—¿Hola? —Suspiró del alivio cuando reconoció la voz de Carol. —¿Dónde estáis?

Kiefer se volvió y le tapó la boca cuando iba a decir que estaban allí. Entrecerró los ojos y se acercó a su oído. —Espera, quiero comprobar algo.

De repente vieron como Carol corría hasta la cama y se agachaba para arrastrarse sobre la moqueta hasta meter medio cuerpo debajo. Deandra no salía de su asombro y más cuando salió para mover ligeramente la mesilla y sacar de detrás un cuchillo enorme. Se incorporó y miró a su alrededor antes de entrar en el baño para salir segundos después con una toalla cubriendo el cuchillo. El cuchillo con el que pensaban matar a Kiefer. Era evidente que Barry no lo llevaba aquel día cuando se iba porque en el pasillo hubiera llamado la atención con él. ¿Pero cuando se le torcieron las cosas por qué no lo había tirado con ella al contenedor de la ropa? Llegó David, tenía miedo a ser descubierto y salió de allí lo más rápido que pudo dejando el cuchillo atrás. Y su cómplice había ido a buscarlo. ¿Por qué ahora? Porque lo habían descubierto todo. Antes se sentían seguros. David estaba en prisión y aunque ella ya lo recordaba todo no había implicado a Barry.

Kiefer encendió la luz del vestidor y Carol les miró sorprendida.

—¿Qué haces, prima?

Dejó caer la toalla al suelo y la hoja del cuchillo quedó al descubierto. —Lo siento, yo…

—¡Vuelve a inventarte algo y te juro que te estrangulo con mis propias manos! —gritó Kiefer sobresaltándola.

Carol dejó salir el aire que estaba conteniendo antes de sentarse en la cama como si estuviera agotada. —Lo siento.

—Nena, llama al sheriff.

—Dios mío… —dijo Carol por lo bajo antes de cubrirse la cara con las manos—. Dios mío.

Kiefer se agachó para coger el cuchillo con la toalla sin tocar el mango. —¿Nena?

Pálida dio un paso hacia ella. —¿Por qué lo has hecho?

—¡No la escuches, siempre miente! ¡Seguro que se ha quedado con Logan para avisar a Barry de que íbamos a ver las imágenes! —Se tensó aún más y fue hasta la puerta de la habitación. —Como le hayas hecho algo a las imágenes, te mato. Preciosa, ve a ver si están todavía sobre la mesa.

—¡No le aviso de nada! —gritó Carol—. ¡Nunca lo he hecho! ¡Y te juro por mi vida que nunca quise que pasara todo esto!

—¿Qué quieres decir?

—¡Nena, no la escuches! ¡Es su cómplice, sino cómo sabía que estaba ahí ese cuchillo!

—Me lo ha dicho él, pero… —Rogó a Deandra con la mirada. —Hace diez minutos, te lo juro.

—Explícate.

—Tuve un lío con él hace dos años y pico.

Incrédula preguntó —¿Qué?

—Una noche después de cenar aquí con mis padres, esperé a David en el bar, pero me plantó. Habíamos discutido y decidió darme

una lección.

—Y la lección se la diste tú.

—La peor decisión que he tomado en mi vida. —Sollozó. —Nos veíamos a escondidas, aunque yo nunca sentí nada por él, pero me halagaba que me dijera cosas bonitas, que quisiera estar conmigo… —Se limpió las lágrimas. —David se dio cuenta de que pasaba algo. A veces no contestaba el teléfono y se ponía como loco porque ya no estaba tan pendiente de él como antes. Entonces empezaron los agarrones, los gritos... Tuve que dejarlo con Barry porque temía que David se pusiera como loco si lo descubría. Pero dio igual porque algo había cambiado en él y ya todo le molestaba. Una vez me partió el labio y fue cuando dije que me iba a Nueva York. Quise poner distancia entre nosotros porque era evidente que aquello ya no tenía futuro. Me pidió perdón mil veces, estaba muy arrepentido, se dio cuenta de que me perdía. El día en que me fui nuestra relación estaba rota y David lo sabía.

—Pero no nos dijiste nada.

—¡Trabajaba con mi familia, me sentía responsable de lo que le ocurría, le había sido infiel!

—¿Pero?

—Pero se le fue la cabeza. Ante vosotros hacía que todo iba fenomenal, pero me llamaba a todas horas, los mensajes eran cada vez más amenazantes… Me llegó a escribir que como no regresara a casa, volaba el hotel de mis padres con ellos dentro.

—¿Has guardado esos mensajes?

Se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y sacó el móvil tendiéndoselo. —Están todos grabados en una carpeta que se llama Demencia. —Pasó el dedo por el sensor para desbloquearlo.

—¿Y qué papel toma Stephen en todo esto? —preguntó Kiefer irónico.

—Me sentía sola, ¿sabes? ¡Necesitaba que alguien me comprendiera! ¡Stephen parecía el hombre perfecto, fuerte, protector! ¡Y lo era! ¡Pensaba que si David le veía se acojonaría! Creía que me daría fuerza para enfrentarme a él, para contárselo a la familia, pero…

Deandra mostró el móvil a Kiefer. —Pero David te escribió.

Kiefer asombrado leyó el móvil. —¿Amenazó con matarnos en la cena de nochebuena como no volvierais a estar juntos? ¿Por qué no lo denunciaste?

—¿Por unos mensajes? —preguntó alterada—. ¿Y qué le caería? ¿Un año como mucho? ¡No hizo nada! —La miró a ella. —Tú eres fiscal, ¿cuánto pedirías por algo así?

—Ni iría a prisión. Haría un trato con su abogado para no gastar los recursos del estado. Libertad condicional y orden de alejamiento.

—¡Qué se pasaría por el forro con tal de vengarse!

—Probablemente. Así que me pediste ayuda en el aeropuerto para que me librara de Stephen y al llegar aquí hiciste que no pasaba nada. ¿Y qué pinta Barry en todo esto?

—El día que tuviste el accidente de esquí, nos vio discutir a David y a mí en el aparcamiento. David me llevó tras el hotel y me

agarró de los brazos empujándome contra la pared. Me besó a la fuerza y se rio de mí. —Intentando no llorar continuó —Me dijo que todos los demás puede que pensaran que yo llevaba la voz cantante en nuestra relación, pero que no me olvidara de que era él quien llevaba la batuta. Se alejó y yo me puse a llorar. Cuando me calmé un poco me volví para ir hacia la entrada de empleados y allí estaba Barry observándome muy serio. No dijo ni una sola palabra y casi corriendo entré en el hotel. Cuando me amenazaste con el cuchillo, es cierto que fui a la habitación, y si se lo conté a David es porque estaba desesperada. ¡Tenía que lograr que se mostrara como era! Pero cuando me contasteis que te había atacado Barry, recordé esa mirada tras el hotel. ¡Estaba furioso! Entonces empecé a atar cabos y me temí lo peor. ¿Lo había hecho por mí? Tuve dudas, pero después de que me pillara saliendo del restaurante con Logan ya no me quedó ninguna, porque en cuanto Logan se fue me cogió por el brazo y me metió en su despacho de la planta baja. Me preguntó qué coño estaba haciendo. ¿Después de todo lo que he hecho por ti me pagas así? ¿Ahora te acuestas con Logan? Me dijo que a él no iba a tomarle el pelo, que estaba harto de esperarme. Al verle tan alterado no sé de dónde saqué la sangre fría para abrazarle y le dije, ¿lo que has hecho por mí? Me hice la sorprendida e hice que entendía de lo que me hablaba. ¿Tú le has encerrado? No dijo palabra, pero su mirada lo decía todo. Gracias, gracias. Haría lo que fuera por estar a tu lado, me dijo. Y le abracé. Él suspiró del alivio, me abrazó contra su cuerpo. Haría lo que fuera por ti. Entonces le dije que él me había demostrado lo que es el amor verdadero. Ahora tienes que demostrármelo tú a mí, preciosa. Y me

dijo que había dejado el cuchillo bajo la cama porque era tan grande que no podía esconderlo bajo la ropa. Que tenía que recuperarlo porque tenía sus huellas. Que él ya no podía entrar en tu casa después de lo sucedido, porque ahora nadie le relacionaba con el caso y si alguien le descubriera aquí levantaría sospechas. Pero que yo no levantaría ninguna. Me di cuenta de inmediato que si me negaba a ayudarle me mataría allí mismo.

—¿Por qué me eligió a mí?

—No lo sé, no hablamos de eso. Pero supongo que si lo que quería era incriminar a David, le daba igual quien fuera.

—¿El hotel no tenía nada que ver? —preguntó Kiefer.

—¿Cómo?

—Tú eres la heredera de tu primo.

Miró a Kiefer con sorpresa. —¿Qué? ¿Por qué?

—Al parecer tenía que haber elegido otro primo menos complicado.

—Eh… ¿Qué culpa tengo yo de ser un imán para los chiflados?

—Muy bien, le tenemos. —Kiefer salió de la habitación y se escuchó una detonación. Las chicas gritaron del susto.

Deandra corrió hacia el salón y vio como Kiefer caía de rodillas antes de derrumbarse sobre la alfombra. Gritó de miedo y Barry la apuntó, pero Carol se tiró sobre ella provocando que cayeran al suelo mientras la bala impactaba en la pared. Ambas se escondieron tras el sofá.

—¡Serás zorra, me has delatado! —gritó furioso.

Temblando de miedo por Kiefer ni se dio cuenta de que Barry rodeaba el sofá y que las apuntaba. —¡No! —gritó Carol cubriéndola con su cuerpo—. ¡No dirán nada!

—Y que me lo voy a creer.

Se dio cuenta de que Carol solo quería ganar tiempo. —¿Por qué a mí? —Se arrancó el pañuelo. —¿Por qué?

Barry palideció. —Nunca he tenido nada que me importara, pero ella me importa. Pensaba ir a por él, pero estabais juntos. Cuando me iba se me pasó por la cabeza que no podía desaprovechar la oportunidad de darte una lección por cómo trataste a mi chica. ¡La asustaste, lo oí en su voz! Fue cuando me di cuenta de que daba igual que fuera Kiefer o tú. ¡Solo tenía que deshacerme de David y sabía que si te mataba, sería el primer sospechoso, solo tenían que encontrar su ropa manchada con tu sangre! ¡Él debía ser el culpable!

—Pero primero me elegiste a mí porque si te quedabas con el hotel mejor, ¿no? —preguntó Kiefer con esfuerzo. Al oír el sonido de su voz, el alivio la invadió casi hasta desmayarla—. Carol sería tuya y tú dirigirías el hotel de tu mujer.

—¿El hotel? ¡El hotel me importa una mierda! —Rio. —¿De dónde has sacado eso de…? —Separó los labios de la impresión. —¿Se lo dejabas a Carol si morías? —Rio más fuerte. —Preciosa, por lo visto debí haber tenido más paciencia. —Apretó los labios. —Pero cuando vi cómo te hería… Como ese cabrón te hacía daño … —Miró a Carol con rabia. —¿Te das cuenta de lo que has hecho? —gritó furioso apuntándola de nuevo—. ¡No mereces la pena, nunca has merecido la pena! ¡Me has engañado!

Kiefer apareció tras su espalda y le agarró por el cuello cogiendo con la otra mano el brazo que tenía la pistola. Barry disparó y el cristal de la terraza estalló. Deandra gritó una y otra vez cubriéndose la cabeza. Kiefer tiró de él y ambos cayeron en la habitación. Carol se levantó a toda prisa, pero ella ni se dio cuenta porque empezó a revivir los golpes aumentando su miedo hasta convertirse en auténtico terror. Gritó una y otra vez metiendo la cabeza entre las piernas intentando protegerse de los golpes.

—¿Nena? —Kiefer se arrodilló ante ella. —Nena, ya está. Ya no te va a hacer más daño. —Intentó tocarla, pero se encogió gritando aún más.

—¡Deandra!

—¡Está en shock! —Con el teléfono al oído gritó —¡Necesito una ambulancia, varias ambulancias! —Se volvió dando la dirección del hotel. —Y a un forense. Sí, acabo de matar a un hombre.

—Nena…

La voz de Kiefer llegó hasta ella y se le cortó el aliento. —Deandra mírame, estoy bien. —Insegura apartó ligeramente los brazos para levantar la vista lo suficiente. Sí, era él. Aún temblando se tiró a él para abrazarle. —Estoy bien, nena. —Besó su cuello. —Todo irá bien.

Capítulo 13

Con la mirada perdida ante la maleta tenía uno de sus jerséis en la mano. Lentamente sacó los regalos que nunca pudo entregar a los padres de Carol. Menudas vacaciones. No iba a tomarse más vacaciones en su vida.

Kiefer llegó a la habitación y al verla apretó los labios. —Nena, acabas de salir del hospital. Ya oíste al médico cuando te dio el alta, tienes que descansar.

Miró hacia él y levantó una ceja por su cabestrillo. —A ti te han sacado una bala del hombro y ya estás trabajando.

—Estás huyendo.

Se sentó en la cama. —¿Y lo comprendes?

—Desgraciadamente sí. Demasiadas malas experiencias. Pero esperaba que el tiempo que hemos pasado juntos compensara de alguna manera todo lo ocurrido.

No quería hablar de ello, no estaba preparada para que la presionara. Cerró la maleta.

—Ya veo —dijo él.

—No puedo con esto.

—Pero…

Agarró la maleta y pasó ante él a toda prisa. —Joder nena, no te vayas así.

Se detuvo ante la puerta y sin volverse dijo —Sé que no tienes ninguna culpa, que ahora no puedes acompañarme a Nueva York después de todo lo ocurrido, que Carol te necesita porque David está de nuevo en la calle y quieres protegerla, pero no puedo quedarme aquí, lo siento. —Abrió la puerta.

—Y yo siento muchísimo no poder seguirte, cielo. No sabes cómo lo siento porque tú también me necesitas.

Reteniendo las lágrimas susurró —Yo no necesito a nadie.

Cuando salió de la habitación Kiefer fue hasta la terraza. Vio que minutos después salía del hotel y le daba la maleta al chófer que había contratado a sus espaldas. Se subió a toda prisa al coche sin mirar atrás. Huía, huía de todo lo ocurrido y era culpa suya, por todo lo que había vivido a su lado. Y para colmo mientras estaba ingresada con una crisis nerviosa él no había podido acompañarla. No le extrañaba que pensara que no necesitaba a nadie si todos los que conocía le fallaban una y otra vez.

El coche se alejó y Kiefer impotente sintió un nudo en la garganta. —Te quiero, nena.

Dos meses después.

Su ayudante abrió la puerta de su despacho sin llamar como siempre. —Tenemos media hora.

Suspiró cerrando el dossier de otro caso que tenía delante y se levantó para coger el abrigo. Se lo puso sobre su traje beige.

May cogió su maletín y metió los documentos que necesitaban.

—¿Lo tienes todo?

—Lista.

Asintió y fue hasta la puerta cogiendo el maletín de paso y May agarró la caja de cartón que ya tenían preparada. La siguió a toda prisa.

—¡Deandra!

Al oír la voz de su jefe gimió por lo bajo antes de volverse. Como suponía llevaba unos expedientes en la mano. —Estoy hasta arriba de casos.

—Lo sé, pero te necesito en esto. —Le tendió el expediente. —El caso Morrison.

Sorprendida cogió el caso. —Lo llevaba Lester.

—Nos deja, tengo que repartir sus casos entre todos. Ha recibido una oferta de Harrison and Perkins.

Hizo una mueca. —Excelente bufete.

—Y pagan mucho mejor que aquí. ¿Te encargas?

—¿De un violador en serie? Todo mío. May…

—Jefe déjelo en la caja.

Vio todos los expedientes que tenía dentro. —¿Por qué te los

llevas?

—Seis vistas de fianza y una reunión con el juez Marquez para que acepte una prueba.

—Te compensaré por esto, te lo aseguro.

—¿Vas a contratar más gente? —preguntó divertida.

—Algo así.

—Yo puedo… —Miraron a May como si tuviera cuernos. —Vale lo pillo, estoy algo verde. Pero alguna vez tendré que empezar.

—Tú observa a Deandra, es la mejor. —Su jefe se alejó sin más.

—¡Lo pillo, jefe! Por cierto, esa dieta le sienta genial. —No le hizo ni caso. —La próxima vez le convenceré.

—¿Un consejo?

—Sí, claro.

—No te dejará actuar en sala hasta que yo lo diga, así que si quieres llevar un caso algún día hazme la rosca a mí.

—¿Sabes que el azul claro te sienta de miedo?

No pudo evitar sonreír mientras entraba en el ascensor. —¿No me digas?

—Y esa falda de tubo te hace un culito muy mono. ¿Dónde la has comprado?

—May…

—¿Sí?

—Cuando me refería a hacerme la rosca, hablaba de trabajar como una descosida que no duerme, no come y que está al quite de lo

que necesito en cada momento del juicio, no para que me digas lo bien que me queda el traje, ¿comprendes?

—Oh… De todas maneras, te queda muy bien. ¿Has adelgazado?

Puso los ojos en blanco saliendo del ascensor y se chocó con alguien. —Lo siento, yo…

—¿Nena?

Se le cortó el aliento levantando la vista hacia Kiefer y él sonrió. —¿Me has echado de menos?

El vuelco al corazón ni le permitió hablar mientras May dejaba caer la mandíbula del asombro mirándole de arriba abajo. Kiefer acarició su mejilla y se dio cuenta de que era real. —¿Qué haces en Nueva York?

—Vivo aquí.

—¿Qué?

Kiefer sonrió a May. —Kiefer Morris. ¿Necesitas ayuda con eso?

Su ayudante negó con la cabeza. —¿Es tu novio?

—Sí.

—No.

Kiefer volvió la cabeza hacia ella lentamente. —¿Qué has dicho?

—Ahora tengo prisa, si me disculpas… —Se alejó de él lo más rápido que pudo y May la siguió rodeando a Kiefer.

—Carol también ha vuelto, ¿sabes?

Se detuvo en seco en medio del hall y se volvió para mirarle con horror. Kiefer sonrió. —Te envía recuerdos.

Se acercó a él furiosa. —Que ni se le ocurra volver a la fiscalía. Ahora vivo muy tranquila.

—Nena, creo que ya es tarde.

—¡No! —exclamó horrorizada—. ¿Y David?

—En prisión por desfalco en el hotel de sus padres.

—¿Cuánto tiempo?

—Diecisiete años.

—¿Diecisiete? —preguntó sorprendida—. ¿Pero cuánto robó?

—Medio millón de dólares. Pero conseguí meterle más por los malos tratos a mi prima.

—¿Conseguiste?

—Adivina qué fiscal llevó el caso.

Separó los labios de la impresión. —No.

Sonrió de oreja a oreja pulsando el botón del ascensor. —Voy a ver a nuestro jefe. Al parecer está impaciente porque me incorpore, ya tiene casos para mí. —Le guiñó un ojo antes de entrar en el ascensor. —Que tengas un buen día, preciosa.

Impresionada se quedó allí de pie mientras las puertas se cerraban y May a su lado susurró —Que tío… ¿Es tu novio?

Reaccionando la fulminó con la mirada. —¡No, no es mi novio!

May sonrió de oreja a oreja. —¿Entonces puedo pedirle una cita?

—¡Lo que me faltaba por oír! —Furiosa salió del edificio. —¡May mueve el culo!

Llegó agotada al despacho y cuando abrió la puerta un ramo de rosas enorme estaba en medio de su escritorio. Tiró el abrigo sobre la silla ante el escritorio con su maletín y se acercó a oler las rosas. Eran preciosas. —¿Te gustan?

Se volvió sorprendida y allí estaba Kiefer en mangas de camisa observándola. —Tengo el despacho de al lado. Te he oído llegar.

—Kiefer, aquí no. —Rodeó el escritorio y se sentó.

Él apretó los labios viendo cómo se quitaba el pañuelo que mostraba el cabello corto que ya cubría su cabeza. —Te ha crecido mucho. El mes que viene ya podrás quitarte el pañuelo.

Sus ojos se oscurecieron. —He conseguido con ayuda de mi jefe, que todo el mundo piense que tuve un accidente de coche, así que te agradecería que no mencionaras nada de lo que ocurrió en Idaho.

—No pensaba hacerlo.

—Estupendo.

—Nena…

—Mira, no sé qué te propones aceptando un puesto en la fiscalía, pero si crees por un momento que algo va a cambiar entre nosotros, estás de lo más equivocado. —Abrió el expediente. —Ahora si no te importa tengo mucho trabajo, mañana empiezo un juicio.

Él cerró la puerta del despacho y se acercó a la mesa. —Yo no sé muy bien qué te propones con esa negativa cuando no te he pedido nada.

Se sonrojó. —Solo quería dejar las cosas claras.

Apoyó las manos sobre la mesa. —Ahora te las voy a dejar yo. —Deandra suspiró elevando la vista hasta sus ojos. —¿Crees que he dejado todo atrás para nada? No, nena. He venido por ti, porque quiero estar contigo.

—Pero yo no quiero estar contigo, casi ni te conozco. Si sentiste algo especial por mí fue por las circunstancias y precisamente esas circunstancias son las que jamás me permitirán estar contigo. ¿Crees que cada vez que te miro no recuerdo todo lo que ocurrió? ¿En lo que tu prima me metió por puro egoísmo? ¡Jamás pensó en mis sentimientos! ¡Solo quería contentar a su primito porque le había defraudado! ¡Y con sus mentiras, con sus tejemanejes, consiguió que casi me mataran dos veces! ¡Eso sin mencionar el accidente de esquí y el de coche! ¡No quiero ni verla! ¡Y a ti tampoco!

—¿Qué he hecho yo, nena?

—Recordármelo —dijo fríamente—. ¡Si tuvieras algo de sensibilidad jamás hubieras venido, porque lucho cada maldito día para quitarme de la cabeza lo que ocurrió!

Él apretó los labios enderezándose. —Pues tendrás que superarlo de otro modo porque no pienso irme. Yo tampoco puedo olvidarte.

Salió de su despacho cerrando la puerta suavemente. Deandra

sin aliento no pudo dejar de mirarla durante varios minutos. Cuando reaccionó, miró las rosas y reprimió las lágrimas sintiendo lo mismo que aquel día, que ya no estaría sola, que realmente la quería como ella a él, pero después las dudas volvieron. Le había dicho que se iría con ella a nueva York y sin embargo en el peor momento de su vida había dejado que se fuera sola. Tanto no debía importarle. Entrecerró los ojos. Si Carol regresaba a la fiscalía es que buscaba algo y estaba segura de que su primo la ayudaría. Abrió el expediente y sonrió maliciosa. —No vais a durar mucho aquí, de eso me encargo yo.

Se levantó de su asiento. —Señoría, protesto. Está acosando al testigo.

—Señoría, dígale al fiscal lo que significa testigo hostil.

—Lo sé muy bien, señora Barnabie —dijo con burla—. Quien no lo sabe es usted porque el testigo es mío. Para que se considerara hostil debería haberlo convocado la defensa y debería negarse a contestar sus preguntas.

La abogada se sonrojó con fuerza al darse cuenta de que había metido la pata. —Señora Barnabie, ¿necesita unas clases de refuerzo en derecho? —preguntó el juez asombrado.

—Ha sido un lapsus, señoría.

—Su defendido no necesita lapsus, necesita un abogado competente. —Se puso roja como un tomate y May gimió a su lado. —Continue el interrogatorio.

Siguió preguntando y May se acercó a ella. —Hasta me da penita.

—Pues que no te dé ninguna, que cobra diez veces más que tú cuando no sabe hacer su trabajo. —Se volvió a levantar. —¡Señoría protesto, la defensa intenta que el testigo diga lo que ella quiera! ¡Esto es inaudito!

—Estoy de acuerdo. ¡Abogada, ya está bien! ¡Cómo continúe en esta dinámica la acusaré de desacato!

—No hay más preguntas, señoría. —Rabiosa volvió a su mesa y se sentó de malas maneras.

Se levantó en el acto. —Señoría, ¿me permite repreguntar dado el daño que ha intentado hacer mi colega a la declaración de mi testigo ante el jurado?

—Sea breve.

Se alejó de su silla rodeando su mesa y sonrió a la chica que incómoda se apartaba un mechón rosa del hombro. —Sheryl, nos contaste como te cruzaste con la acusada en el portal de la que entraba. Que te pareció raro porque desde el ascensor no habías oído el sonido del telefonillo cuando se abría la puerta, y que la señora Cusak cuando se cruzó contigo no tenía llaves en la mano que indicaran que ella la había abierto.

—Exactamente. Hay como diez metros desde el ascensor hasta la puerta del edificio, pero ni escuché el sonido de la puerta al abrirse desde un telefonillo ni tenía ningunas llaves en la mano.

—Lo que indica que aprovechó que el portal estaba abierto.

—Supongo que sí.

—¿La habías visto en alguna otra ocasión?

—Sí, sentada en las escaleras del edificio de enfrente. —Miró de reojo al jurado. —Como dije antes.

—Recuérdanos cuantas veces la viste.

—Al menos tres. Y en una ocasión me llamó la atención porque nevaba bastante.

—¿Sabías que su exmarido vivía en el tercer piso?

—No. No me enteré hasta que los vecinos me contaron lo que había pasado y eso fue al día siguiente porque esa noche dormí en casa de mi novio.

—¿Considerarías que acosaba a su marido?

—¡Protesto señoría, ella no es una experta para saber si le acosaba o no!

La había pillado de nuevo. Deandra sonrió mirando al juez. —¿No es una experta? Mi colega se equivoca. Sheryl, ¿puedes decirle al juez en qué trabajas?

—Soy licenciada en criminología por la universidad de Pensilvania y tengo un doctorado en conducta antisocial. Doy clases en la universidad de Columbia. Mi especialidad es dar perfiles.

—De hecho, hace cuatro años cuando salió de la universidad el FBI intentó ficharla, ¿no es cierto?

—Sí, pero rechacé el trabajo, prefiero la enseñanza.

—No admitida —dijo el juez.

—Le repetiré la pregunta. ¿Considera que la acusada acosaba a su marido?

—Sí, estoy segura de que sí —dijo la testigo casi de inmediato.

—Gracias. —Sonriendo satisfecha fue hasta su mesa y se detuvo en seco al ver que Kiefer estaba de pie al final del juzgado. Se le borró la sonrisa de golpe y dijo por lo bajo —Será posible.

—¿Qué? —preguntó May.

—Nada. Atenta al siguiente testigo, hay que sacarle miga.

Después de aplastar a su oponente y de que quedara más que claro que aquella mujer era una asesina salió del juzgado hablando con May. —Y llama al forense, quiero saber por qué todavía no han llegado esos informes.

—Sí, Deandra—dijo siguiéndola mientras apuntaba en una libreta.

—Y coge el caso Martens, lo llevarás tú.

Lo apuntó a toda prisa. —Sí, Deandra. —Entonces se detuvo en seco y la miró con los ojos como platos. —¿Yo?

—Es una prueba, estaré a tu lado por si me necesitas.

Chilló de la alegría y la abrazó. —¡Gracias, gracias!

—¿Qué celebramos?

La voz de Carol tras ella la tensó con evidencia. Mierda. Se volvió y sí, efectivamente su pesadilla estaba allí con una sonrisa de

oreja a oreja. —¿Qué haces aquí? —preguntó entre dientes.

—Amiga, cualquiera diría que no te alegras de verme. —Alargó la mano hacia May. —¿Qué tal? Soy la mejor amiga de Deandra, Carol Morris.

May encantada le dio la mano con ganas. —Es un gusto conocerte. Soy su ayudante.

—Vaya, ¿tienes ayudante?

—Cuando me incorporé el jefe decidió ponerla a mi cargo para que me ayudara.

Carol miró a May. —Espero que aprecies estar al lado de una de las mejores abogadas de la ciudad.

—Lo aprecio muchísimo —dijo encantada.

—Bien. Amiga, ¿nos vamos a comer?

Pasó a su lado para ir hacia la puerta. —¡Eh! ¡No me ignores! ¡Tenemos mesa in Il Trovatore dentro de treinta minutos! —Corrió tras ella. —¿Has vuelto a enfadarte conmigo? ¿Qué he hecho ahora?

Se detuvo en seco. —Oye, ¿no te quedó claro que no quiero tener ningún tipo de contacto contigo cuando no te cogí el teléfono las mil veces que me llamaste?

—Pero no me bloqueaste. Eso es que te interesaba saber mi interés por ti.

Asombrada parpadeó mientras Carol sonreía de oreja a oreja. —¡Y ya estoy aquí! ¡Al fin! Venga, vamos que mi primo estará esperando.

—¡Lo que me faltaba por oír!

—Oye, que mi primo no hizo nada más que quererte.

—¡Cuando quieres a alguien la apoyas! ¡Y él te apoyaba a ti! —Se volvió para salir del juzgado a toda prisa.

—Le necesitaba.

—Claro, como tú no tenías allí familia de sobra para ayudarte en tu problema con David —dijo yendo hacia la acera—. Tu tío, por ejemplo.

—Ellos no sabían ni la mitad de lo que había hecho, no quería defraudarles y…

—Y Kiefer te ayudó. Pues perfecto. —Levantó un brazo para llamar a un taxi que se detuvo ante ella. Abrió la puerta de malos modos para meterse.

—No ha dejado de pensar en ti. Ha vendido el hotel.

Se le cortó el aliento mirándola a los ojos y Carol forzó una sonrisa. —Quería que te dieras cuenta de que a partir de ahora tú serás lo más importante.

—No tenía que haberlo hecho. Yo jamás le he pedido nada y esto ya no tiene arreglo.

—No digas eso, te quiere.

Su corazón dio un vuelco. —¿Y? Ninguno de los dos os dais cuenta de que me importan una mierda vuestros sentimientos. A partir de ahora voy a pensar en mí y en lo que yo necesito. Y a vosotros os quiero fuera de mi vida.

—¡Pues ya puedes esperar sentada!

May la miró con los ojos como platos. —¡Oye bonita, ha dicho

que no, así que ya puedes largarte!

—Oye bonita, métete en tus asuntos.

—¡Ella es asunto mío!

—May métete en el coche —dijo furiosa. Su ayudante lo hizo de inmediato—. Te aconsejo que vuelvas a casa porque cuando acabe contigo no vas a volver a ejercer en tu vida. —Carol no pudo disimular su sorpresa y Deandra sonrió maliciosa. —¿No te lo esperabas? Igual al colegio de psicólogos le gustaría saber a lo que te dedicas.

—No tienes pruebas, sería tu palabra contra la mía.

—No, sería la palabra de mi psicóloga y la mía contra la tuya.

—¿Me estás poniendo los cuernos?

—Totalmente, ¿y sabes lo que me ha dicho? Que aparte a la gente dañina de mi vida privada todo lo posible para no sufrir más y es lo que pienso hacer caiga quien caiga. Te aconsejo que adviertas a ese primo tuyo porque no tendré piedad. Estoy harta de ser la estúpida de la que todos se aprovechan. —Entró en el taxi y cerró con fuerza.

Carol frustrada apretó los puños mientras el taxi se alejaba y ni sintió que su primo se ponía a su lado. —Ha ido estupendamente —dijo irónico.

—Está asimilándolo, no se lo esperaba. ¡Va a otra psicóloga!

—Pues me alegro mucho.

Carol sonrió. —Tendré que hacerle una visita para ver cómo van sus sesiones.

Capítulo 14

Sentada ante Stephanie miraba al vacío. —¿Una mala semana? —preguntó su psicóloga—. ¿Cómo se están comportando esos primos?

Chasqueó la lengua. —Me hablan de vez en cuando, pero ni les dirijo la palabra y me largo.

—¿Quién lo lleva peor? ¿Carol o Kiefer?

Entrecerró los ojos. —Kiefer. Se frustra porque no le respondo. Ayer se presentó en el juzgado de nuevo y al salir me siguió. May tuvo que amenazarle con denunciar su acoso a la policía.

—¿Se intimidó?

—Le dijo que yo jamás le denunciaría, porque sino ya lo habría hecho y que le quería tanto que nunca le haría daño a sabiendas. Que solo necesitaba que me diera cuenta de que estaría ahí para mí, que me había defraudado y que entendía que estuviera dolida y enfadada por todo lo ocurrido, porque yo había sido la única víctima.

—¿Crees que tiene razón?

Pensando en ello negó con la cabeza. —No he sido la única víctima. Carol sufrió el acoso de David y su maltrato. Y a Kiefer le pegaron un tiro.

—Pero la que más has sufrido físicamente has sido tú.

—Ellos no fueron responsables de que Barry perdiera la cabeza, no les culpo por eso.

—Les culpas porque tú necesitabas algo que no te dieron. Apoyo y amor. No crees en su amor porque no te siguió a Nueva York.

—¡Yo necesitaba irme! ¡Desde el mismo momento que me metieron en urgencias con un ataque de nervios solo pedí irme de allí! Dos días después Kiefer se presentó en mi habitación y le rogué que nos fuéramos. Nena, no puedo irme ahora. ¿Y el hotel? ¿Y Carol? Hasta mi tío me necesita porque David ya no está. No puedo dejarles en la estacada.

—Pero a ti, la que estaba más sensible sí que te dejó ir.

—Ya me da igual. —Miró al vacío. —Estoy acostumbrada a no ser la prioridad de nadie.

—Como tus padres, como tu hermano…

Apretó los labios. —No quiero hablar de ellos. Hoy no.

—¿Por qué no?

—¡Porque ya tengo bastante con estos dos!

En ese momento la puerta se abrió y Carol sonrió. —¡Ya estamos aquí!

—Oh, qué bien —dijo su psicóloga haciendo que dejara caer la mandíbula de la impresión—. No me mires así, Carol y yo hemos decidido que lo mejor para ti es una terapia de grupo para que liméis asperezas.

—¿Que habéis decidido qué?

Kiefer sonrió sentándose a su lado y la besó en la mejilla. —Hola nena, estás preciosa.

—Oh, qué bonito —dijo la psicóloga cogiendo una silla para ponerla al lado de la suya.

—¿Ves lo que te quería decir, Stephanie? —preguntó Carol sentándose.

—Sí, ya me doy cuenta. Deandra es muy hermética con sus sentimientos. Ni te imaginas lo que me ha costado sacarle algo de ese complejo de inferioridad que tiene.

—¿Que yo tengo qué? —No salía de su asombro. —¿Y por qué hablas con ella?

—Porque es una reputadísima colega que solo quiere lo mejor para ti, Deandra —dijo como si estuviera loca.

Asombrada miró a Kiefer que hizo una mueca. —Sí, nena… Ha vuelto a las andadas, pero solo por nuestro bien, me lo ha prometido.

—Muy bien, empecemos. —Carol sonrió. —Deandra, ¿por qué no nos cuentas qué es lo que te molesta de Kiefer? Aunque todos lo sabemos, es mejor que lo expreses en voz alta.

Miró a unas y después al otro que sonreían como locos de una película de terror. —Esto es el colmo. —Se levantó cogiendo su bolso y su abrigo. —A mí no me volvéis a marear con vuestros líos.

—Es evidente que culpas a Kiefer porque no me paró los pies. Él no sabía nada.

Furiosa dio un paso hacia ella. —¡Sabía de sobra lo mentirosa que eras!

—Si mentí fue por no hacer daño, por protegerme y proteger a otros.

—¿Y te excusas en eso? ¡Casi me matan!

—Sí, y es algo que sentiré siempre, pero como dijiste una vez yo no soy responsable de lo que hagan los demás.

—¡Si crees que vas a comerme la cabeza con tu psicología barata, vas lista! ¡Me tenéis harta! ¿Queréis guerra? ¡Pues ahora vais a saber quién soy yo! —Se volvió hacia Kiefer. —Te recuerdo que tienes mucho que ocultar, cielo.

—Si hablas de Melissa ya está arreglado.

No se lo podía creer. —Mientes.

—En estos dos meses no he perdido el tiempo, te lo aseguro. Como decías, tenía mucho que ocultar. Unas fotos anónimas de ella sobornando a un par de testigos ya han sido recibidas en el colegio de abogados. No podrá ejercer nunca más. ¿Crees que alguien creería en su palabra? Yo creo que no. —Dio dos palmaditas en el asiento a su lado. —Vamos nena, tenemos que hablar, saca todo lo que llevas dentro. —No se esperaba el tortazo que le volvió la cara y Kiefer gruñó girando lentamente el rostro para mirarla a los ojos. —¿Mejor?

—No.

—La violencia no lleva a ningún sitio —dijo Carol sacándola de quicio—. Además no quieres pegarle a él, quieres pegarme a mí por complicar tu vida, por provocar sin mala intención que casi te maten. Pero no has pensado en todo lo positivo que ha salido de esto —dijo tan pancha—. Os habéis conocido, os amáis, has encontrado a tu alma

gemela. Con dificultades, sí, pero es un hecho que no podéis vivir el uno sin el otro. ¿Por qué no dices la verdad de una vez? Aquel día cuando Barry disparó no te asustaste por ti, viste que habían disparado a Kiefer y sentiste un miedo atroz. Te habías quedado sola de nuevo, le habías perdido y no pudiste con ese dolor.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No fue que se quedara en el pueblo lo que te enfadó, fue que sentiste lo que sería perderle y no quieres pasar por eso de nuevo. Porque si duele que alguien que casi no te importa te falle, te deje, que te dejara él era insoportable.

Se hizo el silencio en la habitación y Kiefer sorprendido se levantó. —Nena, estoy bien. Estoy aquí.

Rabiosa tiró el bolso al suelo con el abrigo mirando a Carol como si quisiera matarla mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. —No puedes dejarlo, ¿no? Siempre manipulando mentes, siempre retorciéndolo todo a tu conveniencia.

—Yo no gano nada de esto.

—¡Sí que ganas! ¡Gana tu maldito ego! —Carol se sonrojó. —¡Gana esa mente enferma que tienes, que no puede dejar que los demás vivan su vida como les da la gana! ¡Tú volviste loco a David y a Barry con tus maquinaciones!

—No…

—¿No? ¿Cómo era David hace diez años? ¿En qué se convirtió? ¿Seguro que tú no tuviste algo que ver? ¡Si hasta lo dijiste en el coche, le estudiaste! ¿Recuerdas que lo dijiste? ¡Tú y tus malditos estudios

que ponen patas arriba la vida de la gente! ¡Puede que antes de ese viaje a Idaho pensara que mi vida era una mierda, pero después de compartir esas increíbles vacaciones con vosotros me he dado cuenta de la suerte que tengo! ¡Al menos he vivido mi vida como me ha dado la gana sin interferencias de alguien como tú!

—Todos los que amamos interfieren en nuestras vidas.

—¿Insinúas que nadie me ha querido? —gritó fuera de sí.

—Carol, basta ya —dijo Kiefer.

—No déjala… Para qué fingir que no tiene razón. —Dio un paso amenazante hacia ella. —¿Quieres oírlo?

—Sí —dijo Carol sin dudar.

—¡No, no me querían, ninguno de ellos! Para mis padres era un cero a la izquierda porque Jonathan era el hijo perfecto. Bueno en los deportes, abierto, sociable… ¡Yo era la tímida, la que se escondía tras un libro, la que sacaba buenas notas porque no era buena en nada más! —gritó desgarrada—. ¡Ni cuando me admitieron en Harvard me felicitaron! ¿Pero sabes qué? ¡Dos años después, cuando murió mi padrastro, ese hijo perfecto no soltó una sola lágrima demostrando que era exactamente como ellos! ¡Ninguno de los dos soltaron ni una maldita lágrima! ¡Fui yo la que escogió su lápida porque les daba absolutamente igual como se enterrara! ¿Y sabes por qué lo hice? ¡Porque a pesar de todo le quería! ¡Como quería a mi madre que de manera egoísta me recriminaba cada poco que no iba a verla, que la había abandonado, como si después de ignorarme tuviera la obligación de acompañarla! —Sollozó. —¿Estaba rota porque mi hermano me dejó sola en navidades? ¡Sí! ¡Pero era una ilusión que

había montado en mi cabeza porque sabía exactamente como era! ¡Un maldito egoísta, siempre lo fue! ¡Como lo sois vosotros!

—Nena, yo te quiero, por eso lucho por ti.

Se le cortó el aliento mirándole. —Si me quieres, ¿por qué insistes? ¿Acaso no sufro ahora? —Kiefer palideció. —¿Me ves feliz? ¿Qué clase de amor es el tuyo? —preguntó con desprecio—. ¿Hasta dónde vas a llegar para salirte con la tuya? ¡Soy libre para elegir y no te quiero a mi lado! No me apoyaste cuando lo necesitaba por ayudarla a ella. —El rencor era evidente en su voz. —¿Sabes lo que sentí cuando creí que ese cerdo te había matado? ¡Lo sabes!

—Supongo que lo mismo que sentí yo al creer que te morías y seguí ahí, porque a pesar del miedo y el dolor que experimenté en aquel momento, merece la pena cada minuto que paso a tu lado.

Se quedó sin aliento porque tenía razón, pero algo le hizo decir —Es triste que a pesar de esos sentimientos que dices que tienes la eligieras a ella. ¿No te demuestra hasta qué punto te manipula? —Furiosa fue hasta la salida y se largó dando un portazo.

Stephanie se frotó las manos. —Qué bien ha ido. Se ha abierto en canal y hemos avanzado muchísimo.

Carol preocupada por su primo se adelantó. —Está dolida, tiene miedo.

Kiefer apretó los labios negando con la cabeza. —Se acabó.

—¿Qué dices? ¡No puedes rendirte ahora!

—Tiene razón, si la quisiera no le haría daño con todo esto. Me mantendré a distancia y si algún día cambia de opinión estaré ahí.

—¿Pero no te das cuenta de que es una fiscal estupenda? ¡Te haría creer que lo negro es rojo si quisiera!

—¿Cómo tú? —Kiefer fue hasta la puerta. —No quiero que la molestes más.

Cuando se quedaron solas Stephanie dijo —¿Cuál es el siguiente paso?

Entrecerró los ojos. —Será ella quien lo dé para librarse de nosotros.

Su jefe parpadeó. —¿Cómo has dicho?

—Lo que has oído. O se van ellos o me voy yo.

Tiró el bolígrafo sobre un montón de papeles y suspiró mirándola fijamente.

—No vayas de fiscal conmigo. Si no se van me iré yo. Tengo una oferta de un bufete de Los Ángeles que es de lo más sustanciosa.

—¿Tú de abogada defensora? ¡No me hagas reír, llevas esto en la sangre!

—No tengo más que decir. ¿Sí o no?

—Kiefer Morris es un gran fichaje para la fiscalía, ¡en la última semana ha cerrado dieciséis casos con buenas condenas, ahorrando un montón de dinero al contribuyente en juicios absurdos!

—¿Sí o no?

Sabía que la publicidad que le daba a la fiscalía con los casos

tan mediáticos que llevaba era una ventaja, pero no las tenía todas consigo. Kiefer y Carol tenían una reputación intachable y su familia era poderosa, sobre todo en el mundo de las leyes.

—No me hagas esto.

Se sintió decepcionada, pero no sabía de qué se extrañaba. —Recogeré mis cosas.

—No, no… —Se levantó. —Deandra, joder, ¿no te das cuenta de hasta dónde podemos llegar con vosotros en este departamento? ¿Con Carol? ¡Sus informes periciales les hunden en los juicios! ¡Seríais un equipo increíble para la fiscalía de Nueva York!

—Ese es el problema que no somos un equipo. —Fue hasta la puerta.

—Sí, ya me he dado cuenta de que desde que regresaste ya no haces equipo con nadie.

Se le cortó el aliento volviéndose. —¿Qué quieres decir?

—¿Qué quiero decir? ¡Antes de vez en cuando ibas a tomar una cerveza con alguien después del trabajo, ahora te quedas a trabajar hasta las once de la noche sin relacionarte con nadie! ¿Por qué crees que puse a May a trabajar contigo? ¡Para ver si así te relajabas un poco! ¡Te has vuelto hermética, fría y tú no eres así!

Pálida susurró —No puedo creer que hayas dicho eso simplemente para apoyar tu argumento.

—¿Te he hecho daño? —preguntó con ironía como todo un fiscal—. Pues siento abrirte los ojos. ¿Has sufrido decepciones? ¡Joder, mira las víctimas de tus casos! ¡Ellos sí que saben lo que es el

sufrimiento!

Asintió. —Al parecer lo que tengo en la cabeza no es suficiente y tengo que saber lo que es sufrir mucho más.

Su jefe palideció. —Joder, no quería decir…

—Recogeré mis cosas, ha sido un placer trabajar contigo.

Salió del despacho y se sobresaltó cuando algo golpeó la pared, pero siguió hasta su despacho y agarró la caja que ya tenía preparada para empezar a meter sus cosas. Ni escuchó como Kiefer se acercaba y la observaba desde el vano de la puerta.

—No tienes que hacer esto, ¿sabes?

Sin mirarle siguió guardando cosas. —Nena, adoras este trabajo. Cuando hablabas de él tus ojos brillaban. Es una pena que no haya vuelto a ver ese brillo en tus ojos.

Abrió un cajón para sacar más cosas y Kiefer apretó los labios. —Me iré yo.

May llegó en ese momento corriendo. —¿Os habéis enterado? ¡Le han pillado! —Miró a uno y después al otro. —¿Pero qué os pasa? ¡Han cogido al que asesinó a la señora Curtis, a sus hijos y a las otras cinco familias!

A Deandra se le cortó el aliento levantando la vista. —¿Cuándo?

—Lo acaban de decir en las noticias. Está en la comisaría, le han pillado infraganti cuando mataba a una mujer en Little Italy.

Kiefer entrecerró los ojos. —Nena, es mío.

—¡Y una mierda! ¿Para que hagas uno de tus tratos? No hay

tratos con este tío, cumplirá la pena íntegra.

—Si confiesa no irá a juicio.

—¿Sabes la cantidad de buitres que se están ofreciendo en este momento para llevar su caso con tal de tener algo de presencia en los medios de comunicación? Irá a juicio.

Su jefe apareció en ese momento. —¿Lo habéis oído?

—Lo llevo yo —dijo ella a toda prisa sonrojándose cuando su jefe levantó una ceja—. ¿Jefe?

Se cruzó de brazos. —¿Quieres este caso? Es de Romero.

—No me fastidies, jefe. ¡Ya la cagó bastante con llevar a juicio al marido que estaba de copas en un bar! ¡Todavía sale ese pobre hombre en las noticias roto de dolor porque lo ha perdido todo, incluso el trabajo por la actuación de mi colega en los medios!

Se pasó la mano por la mejilla pensando en ello. —Así que quieres este caso.

—¡Sí! —contestó ansiosa por tener un caso interesante.

—Es mucho trabajo y ya tienes bastante.

—Puedo con todo.

—Kiefer te ayudará.

—¡No!

—He dicho. ¿Quieres el caso? ¡No pienso dejar que desatiendas los otros, Kiefer será tu segundo y May vuestra ayudante!

Kiefer sonrió. —Yo no tengo problema.

No, el problema lo tenía ella que le vería hasta en la sopa. Pero

era el caso de sus sueños y todos los que estaban allí lo sabían. No podía dejar que otro llevara el caso y la fastidiara de nuevo. —Muy bien —dijo entre dientes.

Los tres sonrieron satisfechos y el jefe se frotó las manos. —Dejad bien a la fiscalía ante la prensa, chicos. Vamos a hundir a ese cabrón —dijo antes de irse.

Carol se acercó chupando una piruleta. —¿Qué pasa?

—Que tienes trabajo, eso pasa —dijo May—. Nos vamos a comisaría.

Capítulo 15

Su equipo entró en la comisaría pasando entre la prensa. —No hay comentarios todavía, chicos, veamos lo que tenemos entre manos —dijo ella mientras Kiefer abría la puerta para que pasara.

La chica de detrás del mostrador al verla dijo —Sala tres.

—Gracias Daisy. —Fue hasta las escaleras con los demás.

—Al parecer suponen que tú llevas el caso —dijo Kiefer divertido.

—Es que lo llevo yo.

Él rio por lo bajo. —Claro que sí, nena, yo solo estoy de apoyo.

Gruñó porque era evidente que lo decía con segundas. Pasaron entre las mesas y entraron en un pasillo donde había varios policías de paisano y de uniforme. Se apartaron al verla llegar y despejaron la puerta. —¿El detective Sullivan le está interrogando?

—Sí —dijo la detective Taylor mirando a Kiefer de reojo—. ¿Eres nuevo?

Kiefer sonrió alargando la mano. —Kiefer Morris.

—Un placer, me llamo Tysa.

—Un nombre precioso.

¡No se lo podía creer, estaba ligando ante sus narices! ¡El que la quería tanto! La policía soltó una risita estúpida que la sacó de quicio y gruñendo por dentro abrió la puerta. Kiefer que se dio cuenta de que no le había sentado precisamente bien se acercó para susurrar a su oído —Nena, yo solo tengo ojos para ti.

—Cierra la boca —siseó mirando hacia el cristal donde dos policías estaban ante el sospechoso. El teniente Corliss estaba allí observándoles trabajar. —¿Teniente? ¿Qué tenemos?

—Le han pillado sobre la víctima acuchillándola.

—Dios mío… —dijo May llevándose la mano al pecho.

—¿La víctima tenía hijos?

—Dos, pero afortunadamente aún siguen vivos. Precisamente uno de ellos que estaba escondido llamó a emergencias.

—¿Dónde estaba el marido?

—En el gimnasio rodeado de gente, como los demás padres en el momento de los hechos. Este al menos tendrá a los hijos para consolarse.

Miraron hacia el cristal. No se lo podía creer, era un chico de apenas veinte años con el cabello rubio que tenía una cara de inocente que no podía con ella. Unas lágrimas de ese chaval y perdería a dos del jurado al menos. —¿Ya se le ha identificado?

—No te vas a creer esto. Charles Jeremy Montgomery.

Le miró asombrada. —Dime que no es hijo del congresista Montgomery. Tiene el mismo nombre.

—Su hijo mayor. Estudia en Columbia o mejor dicho pasea los

libros porque no es precisamente un buen estudiante. Fiestas, drogas y todo lo que te puedas imaginar son sus entretenimientos favoritos. Ha sido detenido seis veces por conducir borracho y adivina…

—Su padre siempre le saca del lío.

—Exacto. A él y a sus dos hermanos que también son para darles de comer aparte. Su hermano Johnny, el pequeño de diecisiete, le rompió la nariz a una doctora cuando le escayolaba un brazo porque dijo que le había hecho daño. Eso pasó hace un mes. Desde que murió su madre estrellada contra un muro no paran de liarla.

—Está claro que es una familia con problemas —dijo Kiefer alargando la mano—. Kiefer Morris, soy fiscal.

Confundido les miró a los dos. —¿Quién lleva el caso?

—Ella.

Suspiró del alivio y Kiefer divertido levantó una ceja. —Lo siento, pero es que necesitamos a la mejor.

—Kiefer tampoco lo hace mal —dijo ella sin poder evitarlo.

—Joder, ya era hora, gente con mano dura.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó el detective Sullivan.

El detenido se puso a canturrear mirándose las uñas que aún estaban algo manchadas de sangre, aunque era evidente que se había duchado y le habían requisado la ropa que llevaba. —Ese cuento de hacerme el loco no te va a servir de nada, amigo. —El detective sonrió malicioso. —¿Qué pasa, que te funciona con tu papaíto?

Charles le fulminó con la mirada. —¿Qué has dicho de mi padre?

—¿Estás sordo? ¿Crees que él te va a sacar de esta? No, chaval, esta vez te has hundido tanto en la mierda que tu papi no podrá hacer nada por ti. Vas a ir a prisión, eso si los federales no piden pena de muerte.

—El estado de Nueva York no ha ejecutado a nadie desde mil novecientos sesenta y tres —dijo Kiefer por lo bajo. —¿Federales? ¿Qué nos hemos perdido?

Todos miraron al teniente que apretó los labios. —Creen que un caso en Florida también es suyo.

—Leche —dijo Carol.

—Si va a un juzgado federal perderemos el caso. —Deandra miró a los ojos a Kiefer. —Necesitamos ese caso de Florida antes de seguir adelante y trabajar en balde. Averigua si realmente lo hizo él o ha sido una casualidad.

—Entendido. —Kiefer salió de la sala de interrogatorios.

—¿Han avisado a los federales?

—Están de camino.

Carol observando al sujeto mientras los policías le interrogaban se cruzó de brazos. Charles o reía o se miraba las uñas canturreando. —Parece que le da igual todo, ¿no es cierto?

—¿Qué ves?

—Veo su miedo, una gota de sudor cae por su cuello cuando la temperatura de ese termostato dice que están a veinte grados. Sufre de ansiedad de manera habitual, se muerde las uñas compulsivamente. Sus pupilas, sus ojeras dicen que abusa de las drogas y mira cómo

mueve el pie adelante y atrás. —Carol entrecerró los ojos. —No, no está tan tranquilo como quiere aparentar, su cuerpo le delata. Está a punto de que empiece su síndrome de abstinencia. —Sonrió maliciosa. —Déjame pasar.

—Ni de coña —dijo el teniente—. Deje que mis hombres hagan su trabajo.

Cogió a Carol apartándola del teniente. —¿Para qué quieres pasar?

—¿No dices que manipulo a las personas? A ver si puedo manipular a este para que dé un paso en falso. Esos no están consiguiendo nada.

—No sabes los detalles del caso.

—Muéstramelos, en media hora estaré preparada. —Deandra apretó los labios. —Vamos, sabes que puedo hacerlo.

Increíblemente estaba convencida de ello. —Teniente, dele todo lo que tengan del caso.

—¿Es una broma? ¿Y quién es esta si puede saberse?

Carol sonrió. —La que te va a echar una mano.

Media hora después Carol cerró el expediente. —Dios mío, hay que tener estómago para leer esto.

—¿Estás lista?

La puerta se abrió mostrando a Kiefer con unas fotocopias en la mano. —Es nuestro, nena, el caso de Florida fue un robo fallido.

Suspiró del alivio cogiendo las fotocopias y las revisó a toda prisa. —Muy bien chicos, el caso es nuestro. Carol, ¿preparada?

—¿Qué vais a hacer?

—Vamos a dejar que Carol haga su magia. —La advirtió con la mirada. —No la cagues.

—Tranquila, sé más o menos por dónde van los tiros. —Salió de la sala y apenas dos segundos después vieron cómo se abría la puerta. —Señores, ¿nos dejan a solas un momento?

—¿Es su abogado?

—Soy de la fiscalía.

—Muy lista, no dice que es psicóloga —dijo acercándose más al cristal.

—Nena, ¿seguro que esta es buena idea?

—Por intentarlo no perdemos nada. Dejémosla que explote su mala leche con él, a ver si así me deja en paz.

Kiefer reprimió la risa. —Sigue soñando.

Le miró de reojo. —¿Te has dado por vencido con ella?

—Me he dado cuenta de que lo hizo por mi bien. —La miró como si le importara más que nada. —Y cuando te eligió a ti, dio en el clavo totalmente, preciosa.

—Céntrate —dijo entre dientes antes de mirar el cristal roja como un tomate.

—¿Sois novios? —preguntó el teniente.

—Sí —dijo May—. Aunque tienen una crisis.

—Joder, la mía con mi mujer dura ya cuarenta años. Me da pánico jubilarme.

Carol cerró la puerta cuando salieron los policías y sonrió a Charles. —Buenos días, soy Carol Morris.

—¿Y a mí qué?

—No, si ya veo que a ti te importan pocas cosas. —Se sentó ante él y cogió las fotografías apilándolas y dejándolas a un lado. —No te importa la vida de los demás, no te importan tus hermanos, ni tus amigos, ni siquiera tu padre.

—No hable de mi padre —dijo entre dientes.

—¿Por qué? —Rio. —¿Es intocable?

—¡Para ti sí, zorra! —gritó intentando intimidarla.

—Zorra… —Carol silbó burlándose de él. —¿Así te ha aprendido tu padre a tratar a las mujeres? ¿Son unas zorras?

—Vuelve a hablar de mi padre y…

—¿Qué? —dijo provocadora—. ¿Qué vas a hacerme? ¿Acuchillarme? —Se rio en su cara. —Eres patético, apuesto que tu madre pensaba que lo eras.

—Hija de puta…

—¿Qué hizo? Se fue, ¿se largó? —Entrecerró los ojos observándole. —No, tanto rencor tiene que ser por otra cosa, porque no la has matado a ella, así que… Se suicidó, ¿verdad? Perdiste tu oportunidad de poder vengarte de ella porque de repente ya no estaba.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Kiefer atónito.

—Por el informe del caso del accidente, no frenó en ningún momento —dijo May encantada.

—No soportaba vivir con vosotros. —Carol asqueada. —Pero claro, no me extraña, sois escoria. —Rio. —Un marido machista que inculcaba en sus hijos su modo de vida. ¿Y vosotros os sentíais culpables por tratarla mal? No, por supuesto que no, eso no es de hombres.

—Te juro que como no te calles…

—No me interrumpas, gusano. ¿Por dónde iba…? Ah sí, la pobre de tu madre, no tuvo otra opción, ¿no es cierto? ¿Tu padre amenazó con matarla como le dejara? ¿Por eso se suicidó?

—¡Cierra la boca! —Furioso intentó levantarse. —No la conocías, era una zorra que se acostaba con todos y mi padre siempre la consintió, incluso cuando le dejaba en ridículo ante todo el mundo.

—Ah… Así que la dominante era tu madre… ¿Por eso matas mujeres? ¿Y los niños? ¿Qué culpa tienen los niños?

Él sonrió malicioso. —Jódete.

—¿Y no preferirías joderme tú? Apuesto a que sí. Te gusta abusar de ellas. ¿Querías abusar de tu madre? —Sonrió. —¿Ella abusaba de ti?

—Hija de puta, cuando te coja…

—Eso ha dolido —dijo Deandra sin perder detalle.

—Es eso. —Carol soltó una risita. —Serás pillín. ¿Y a ti te gustaba? —Charles intentó estirar los brazos, pero las cadenas que le ataban a la mesa le impidieron tocarla, Carol ni se movió un

milímetro demostrando que no le tenía ningún miedo. —Eres patético, pensabas que era especial, pero también estaba con tus hermanos, ¿no? Por eso matas a los niños, porque nadie compite contigo. ¿Quieres matarme?

—¡Sí! —gritó lleno de odio.

Carol rio con ganas. —Yo no soy una mujer indefensa que está en su casa haciendo la cena y que no se espera que tú entres por la ventana. A mí no puedes sorprenderme con un cuchillo por la espalda ni me atarás a la cama antes de ir a por los niños y encerrarles para que oigan como abusas de mí. Mis hijos están seguros.

—Nadie está seguro.

—Pobrecito, ¿cuándo empezó todo? ¿Cuando empezaste a hacerte un hombre? ¿Ya se te empinaba con ella?

—Hija de puta.

Hizo un gesto con la mano. —Sí, ya, ya… —dijo como si estuviera aburrida—. ¿Piensas justificar tu conducta por el comportamiento de tu madre? —Se acercó demostrándole que no le tenía ningún miedo—. Eres basura, ¿cómo iba a acostarse contigo? —Los ojos de Carol brillaron de nuevo. —No te tocó nunca, ¿no es cierto? Tú querías, pero a ella le repugnabas como me repugnas a mí. Tu rabia es por eso, porque quería más a tus hermanos que a ti, como la mierda que eres. ¿Qué pasó la noche de su muerte?

—¿Qué hace? —preguntó el teniente confundido.

—Tocar todos los palos para sacarle la verdad —dijo Deandra admirada—. Sabe que la madre es la clave de todo esto y no piensa

dejarlo hasta que le destroce. —La rabia en los ojos de Charles demostraba que no iba mal encaminada.

—Era una zorra que se acostaba con todos, que dejaba en ridículo a tu padre, pero a ti ni te veía, te ignoraba. ¿Por qué no frenó esa noche? ¿Se dio cuenta de hasta qué punto ibas a destrozar la familia? —Él gritó queriendo cogerla, pero Carol se apartó a tiempo. —¡Ya veo, se dio cuenta de que habías empezado a divertirte con alguna de tus víctimas y no quería ver hasta el punto en que ibas a destrozarles a todos! ¡No pudo soportar el monstruo que tenía por hijo! Te descubrió, ¿no es cierto?

—¡Vio sangre en una de mis camisetas que había llevado a casa a lavar! ¡Me gritó que jamás debería haberme tenido! ¡Qué tenía el demonio dentro!

—¡Y se fue! ¡Y murió aquella noche porque no soportaba mirarte de nuevo!

—¡Jamás le importé, solo le importaban mis hermanos! ¡Se reía de mi padre y solo se quedaba a su lado por el qué dirán!

—¡Y las demás tenían que pagar porque ella ya no estaba para sufrir como tu querías que sufriera!

—¡Sí! ¡Las maté, las maté a todas porque eran unas putas como ella! ¡Cómo morirás tú, hija de puta! ¡Te mataré a ti y a tus hijos! ¡Les verás sufrir porque pienso despellejarlos vivos ante tus ojos!

Carol levantó una ceja. —No tengo hijos, patético cabrón.

Charles parpadeó como si le hubiera dado la sorpresa de su vida y al darse cuenta de que había sido engañado se puso como loco

gritando de todo mientras Carol sonreía de oreja a oreja y salía de la sala. Deandra y Kiefer se miraron con los ojos como platos. —Está claro que ha nacido para esto —dijo su primo.

—Sí, ha encontrado su vocación.

Carol entró en la sala loca de contenta. —Lo he hecho bien, ¿no?

—Oye maja, ¿quieres trabajo? —preguntó el teniente.

Levantó la barbilla orgullosa. —Trabajo en la fiscalía.

Sentada en su sofá leía los informes policiales de cada una de las víctimas. Carol decía que no estaba loco, que diferenciaba perfectamente lo que estaba bien o mal, pero viendo aquellas fotos sería difícil demostrarlo en un tribunal. El abogado que le habían puesto de oficio mientras su padre elegía al que llevaría el caso, quería que su confesión no fuera admitida porque no tenía asesoramiento legal en aquel momento. Al final irían a juicio, de eso estaba segura. Igual llamaba a declarar a Carol para que le sacara de quicio de nuevo ante el jurado. Recordándolo soltó una risita y en ese momento llamaron a la puerta. —Sí, ya voy… —Abrió al de la pizza y se quedó de piedra al ver allí a Kiefer con una caja en la mano. —¿Qué haces aquí?

—Trabajar —dijo como si nada entrando en su apartamento. Hizo una mueca mirando a su alrededor—. Bonito, muy bonito.

—Gracias.

Kiefer dejó la caja sobre la mesa de centro plagada de papeles. —Ya han cotejado su ADN con las pruebas de los otros casos. Positivo.

—Caso cerrado. —Se acercó a él. —¿Qué tal si mañana lo vemos en el despacho?

—Mañana tienes juicios, me lo ha dicho May.

—Pues tengo que prepararlos.

Él miró el sofá. —Creo que estabas trabajando en este. —Se quitó la chaqueta del traje y sin poder evitarlo sus ojos fueron a parar a su trasero. Dios, con traje estaba buenísimo. Kiefer se sentó. —Nena, ¿tienes por ahí una cerveza?

Gruñó yendo hacia la cocina y cuando salió le vio con una foto en las manos. —Horrible, ¿verdad?

—Jamás había hecho penal.

Le miró asombrada. —Nada de nada, ¿ni en las prácticas?

—No. —Suspiró dejando la foto ante el antes de coger la botella.

—Y no te gusta —dijo sintiéndose algo decepcionada sin poder evitarlo.

—Tratar con la escoria de la sociedad continuamente no es fácil. Hay que tener mucho estómago para soportarlo, pero joder, me encanta. —Bebió un buen trago de su cerveza y cuando tragó dijo —Jamás me había sentido tan vivo. Te hace como apreciar más la vida, ¿no crees?

Ella que ya había perdido el hilo viendo la nuez de su garganta cuando tragaba, ni escuchó la pregunta. —¿Nena?

Sorprendida le miró a los ojos. —¿Qué?

—No lo sé, dímelo tú —dijo con voz más ronca. Deandra sin poder evitarlo bajó la vista hasta sus labios y sintió que el calor la recorría de arriba abajo.

Llamaron a la puerta sobresaltándola. —¡La pizza!

Abrió a toda prisa, cogió la caja de sus manos y le cerró la puerta en las narices. —¡Gracias generosa!

—¡Ya pago el envío en la aplicación! —Se volvió roja como un tomate y Kiefer levantó una ceja. —Es cierto, ya lo he pagado.

Él miró la caja entre sus manos antes de recorrer su cuerpo cubierto con un viejo chándal hasta sus pies desnudos. —Nena, las uñas pintadas de rojo me vuelven loco.

Casi ni podía respirar. —¿De veras?

—No las llevabas así —dijo levantándose.

—Es que empieza la primavera y al ir descalza por casa… Me gusta ir descalza, ¿sabes?

Se acercó a ella. —Deja que te ayude con eso. —Agarró la caja y la tiró a un lado.

Deandra parpadeó. —¿No tienes hambre? Es familiar, hay para los dos.

—Tengo un hambre atroz, pero de otra cosa. —Apoyó la mano en la puerta y se inclinó para besar su cuello. Deandra tembló de deseo. —Te he echado de menos, preciosa.

—¿De veras?

Sus besos pasaron por su mejilla hasta llegar a sus labios y los

besó suavemente. Deandra sintió que el corazón le iba a mil. —Kiefer… —Él aprovechó para entrar en su boca y saborearla con tal pasión que dejó de pensar en nada. Su cuerpo le necesitaba y se entregó poniéndose de puntillas mientras rodeaba el cuello con sus manos. Kiefer amasó su trasero antes de meter las manos bajo la goma de sus pantalones y tirar de ellos hacia abajo con impaciencia. No le hizo esperar demasiado porque tiró de ellos con los pies sin dejar de beber de su boca.

De repente él apartó sus labios y susurró —¿Seguro que quieres es…? —No le dejó seguir porque le besó de nuevo casi subiéndose a él, así que Kiefer la cogió por el trasero elevándola para pegarla a la puerta. Sentir su sexo rozando el suyo fue tal placer que tuvo que dejar de besarle inclinando su cuello hacia atrás y Kiefer se lo besó con ansias. —Nena, esto va a ser rápido. Ya tendremos más tiempo. —Entró en ella de un solo empellón provocándole un placer tan intenso que clavó las uñas en su cuello. —Sí, preciosa… Te siento. —Se deslizó en su interior hasta casi abandonarla y ella gimió de necesidad antes de que la llenara de nuevo con tal contundencia que el placer se multiplicó volviéndola loca. Kiefer perdió el control y movió sus caderas de nuevo. Una y otra vez hasta que la tensión casi la partió en dos. —Vamos nena, córrete conmigo. —La llenó de nuevo y la liberación fue tal que se estremeció entre sus brazos sintiendo que no había nada mejor que lo que acababan de compartir.

Minutos después el besaba su cuello diciéndole que era

preciosa. Abrazada a él con la mejilla sobre su hombro se sonrojó de gusto. —Joder nena, ha sido increíble—Besó su cuello. —Y quiero repetir.

Su corazón se aceleró de nuevo. —¿Cuántas veces?

—Las suficientes para recuperar el tiempo perdido. Me da que no vas a dormir en toda la semana.

Se apartó para mirarle a los ojos. —¿Y la pizza?

—La comeremos en la cama. Te voy a enseñar cómo se come realmente.

Capítulo 16

Sonriendo radiante entró en su despacho y al ver las flores de ese día fue hasta allí a toda prisa para coger la tarjeta. “*Esta noche, cena y mucho más. Te recojo a las siete, no te distraigas con el trabajo. Te quiero, preciosa.*” Se llevó la tarjeta al pecho y acercó su nariz al capullo de la rosa. Olían de maravilla.

—Jefa…

May entró en el despacho con una carpeta. —Tenemos un problema.

—¿Qué problema?

—Quieren recusarte.

—¿Perdón? ¿En qué caso?

—En el de Charles Montgomery. Bonitas flores.

—Gracias.

—Ya lo habéis arreglado, ¿no?

—May, bonita, ¿alguna vez te he hablado de mi vida privada?

—No, pero una tiene ojos y un instinto de primera.

Carol apareció en la puerta y soltó una risita. —No te has resistido mucho, ¿no?

—¡Qué te den!

Riendo se alejó y ella gruñó por dentro. —¿Cuál es la razón de la recusación?

—Que debido al ataque que sufriste en casa de tu amante, no eres objetiva en este caso.

Palideció y Kiefer entró en el despacho. —Cielo, ¿te has enterado?

—Sí, Carol se acaba de enterar de que todos hablan de ello.

—¡Esto es ridículo! ¡Mi función es acusar!

—Nena, no te alteres, es lo que quiere.

Entrecerró los ojos. —¿Quién es el abogado defensor?

May miró el documento. —Melissa Roberts.

—Vaya, vaya. Cariño, ¿no la habías denunciado al colegio de abogados?

—Al parecer tiene más amigos de los que suponía.

—Sí, eso parece. Bueno, si quiere guerra la va a tener. Pide una audiencia con el juez Hardy. ¡Carol!

La cara de la prima de Kiefer apareció en la puerta con una sonrisa de oreja a oreja. —¿Me llamabas?

—Te vienes conmigo. Y más te vale que no la líes.

—Soy tu chica.

—Nena…

Le miró a los ojos sabiendo que Melissa podía ser muy peligrosa, sobre todo para su carrera y para toda aquella gente que

había confiado en él en el pasado. Se jugaban mucho más que trabajar en el juicio más mediático del año. —Tranquilo, deja esto en mis manos.

El juez Hardy entró en el despacho aún con la toga. —Niña, ¿son ciertos los rumores que corren por ahí?

—Algún abogado con pocos escrúpulos ha sacado a la luz esto de mi vida privada para hacerme daño, juez —dijo con una voz infantil que Carol la miró atónita.

—Mi pobre niña, cuanto sinvergüenza hay en esta profesión —dijo sentándose en su sillón de piel tras el escritorio—. Y ahora quieren recusarte.

—Cuando estoy muy bien. Acabó muerto, ¿sabe? —dijo con satisfacción—. Recibió su merecido.

—¡Eso es! ¡Habría que imponer la pena de muerte en todo el país! ¡Así se acababan las tonterías!

—En este caso se hizo justicia y justicia quiero hacer para las víctimas de Charles Montgomery.

—Cómo te entiendo. Ese es tu papel.

—Exacto, no sé por qué esa Melissa quiere recusarme cuando estoy haciendo lo que es mi obligación y el cometido que me ha designado Dios. Que paguen, que paguen todos.

—Así se habla. —Miró a Carol. —¿Y esta preciosidad quién es?

—Oh, es mi psicóloga. Porque esto he tenido que hablarlo con

alguien, como entenderá.

—Por supuesto, hay que desahogarse. ¿Y cómo está mi abogada favorita?

Carol sonrió. —Como una rosa. Ha sacado toda la rabia que lleva dentro y ahora está liberada para centrarse en su misión en la vida.

—Y que bien la cumple. Es una maravilla verla en acción y no pienso perdérmelo. —Chasqueó la lengua. —Esa Melissa Roberts no juega muy limpio, ¿no niña?

—Y que lo diga. Siempre la lía con alguno de sus trucos. Es mi deber advertirle, señoría.

—Estaré muy atento. —Sonrió como si fuera su abuelo. —Cómo me alegro de que te encuentres bien después de lo que te ocurrió.

—Gracias juez, también debo advertirle de que mi colega, intentará sacar a la luz mi relación con Kiefer Morris, hijo del expresidente del tribunal supremo.

—Niña qué buen ojo, tu suegro fue un hombre entregado a su trabajo y el chico consiguió una proeza en el mundo de las leyes.

—Pues ahora está en la fiscalía conmigo.

—¡Qué buena noticia! Estoy deseando conocerle en persona.

—Le verá en el juicio, señoría. Estaremos los dos.

Los ojos del juez brillaron como si le hubieran dado una enorme alegría. —Preveo que va a ser un proceso de lo más interesante.

—Intentaré que lo sea.

Salieron de su despacho y Kiefer se acercó de inmediato. —¿Y bien?

—Ha estado fantástica —susurró Carol excitadísima—. Le tiene comiendo de su mano y a la otra la odia a muerte.

—El juez Hardy es famoso por sus condenas contundentes. No hay nada que le aburra más que un juicio trivial. Quiere sangre entre los contendientes y Melissa me lo ha puesto a huevo. Además, soy su ojito derecho en la fiscalía, me adora. Melissa ha elegido mal a su enemiga.

Como si la hubieran invocado la susodicha apareció al final del pasillo hablando con su ayudante. —Bueno, bueno, pero mira lo que tenemos aquí. —Le hizo un gesto a su ayudante para que se alejara.

Kiefer se tensó. —Melissa, qué sorpresa.

—Sorpresa la mía, ¿el manipulador de pruebas y la víctima en entredicho? Esto va a ser oro para la prensa.

—¿Manipulador de pruebas? —preguntó ella como si no supiera nada del asunto.

—Ah, ¿no lo sabes? Aquí el famoso Morris no es tan limpio como aparenta.

—¿Como tú? —Sonriendo se acercó a ella. —Cuidado Melissa, guarda tus uñas o te aseguro que te vas a arrepentir.

—¿Me amenazas?

—Todavía tengo en mi poder cierto soborno a un juez y a un

testigo muy jugoso que hundiría tu carrera. —Melissa palideció. —No creo que tu tío, ese que dirige el colegio de abogados, pudiera hacer nada si mi testigo habla con la prensa, ¿tú qué opinas?

—Mientes, no tienes nada.

—Sabes que nunca voy de farol. ¿Quieres guerra con los Morris y conmigo? Te voy a despellejar viva. Tú a tu trabajo y nos llevaremos bien. Por cierto, no me ha recusado, así que si ibas a insistir te recomiendo que te largues.

—¿Ya le has soltado un par de lagrimitas?

—No ha sido necesario. —Dio un paso hacia ella hasta que sus caras quedaron a unos centímetros. —Mi reputación es intachable al contrario que la tuya. —Melissa se puso roja de rabia. —¿Quieres ver quién gana de las dos?

—Serás zorra.

—Te dije una vez que conmigo no se juega. Como salga algo que ensucie a Kiefer y su proceso con la compañía eléctrica, como vea un solo titular sabré que has sido tú y te juro por la tumba de mi madre que lo vas a pagar. Tendrás que irte del país porque pienso sacar toda tu mierda. Y tú estás mil veces más pringada que él o nadie que conozca. Ojito conmigo, que yo no pienso jugar limpio. —Dio un paso atrás sonriendo como si no pasara nada. —Por cierto, si crees que esta conversación se va a repetir en el futuro para que la puedas grabar, vete olvidándote. Pero olvidándote del todo. Que pases un buen día. —La rodeó. —¿Mi amor? Tengo hambre, ¿me invitas a comer en Il Trovatore?

Kiefer sonrió. —Por supuesto, cielo. Me apetece el tiramisú de postre.

Carol le hizo un dedo antes de alejarse con su familia y Melissa se les quedó mirando intentando contener la rabia. —Serán hijos de…

—Abogado, ¿algún problema?

Se volvió de golpe para ver ante ella al juez Hardy. —No, señoría.

—Le aconsejo que se dedique a su trabajo, lo de esparcir rumores dañinos no le llevará a ningún sitio. Sobre todo en mi juzgado.

Roja de rabia siseó —Como diga su señoría.

—Recuerde que tengo muchos amigos, abogada. Amigos muy influyentes. Y recuerde también que Kiefer Morris padre no está peor relacionado que yo. ¿Quiere jugar duro?

—No, señoría.

La miró fijamente. —Sé cuando alguien miente. Espero que pueda asumir las consecuencias.

Al salir del restaurante allí estaba toda la prensa y la sorpresa de Deandra fue evidente para todos. —¿Qué ocurre, chicos?

—¿Es cierto que sus lesiones se deben a que intentó matarla el director del hotel que pertenecía a Kiefer Morris? ¡Hemos leído el atestado policial! ¡No fue un accidente de coche!

Miró de reojo a Kiefer que estaba de lo más tenso, pero llegados

a ese punto solo quedaba decir la verdad. —Sí, es cierto. Si dije que había tenido un accidente durante mis vacaciones de navidad, fue para evitar precisamente esto. —Sonrió con tristeza. —Solo quiero olvidarlo.

—¿Es cierto que la atacó de nuevo? ¿Que fueron heridos y que Carol Morris apuñaló a su atacante?

Carol se sonrojó.

—La prima de Kiefer nos salvó la vida, es una heroína y siempre le estaré agradecida. —Miró a otro periodista. —¿Alguna pregunta más?

Los micros fueron a parar a Kiefer. —¿Usted fue herido en el hombro?

—Sí, pero afortunadamente todo ha terminado. Ahora si nos disculpan tenemos trabajo —dijo cogiendo a Deandra de la mano.

—¿Por eso trabaja ahora en la fiscalía? —preguntó una periodista.

—En parte y en parte porque Deandra trabaja allí y me ha ensañado lo importante que es su labor.

—¿Por eso ha vuelto? ¿Por amor?

—Por amor a mi profesión y por amor a ella. —La metió en un taxi y sonrió a la cámara antes de sentarse a su lado.

Las periodistas suspiraron. —Qué hombre.

Los titulares de que los dos fiscales más importantes de la

ciudad tenían una relación salieron en todos los periódicos de la tarde. Lo que había pasado en Idaho se contaba con pelos y señales convirtiéndoles en héroes.

Suspiró dejando el periódico sobre su mesa. —Estupendo, somos asunto de cotilleo.

—Eso dará vidilla en el juzgado —dijo Carol sin dejar de leer el que tenía en la mano.

Miró a Kiefer que no parecía nada contento. —¿Cielo?

—No sé si me gusta cómo me describen.

Carol soltó una risita antes de leer —“Alto, atractivo, inteligente y con carisma, ha entregado su corazón a una mujer totalmente a su altura y por la que lucharía con cualquiera para que se mantenga a su lado. Solo había que ver como la protegía para meterla en el taxi y que no sufriera más con los terribles recuerdos que llevará en su interior toda su vida por culpa de ese desalmado que casi la mata.”

—Gracias, cielo.

—De nada.

La puerta se abrió y los tres se tensaron al ver a su jefe. —Siento todo esto, Deandra. Te aseguro que no ha salido de mí.

—Tranquilo, jefe. Sé quien lo ha sacado a la luz.

—¿Abogado o delincuente?

—Las dos cosas.

—Quiero verle ante un juez para responder por lo que haya hecho.

Se le cortó el aliento. —Es la abogada de Charles Montgomery.

—Me da igual. Acaba con ella. Que los neoyorquinos sepan que no tenéis piedad.

En cuanto salió del despacho los tres se miraron. —Bien, ¿qué hacemos? —preguntó Carol.

—Nena, esas pruebas que tienes…

—Si las saco, revelará lo tuyo por venganza.

—Pero con tus pruebas y las mías podemos emplumarla unos cuantos años. Nadie la creerá. Tenemos que adelantarnos, no me fío de que saque la información cuando menos nos lo esperemos. Ha demostrado que no es de fiar.

—Además ella ya no tiene pruebas —dijo Carol—. Los informes antiguos han desaparecido. A David ni se le ocurriría abrir la boca sabiendo que… —Miró de reojo a Kiefer como si hubiera metido la pata. —Uy…

—Gracias prima.

—¿Qué? —Deandra se levantó. —¿Qué está pasando, Kiefer?

—Cuando me personé como fiscal en su caso, digamos que me amenazó y digamos también que no me lo tomé bien. Consiguió salir en libertad condicional porque se lo permití y recibió… Su merecido.

—Dime que no hay pruebas de eso.

—Un callejón oscuro… Una conmoción… Varias semanas en el hospital psiquiátrico del condado.

Miró a Carol. —Cosa tuya, supongo.

—Se le fue un poco la pinza. Conseguí meterle lo suficiente

para hundir su reputación por completo. Entre eso y que él fue el fiscal que le llevó a prisión, nadie se creerá nada de lo que diga. Sería evidente que quiere perjudicaros. La palabra de un maltratador que ha perdido la cabeza no vale nada.

—Bien. Pues vamos allá. —Se acercó a un archivador.

—Nena, no me digas que lo tienes ahí…

—¿Dónde guardarlo mejor que aquí? —Abrió el tercer cajón y metió la mano tocando la parte de arriba para despegar el sobre de la superficie de metal. Se lo tendió.

Kiefer lo abrió a toda prisa para ver unas fotos de Melissa en un restaurante con un hombre. —Ponme en contexto.

—Juez Lewis Johnson, jubilado el año pasado. Llevaba el caso de una de las clientas de Melissa. Una joyita que había matado a su marido por el seguro. Un millón de dólares. Ahí se ve como le pasa un sobre al juez. La mujer fue absuelta a pesar de la cantidad de pruebas que había contra ella.

Asombrado la miró. —¿No lo detuviste?

—Me enteré después. Esas fotos son de un cumpleaños. Una amiga abogada celebraba su cumpleaños con la familia y su hija sacaba las fotos en el móvil. No fue hasta unos días después que miró las fotos y vio esto. Habló conmigo de inmediato.

—Pero no puedes demostrar que es un soborno.

—Tengo lo suficiente como para que la policía la ponga bajo un microscopio.

—No tiene pinta de tonta. No hará nada durante un tiempo

para asegurarse de que no la pillen en nada turbio. —Tiró las fotos sobre la mesa. —¿Qué es esto? —Sacó una hoja del sobre. —¿Una declaración?

Sonrió maliciosa. —De la camarera que les atendió. Fui a verla en cuanto me enteré y la hice declarar ante notario. Vio el sobre, estaba lleno de billetes de cien dólares. Calcula que habría unos cuarenta o cincuenta mil dólares. —¿Y tú qué tienes?

—Carol muéstraselo.

Su prima sacó el móvil y movió el dedo sobre la pantalla. —Ahí tienes el archivo.

Parpadeó sorprendida. —¿El mismo restaurante?

—Al parecer allí se siente segura.

—Tiene espíritu de mamá Noel repartiendo dinero a diestro y siniestro, eso es evidente. —Entrecerró los ojos. —¿Cuánto creéis que podemos sacarle por callarnos esto?

Se levantó de su asiento y cogió su maletín para salir de la sala de vistas. Melissa estaba en la puerta y Deandra le dijo a May —Puedes irte a comer.

—¿Querías verme? —preguntó Melissa con mala leche.

Vaya, esta estúpida no tiene modales. —Tengo algo para ti, te va a encantar, ya lo verás. —Le entregó un sobre y esta lo abrió a toda prisa. Cuando vio las fotos las metió en el sobre de inmediato. Deandra sonrió maliciosa. —Igual tendría que habértelas enseñado

antes de que abrieras la boca con ese periodista amigo tuyo. ¿Qué crees que pensará al ver esto? ¿Respetará vuestro pacto de silencio? Son muy jugosas.

—No diré nada sobre Kiefer, ¿de acuerdo?

Perdió la sonrisa de golpe y dijo fríamente —Ya no es suficiente.

—¿Qué quieres decir?

—He decidido como juez y jurado que tienes que indemnizarme por el daño causado. Cien mil dólares. Mañana al mediodía en ese restaurante que te gusta tanto. Y más te vale que estés allí porque esto solo es el principio como me defraudes. —Pasó a su lado dándole en el hombro y Melissa apretó el sobre con rabia.

De la que se alejaba dijo —¿Se ha oído?

—Sí, nena. Todo grabado —escuchó por el pinganillo.

—Perfecto. Tengo trabajo, te veo esta noche.

Kiefer nervioso caminó de un lado a otro del pequeño salón. —Joder, ¿dónde está?

—Esto no me gusta. —Carol miró su móvil. —No tiene cobertura desde hace dos horas. Deberíamos llamar a la policía.

—No han pasado cuarenta y ocho horas, no harán nada.

—¡Es fiscal, una persona de riesgo! ¡Claro que harán algo!

La llave en la cerradura les alertó y en ese momento entró

Deandra con dos grandes bolsas de papel en la mano. Se detuvo en seco al verles. —¿Qué hacéis aquí?

—Nos ha abierto el portero porque no contestabas al teléfono —dijo Kiefer cabreado—. ¿Dónde estabas?

—Comprando, ¿no lo ves?

Él le cogió una bolsa. —¡Joder nena, me tenías de los nervios!

Se sonrojó de gusto. —Perdona, es que no estoy acostumbrada a… esto.

Kiefer sonrió antes de cogerla por la nuca y besarla como si quisiera marcarla. Cuando se apartó de golpe dijo con voz ronca —Pues acostúmbrate.

—Ajá…

—Leche, qué nervios para nada —dijo Carol—. Más vale que me compenses con una buena cena.

Sonrió. —Lo intentaré.

—Nena, no te molestes, pediremos algo.

—Menos mal porque cocino fatal.

Su teléfono móvil sonó y lo sacó del bolsillo del abrigo. Al ver que era su hermano apretó los labios antes de contestar. —Dime Jonathan. —Kiefer y Carol se miraron. —No. No. No te molestes, no es necesario. ¿Enfadada? No, ¿por qué? ¿Porque tu hermana casi muere y ni te has molestado en una visita de cortesía? ¡Qué clase de hermano eres tú! ¡Uno que no me quiere, eso es evidente! ¿Pues sabes qué? ¡Me importa una mierda! —Jadeó asombrada. —¿Que me disculpe? Claro que sí, escucha esto atentamente… ¡Qué te den! —gritó antes de

colgar.

Kiefer cogió la otra bolsa de sus manos y la dejó en la mesa de centro antes de abrazarla con fuerza. Romper ese lazo era muy doloroso y no pudo reprimir las lágrimas. —Ya está nena… No le necesitas.

—Te tengo a ti.

—Sí, preciosa, me tienes a mí y a toda mi familia que te adora.

De repente sintió a Carol en su espalda abrazándola también y no pudo evitar que se le escapara una risita. —Eso es —dijo su amiga —. Que nadie te haga llorar, no me gusta. —Carol se apartó. —¿Chino o indio?

—Chino —contestaron los dos a la vez sin dejar de abrazarse.

Kiefer se apartó para mirar su rostro bañado en lágrimas y pasó los pulgares por sus mejillas para secárselas. —¿Mejor?

Deandra asintió.

—Pues esto te va a alegrar un montón.

—¿El qué?

Kiefer se agachó y le mostró una fotografía. Una fotografía de una casa preciosa que debía estar en el lado oeste del parque. —¿Charles hizo algo aquí? ¿Hay pruebas?

—Nena, no todo es trabajo —dijo divertido—. Es nuestra casa.

Se le cortó el aliento. —¿Qué dices?

—La he comprado. ¿Te gusta?

—¡Qué dices! —gritó con los ojos como platos—. ¡Me estás

metiendo una trola!

Kiefer se echó a reír y negó con la cabeza. —No, nena. Es nuestra, ya la he pagado.

Chilló dando saltos por todo el salón y agarró a Carol para abrazarla con fuerza. —¡La casa de mis sueños!

—Me alegro de que te guste, ¿arroz tres delicias o tallarines?

—¡De todo! —le gritó a la cara—. Hay que celebrarlo. —Se volvió hacia Kiefer y le saltó encima como un koala. —¿Es nuestra de veras?

—De veras, nena.

Acarició su mejilla. —Siempre he soñado con una casa allí.

—Pues ya es tuya. Mañana iremos a verla por la tarde.

Se abrazó a él. —Gracias. Gracias por venirte a Nueva York y por insistir. Por aguantar mi rechazo y perdonar que fui cruel contigo cuando no habías hecho nada.

—No fue fácil para ti, todo lo que pasaste fue muy duro y entiendo que dudaras, casi ni nos conocíamos… Pero después de ese tiempo juntos, si algo tenía claro es que tenía que volver a enamorarte, preciosa.

—Nunca he dejado de quererte —susurró a su oído—. Nunca dejaré de quererte. Te amo.

Kiefer la abrazó cerrando los ojos como si fueran las palabras más bellas del mundo. —Te haré muy feliz, te lo prometo.

—Solo quédate a mi lado, es lo único que necesito para ser feliz.

Entró en el restaurante y se acercó a la mesa donde Melissa ya estaba sentada tomándose un vino blanco. —Al fin, creía que me habías plantado —dijo molesta mientras Deandra se sentaba.

—Quería asegurarme de que no me la jugabas. ¿Dónde está?

—Al grano, ¿no?

—¿Para qué perder el tiempo? Venga, tengo prisa.

—Mira la mosquita muerta, tiene tanta mierda como los demás.

—Pero la mía no huele tanto. —Vio como metía la mano en el bolso y sacaba un sobre. —Por debajo de la mesa.

—Cada segundo me sorprendes más.

—Eso demuestra lo estúpida que eres.

—Coge el puto sobre, zorra —dijo entre dientes.

—Encantada. —Agarró el sobre y se lo puso sobre las piernas para abrirlo a toda prisa. Allí estaba la pasta. Se levantó en el acto y dijo —Muy bien chicos, lo tengo.

Melissa abrió los ojos como platos. —¿Qué has hecho?

—Demostrar que no soy como tú. — Sonrió maliciosa. —¿Sabes cuál es la pena que te va a caer por sobornar a un juez y a un fiscal? Van a ser los diez años más largos de tu vida.

—¡Serás puta! —Un policía la cogió de los brazos. —Esto me lo vas a pagar.

—¿Sabes las veces que he oído eso? —El detective Sullivan se

puso a su lado y le entregó el sobre. —Que la fichen. Soborno a un empleado público y extorsión.

—Lo haré con gusto. —Cogió a Melissa del brazo. —Ven, que te voy a presentar a unas amigas. Te llevarás estupendamente con ellas en la celda, sois de la misma calaña.

—¡Deandra esto no ha acabado aquí! ¡Acabaré contigo y ese novio tuyo!

Miró al detective y le entregó el micro que ya tenía en la mano. —¿Nos puede dejar solas un minuto?

—Sí, por supuesto.

Cuando se alejó Deandra la miró a los ojos. —No aprendes, ¿verdad?

—Voy a acabar con vosotros, ahora me importa todo una mierda.

—¿Te importa tu vida? —preguntó cortándole el aliento—. Puede que sea fiscal, pero conozco a muchas en prisión. ¿Crees que no harían cualquier cosa para que les rebajara la pena? —Melissa palideció. —No juegues conmigo o haré de tu vida un puto infierno. Eso te lo juro por mis muertos. Esto te ha pasado por no mantener la boca cerrada como te advertí, no hagas que vaya a más, está en tus manos.

—No diré nada —dijo asustada.

Sonrió. —Estupendo. Entonces nos llevaremos bien. Cumple tu pena y lárgate del estado, es todo lo que tienes que hacer. Y no creas que no estaré atenta a cada uno de tus movimientos. —Se volvió y le

dijo al detective —Puede llevársela.

Kiefer desde la puerta vio cómo se la llevaban. Deandra se acercó y le dio un suave beso en los labios. —Ya está.

—Lo has hecho muy bien.

—Gracias, señor Morris. —Sus ojos brillaron. —Vamos a ver la casa.

Él rio cogiendo su mano y tiró de ella hasta la calle. —¿Sabes? Me acabo de dar cuenta de que nuestro futuro está libre de problemas.

—Cariño, con tu prima eso es imposible. Seguro que está liando alguna en este momento.

Carol entrecerró los ojos mirando la pantalla del móvil antes de ponérselo al oído. —Logan, ¿estás ahí? Claro que en Nueva York hay bosques. —Hizo una mueca. —No son como los de ahí, pero no están mal. Y Central Park hay que cuidarlo. ¿Por qué no vienes a hacerme una visita y te lo enseño con detalle?

Epílogo

Sonriendo por el enorme paquete que su marido había puesto bajo el árbol, que decía a gritos que había un trineo bajo el envoltorio, puso el adorno que se había caído de una de las ramas y sintió que la abrazaba acariciando su barriga de cinco meses. —¿Cómo están mis chicas? —Apartó sus rizos castaños con la mejilla. —¿Estás mareada?

Apoyada en él acarició sus manos y sus anillos brillaron bajo las luces de navidad. —No, perfecta para celebrar la nochebuena.

Ambos miraron su cuadro encima de la chimenea. —Este año será muy distinto.

—Claro que sí —dijo Carol entrando en el salón con la fuente del ponche—. ¡Cariño, trae las tazas!

Logan entró detrás. —Serás mandona. ¿Por qué me he casado contigo?

—Anda con la pregunta, porque estás loco por mí.

La cogió por la cintura y la besó con ganas haciendo que ambos rieran por lo bajo. —¿Somos así? —susurró ella.

—Aún peores —dijo su suegra entrando en el salón con un gran pavo en la bandeja—. ¡A cenar, familia!

Los Morris entraron en el salón hablando entre ellos y llevando bandejas hacia el comedor. Sí, eran unas navidades muy distintas a las del año anterior. Aquellas estaban llenas de amor. Miró hacia su marido y susurró —Te amo.

Kiefer la besó tiernamente. —¿Ya que me amas tanto me dejarás llevar el caso Potter? Tú ya aplastaste a Charles Montgomery en el tribunal y este es igual de mediático.

Soltó una risita. —Vale, uno tú y otro yo, es lo justo.

Comiéndosela con los ojos susurró —Formamos un gran equipo, señora Morris.

—Pues el equipo cada vez crece más —dijo Carol—. ¡Familia estoy embarazada!

Todos chillaron de la alegría y abrazaron a los felices futuros padres antes de cenar aquella maravillosa cena.

Horas después mientras la familia cantaba villancicos, Carol la cogió de la mano y la llevó hasta el árbol. —¿Feliz?

—Mucho, jamás lo he sido tanto.

—Bien, cuando quieras puedes darme las gracias.

Se echó a reír y la abrazó. —Gracias por tanto.

Carol sonrió. —Queda mucho por vivir, lo sé. Así que el resto de las gracias dámelas dentro de cincuenta años.

Mirando a Kiefer por encima de su hombro vio como volvía la cara hacia ella como si estuvieran conectados y se emocionó por el

amor que reflejaban sus ojos. —Por mucho que lo intentara nunca podría agradecerte todo lo que me has dado, amiga.

Carol se apartó mostrando que estaba igual de emocionada. —¿Sabes? Mi primo volvería a enamorarte una y mil veces.

—¿Eso te ha dicho?

—¿Habláis de mí?

Le abrazó por la cintura. —¿Volverías a enamorarme?

Kiefer sonrió y le dio un beso en los labios. —¿Piensas dejar de quererme en algún momento?

—Eso sería imposible. No podría dejar de amarte.

—Por si acaso te enamoraré cada día, mi vida. No pienso arriesgarme.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)

2- Brujas Valerie (Fantasía)

3- Brujas Tessa (Fantasía)

4- Elizabeth Bilford (Serie época)

5- Planes de Boda (Serie oficina)

6- Que gane el mejor (Serie Australia)

7- La consentida de la reina (Serie época)

8- Inseguro amor (Serie oficina)

9- Hasta mi último aliento

10- Demándame si puedes

11- Condenada por tu amor (Serie época)

12- El amor no se compra

13- Peligroso amor

14- Una bala al corazón

15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.

16- Te casarás conmigo

17- Huir del amor (Serie oficina)

18- Insufrible amor

19- A tu lado puedo ser feliz

20- No puede ser para mí. (Serie oficina)

21- No me amas como quiero (Serie época)

22- Amor por destino (Serie Texas)

23- Para siempre, mi amor.

24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25- Mi mariposa (Fantasía)

26- Esa no soy yo

27- Confía en el amor

28- Te odiaré toda la vida

29- Juramento de amor (Serie época)

30- Otra vida contigo

31- Dejaré de esconderme

32- La culpa es tuya

33- Mi torturador (Serie oficina)

34- Me faltabas tú

35- Negociemos (Serie oficina)

36- El heredero (Serie época)

37- Un amor que sorprende

38- La caza (Fantasía)

39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)

40- No busco marido

41- Diseña mi amor

42- Tú eres mi estrella

43- No te dejaría escapar

44- No puedo alejarme de ti (Serie época)

45- ¿Nunca? Jamás

46- Busca la felicidad

47- Cuéntame más (Serie Australia)

48- La joya del Yukón

49- Confía en mí (Serie época)

50- Mi matrioska

51- Nadie nos separará jamás

52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)

53- Mi acosadora

54- La portavoz

55- Mi refugio

56- Todo por la familia

57- Te avergüenzas de mí

58- Te necesito en mi vida (Serie época)

59- ¿Qué haría sin ti?

60- Sólo mía

61- Madre de mentira

62- Entrega certificada

63- Tú me haces feliz (Serie época)

64- Lo nuestro es único

65- La ayudante perfecta (Serie oficina)

66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

67- Por una mentira

68- Vuelve

69- La Reina de mi corazón

70- No soy de nadie (Serie escocesa)

71- Estaré ahí

72- Dime que me perdonas

73- Me das la felicidad

74- Firma aquí

75- Vilox II (Fantasía)

76- Una moneda por tu corazón (Serie época)

77- Una noticia estupenda.

78- Lucharé por los dos.

79- Lady Johanna. (Serie Época)

80- Podrías hacerlo mejor.

81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)

82- Todo por ti.

83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)

84- Sin mentiras

85- No más secretos (Serie fantasía)

86- El hombre perfecto

87- Mi sombra (Serie medieval)

88- Vuelves loco mi corazón

89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo

91- Lady Corianne (Serie época)

92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)

93- Róbame el corazón

94- Lo sé, mi amor

95- Barreras del pasado

96- Cada día más

97- Miedo a perderte

98- No te merezco (Serie época)

99- Protégeme (Serie oficina)

100- No puedo fiarme de ti.

101- Las pruebas del amor

102- Vilox III (Fantasía)

103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)

104- Retráctate (Serie Texas)

105- Por orgullo

106- Lady Emily (Serie época)

107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)

109- Mi alfa (Serie Fantasía)

110- Lecciones del amor (Serie Texas)

111- Yo lo quiero todo

112- La elegida (Fantasía medieval)

113- Dudo si te quiero (Serie oficina)

114- Con solo una mirada (Serie época)

115- La aventura de mi vida

116- Tú eres mi sueño

117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)

118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)

119- Sólo con estar a mi lado

120- Tienes que entenderlo

121- No puedo pedir más (Serie oficina)

122- Desterrada (Serie vikingos)

123- Tu corazón te lo dirá

124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

126- Dragón Dorado (Serie época)

127- No cambies por mí, amor

128- Ódiame mañana

129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)

131- No quiero amarte (Serie época)

132- El juego del amor.

133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)

134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

136- Por nuestro bien.

137- Eres parte de mí (Serie oficina)

138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)

141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.

142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

143- Lady Elyse (Serie época)

144- Nada me importa más que tú.

145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)

146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)

147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)

148- ¿Cómo te atreves a volver?

149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)

150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)

151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)

152- Tú no eres para mí

153- Lo supe en cuanto le vi

154- Sígueme, amor (Serie escocesa)

155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)

156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)

157- Me has dado la vida

158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)

159- Amor por destino 2 (Serie Texas)

160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)

161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)

162- Dulces sueños, milady (Serie Época)

163- La vida que siempre he soñado

164- Aprenderás, mi amor

165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)

166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)

167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)

168- Sólo he sido feliz a tu lado

169- Mi protector

170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)

171- Algún día me amarás (Serie época)

172- Sé que será para siempre

173- Hambrienta de amor

174- No me apartes de ti (Serie oficina)

175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)

176- Nada está bien si no estamos juntos

177- Siempre tuyo (Serie Australia)

178- El acuerdo (Serie oficina)

179- El acuerdo 2 (Serie oficina)

180- No quiero olvidarte

181- Es una pena que me odies

182- Si estás a mi lado (Serie época)

183- Novia Bansley I (Serie Texas)

184- Novia Bansley II (Serie Texas)

185- Novia Bansley III (Serie Texas)

186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)

187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)

188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)

189- Lo que fuera por ti 2

190- ¿Te he fallado alguna vez?

191- Él llena mi corazón

192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)

193- No puedes ser real (Serie Texas)

194- Cómplices (Serie oficina)

195- Cómplices 2

196- Sólo pido una oportunidad

197- Vivo para ti (Serie Vikingos)

198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)

199- Un baile especial

200- Un baile especial 2

201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)

202- Lo siento, preciosa (Serie época)

203- Tus ojos no mienten

204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)

205- Sueño con un beso

206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)

207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)

208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)

209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)

210- No soy lo que esperabas

211- Eres única (Serie oficina)

212- Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)

213- Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)

214- Lo siento, preciosa 2 (Serie época)

215- La intensidad de lo que siento por ti

216- Lucha por lo que amas (Serie Australia)

217- Ganaré tu corazón (Serie Vikingos)

218- Mi otra cara de la moneda

219- Ni tú conmigo, ni yo sin ti

220- No necesito más, si te tengo a ti (Serie Oficina)

221- Me enfrentaré a todo por tu amor (Serie época)

222- Algo único (Serie Australia)

223- Volver a enamorarte

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3

4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte
14. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.